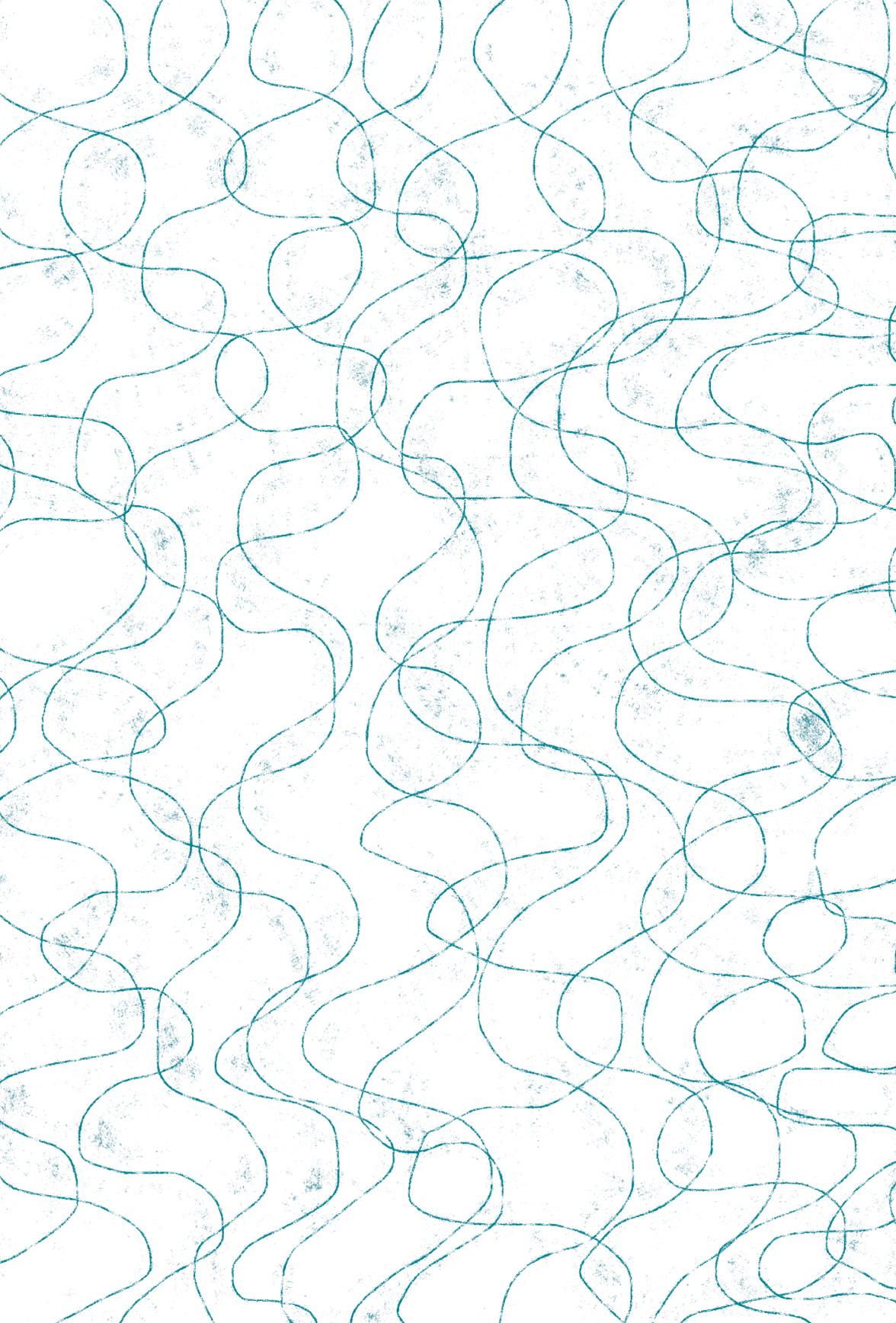


nada



~~NADA~~

Alacraña

presenta

Nada

[treinta textos sobre albercas, agua, mar
y un dibujo que escolta a casa a un nadador]

Primera edición impresa: 2019

Primera reedición digital: 2020

© 2019, de la edición: Alacraña

© 2019, de las ilustraciones: Joan X. Vázquez

© 2019, de los textos: Erik Alonso, Marina Azahua,
Jazmina Barrera, Emiliano Becerril, Raúl Bravo Aduna,

Abril Castillo Cabrera, Tomás Castillo Cabrera,

Aurelia Cortés Peyron, Jimena Eme Vázquez,

Andrea Fuentes Silva, Lilian García-Alonso Alba,

Elvira Liceaga, Astrid López Méndez,

Juan Francisco Maldonado,

Alejandra Moffat Varas, Gala Navarro,

David Poirerth, Alejandra Quiroz Hernández,

María José Ramírez Herrera, José Luis Rico,

Cristina Rivera Garza, Idalia Sautto Flores,

Santiago Solís Montes de Oca, César Tejeda,

Luis Téllez-Tejeda, Carlos Velázquez,

Alaíde Ventura Medina, Karen Villeda, Isabel Zapata

Cuidado de la edición: Alacraña

Diseño editorial: Lapis

Formación: Daniela Rivera López

Esta versión de **Nada** es de distribución gratuita. Por favor disfrútela y si usa los textos, dele su crédito a sus respectivos autores. Gracias de antemano. El libro se imprimió en febrero de 2019 con un tiraje de 300 ejemplares. Y hoy, 31 de marzo, año de la Rata de Metal, en plena cuarentena de covid-19, la alacraña lo lanza gratuitamente para usted.

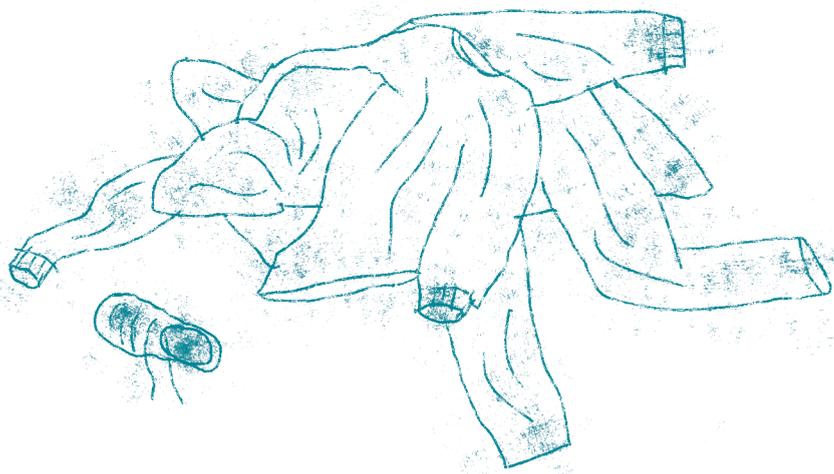
Hecho e impreso en México.

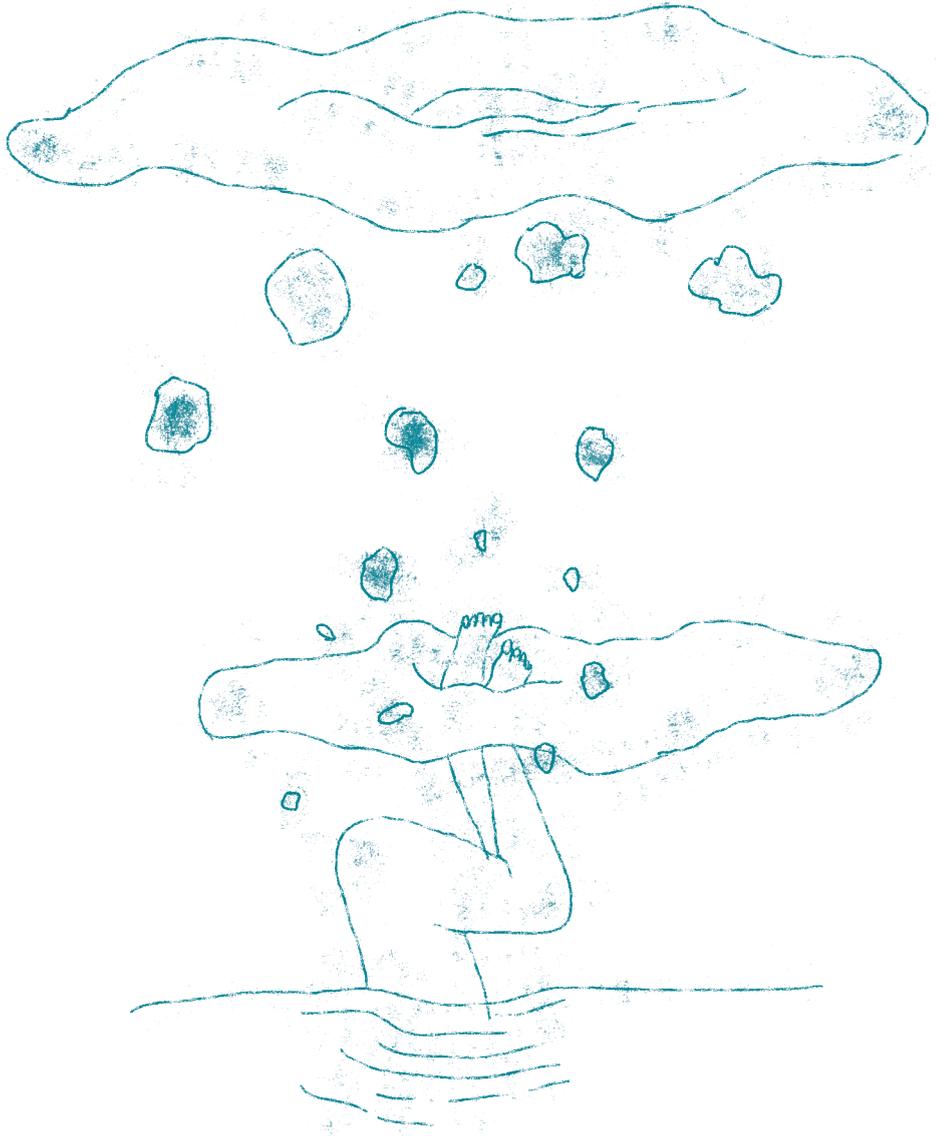
www.alacranna.com

www.lapis.red

~~NADA~~

30 Textos sobre
albercas, agua mar
y un dibujo que
escalta a casa
a un nadador





La que nada[≈]

Cristina Rivera Garza

Cruzar-Razurc-Cruzar-Razurc

Ir de un lado a otro de la alberca. Nadar es lo más cerca que estaremos de volar.



Entre flotar y caer, nadar. Uno va a la alberca para estar solo.



La respiración, que a veces se olvida al caminar, es omnipresente bajo el agua. Nadie puede ignorar el aire, los pulmones, los labios. Nadar también es besar.



Decía Héctor Viel Temperley, autor de *El nadador* (1967) y *Crawl* (1982): “Termino explicando cómo se nada, cómo poner una mano al nadar... Pero descubro que para escribir *crawl* tengo que aprender a rezar, y empiezo a tener una relación distinta con la oración y con el aliento”.

“Este texto fue publicado originalmente en la cuenta de Twitter de la autora (@criveragarza) el 14, 15 y 16 de agosto de 2018.



Si Temperley es “el que nada, Señor/ soy el hombre que nada”.
Es necesario decirlo ahora: soy la que nada, Señora/ soy la mujer
que nada. #metoo



En *El que nada*, la poeta mexicana Myriam Moscona se deja
llevar por el influjo de Temperley, y declara: “me oigo respirar/
al comienzo de todo/ voy hacia el regreso”.
Y allá vamos todos.



La poeta mexicana Concha Urquiza murió ahogada tratando de
cruzar el estuario de Punta Banda en Bahía de Todos Los Santos,
Baja California Norte, un 20 de junio de 1945. Tenía 35 años.
Todos dicen que era una buena nadadora.



Cada brazada es una medida de la respiración, como lo es también,
en sus momentos felices, el verso. Cualquier verso. O el párrafo.



Contaba Katya Adaui que de niña era capaz de cruzar la alberca
sin tomar aire. Contrario a esa larga respiración, sus oraciones
emergen en la página entrecortadas, pequeñas, como si ellas sí
pudieran elevar el rostro cada cuatro brazadas para respirar.
Aquí hay icebergs.



No se piensa en nada. Si verdaderamente se está nadando, está el pie, la mano, los labios, los dientes, la respiración, el cuello, el torso, el codo, todo en lugar del pensamiento. Y así se escribe.



Un niño me pidió que lo enseñara a nadar. Primero le expliqué el mecanismo de la respiración. Luego la brazada. La patada. Guardó silencio. Al final dijo que prefería jugar. Igual tantos dejan de escribir por eso.



“El nadador” de John Cheever descubre verdades dolorosas mientras nada de alberca en alberca en su barrio afluyente de los suburbios de Estados Unidos tratando de llegar a su casa. Descubre, por ejemplo, que no hay nadie en casa. Y que está solo.



Ese invierno nadé todos los días en el agua helada que bajaba de la montaña. Escribía cuatro horas; nadaba dos horas. Luego volvía a escribir. Puede ser la definición del paraíso. O de la condena.



Alguna vez vimos a Concha Urquiza emerger de entre las aguas del Pacífico. “Pero si tú estás muerta”, le dijimos. Y, ella, exasperada, nos pidió una toalla. “No se imaginan el frío que hace allá abajo”, dijo.



“Los nadadores nocturnos” de Manuel Vilas saben que “bajo el agua parece que el fracaso no existe”.

Pero existe.

Y eso también lo saben los nadadores diurnos.



“Voy en la superficie azul/ (lo borroso)/ conforme avanzo/ oigo una voz// ¿es lo arrepentido?/ ¿seré yo/ quien perdona/ o soy/ lo perdonado?”.

Las preguntas las hace *El que nada* de Myriam Moscona, pero podría ser otra. Podría ser cualquiera o yo.



“Y qué, ¿no me van a invitar algo de vino?”, dijo Concha Urquiza mientras se acomodaba sobre la arena. Luego miró el mar como si todavía no acabara de morir o como si, mientras moría, pudiera platicar amablemente sobre el clima.



“Alemania ha declarado la guerra a Rusia. –Tarde, escuela de natación”.

“Alemania declara la guerra a Rusia, Me fui a nadar”.

En cualquiera de las dos versiones, Kafka nada mientras el mundo se destruye.

O porque el mundo se destruye, Kafka.



“La muerte nos gusta, por eso nadamos y nadamos”, dicen, casi felices, “Los nadadores nocturnos” de Manuel Vilas. Me pregunto si eso habría dicho Concha Urquiza. Si alguna vez lo dijo. O lo diría.



Estaba lista para dar clases en el Colegio de las Hijas del Espíritu Santo en Tijuana. Pero antes se fue a Ensenada. Dio un paseo en lancha y se quedó en un islote. Me pregunto qué vio mientras trataba de alcanzar tierra firme. Sin llegar.



Dice Héctor Viel Temperley que, cuando era niño, estuvo a punto de ahogarse. De eso sólo guarda una imagen de sí mismo “sentado bajo el agua, en paz”.



¿Es cierto que Marlowe dijo que “no hay vacío mayor que el de la piscina”?



Esa foto en la que Kafka está sobre la arena en traje de baño, sonriendo.
Sí. Sonriendo.



Cuando le preguntamos de dónde venía, sólo dijo: “de lejos”.
Y en sus ojos de amaneceres químicos, en su voz de verdadera
Ex-Muerta, “lejos” sólo quería decir Tijuana sin luciérnagas.
Luego caminó hacia el agua y se sumergió otra vez.



Ese invierno nadé ochenta líneas al día. Cada línea tenía 25 metros.
No pensaba en nada mientras avanzaba. Sólo a veces veía esa
sombra en el fondo de la alberca, nadando y hundiéndose.
Nadando y hundiéndose. Sin parar.



Para escribir un libro o para escribir una oración hay que
prepararse igual: como para un maratón. El esfuerzo mental
es físico. Y viceversa.
Allá vamos.



Pueden estar llenas de bacterias y gérmenes, orina, cloro, pero
las albercas públicas son un refugio de todo lo demás. La cháchara
de los días; el ruido de todo lo que se va.



Como en las fotos de Mária Švarborá, siempre hay algo entre
sinistro y pulcro en las albercas públicas. Los techos tan altos.
Ese ruido sin voces. Algo, sin duda, está a punto de pasar.



Una vez nadé con *jet lag*. Pronto no supe si estaba nadando o soñando. El agua parecía más suave; el techo daba la impresión de ser el cielo. Los brazos perseguían a las manos, que escapaban despavoridas. Y todo por la fracción de lo que costaría cualquier droga.



El aroma del cloro. Cuando aparece intempestivamente en las calles todo se detiene. Busco entre el gentío su procedencia. Aguzo la nariz. Ahí va como si nada esa otra nadadora. Una cómplice (por ahora seca).



En *A Taste of Chlorine*, de Bastien Vives, una nadadora y un chico coinciden cada miércoles en una alberca pública. Pocas palabras. Algunos gestos. Esos roces. Una vez, ella enuncia una palabra bajo el agua. Él la ve, pero no sabe qué significa. Luego ya no la ve más.



¿Qué quieres hacer después de la conferencia?, me preguntó. Nadar, le dije. Hacía un frío demencial en Salamanca, pero igual fuimos a ponernos los trajes de baño. Yo nadé mil metros; ella muchos más. No conozco a nadie que nade tan salvaje, voraz, enteramente como Vega Sánchez.



Y a veces voy a la alberca como esos apaches mezcaleros que, hacia 1783, se lanzaban al mar desde San Juan de Ulúa y “poniendo por delante su gran habilidad para desplazarse sobre las aguas” huían de sus captores. Eso lo cuenta Antonia García de León en “Misericordia”.



Cuando cumplí 15 años mis padres me regalaron un traje de baño. Speedo, azul marino, lycra. Con el tiempo, se decoloró hasta volverse gris. Pero en esos días lo llevaba a la alberca como si fuera el vestido largo con el que nunca bailé ningún vals.



Antes de nadar en albercas, nadé en ríos. Un buen día después de un aguacero, Roger Deakin decidió cruzar Inglaterra a nado. Él escribió *Waterlog: A Swimmer's Journey through Britain*. De regresar a esos ríos, yo escribiría las travesías de la nadadora en el norte de México.



Ese otoño no quería dejar de nadar. Nadé incluso cuando las hojas de los árboles tapizaron el agua por completo. Una tarde encontré el cadáver de una ardilla en la esquina de la alberca, y entendí. Lo entendí todo.



Lo único que se consigue después de nadar por mucho tiempo es que el cabello se reseque. También quedan las marcas de los goggles alrededor de los ojos. Y la sonrisa. Indeleble también, la sonrisa.



El agua es temperamental. A veces es dura y cuesta trabajo avanzar; a veces es suave y se avanza sin esfuerzo. A veces uno nada de subida; otras, de bajada. Cuando uno va a contracorriente es tiempo de hacer una pausa, ver el cielo, y descansar.



Dejé de nadar por mucho tiempo. Cuando regresé, me pasó lo que a Leanne Shapton, quien “entró en el agua como si tocara una cicatriz distraídamente”. Bastó con poner el pie en la alberca para que todo regresara. Aquí fui feliz, pensé.



Nadar y entrenar son dos cosas distintas. “El tiempo pasa con precisión durante el entrenamiento”, dice Leanne Shapton, “cada minuto –cada segundo– se siente y se registra”. Ahora no sé si entrenaba 3 o 4 horas al día. No sé qué le pasó a esos segundos; esos años.



Los dos entrenadores eran médicos también. Tenían nombres científicos para cada parte del cuerpo. Repetir era el nombre del juego. Repetir. Revisar. Rehacer. Una y otra vez. ¿Así? No, todavía no. Justo como escribir.



En *Swimming Studies*, Leanne Shapton cuenta su experiencia como nadadora con fragmentos narrativos y fotos; maniqués y acuarelas. Así se siente nadar, a veces. Así se ve desde dentro del agua.



Afuera llovía. Afuera granizaba. Del agua surgía entonces una neblina delicada que pronto se esparcía por la alberca. Cuando terminábamos de entrenar, agotados y hambrientos, nos veíamos entre la bruma como fantasmas. Afuera, la vida seguía.



¿Será una nadadora?, me pregunto cuando me topo con alguien reconcentrado, metódico, perfeccionista, terco, intensamente privado. ¿Llevará todas esas horas de nado de la infancia o la adolescencia dentro de cada célula del cuerpo, cada hábito, como un secreto?



Uno no nada con alguien. Tal vez se pueda nadar en la misma alberca, pero uno no nada nunca con alguien. Leanne Shapton tiene razón, a los nadadores los rige un reloj indiferente. Su adversario es el tiempo, y su esfuerzo es interior, no gladiatorio.



Si todas las albercas por las que nadó Neddy Merrill pudieran hablar. Si fueran menos el receptáculo del nadador que las atraviesa hasta encontrar su casa vacía y más un personaje en sí, con presencia, voz, drama. Si ellas también pudieran contar su historia.



Cada alberca tiene su contexto, su conflicto, su historia de alegría, su soledad. Su sexo. Su raza. En las albercas públicas de Estados Unidos el racismo emerge a la menor provocación. Tantos cuerpos casi desnudos. Tanta cercanía. Tanto prejuicio.



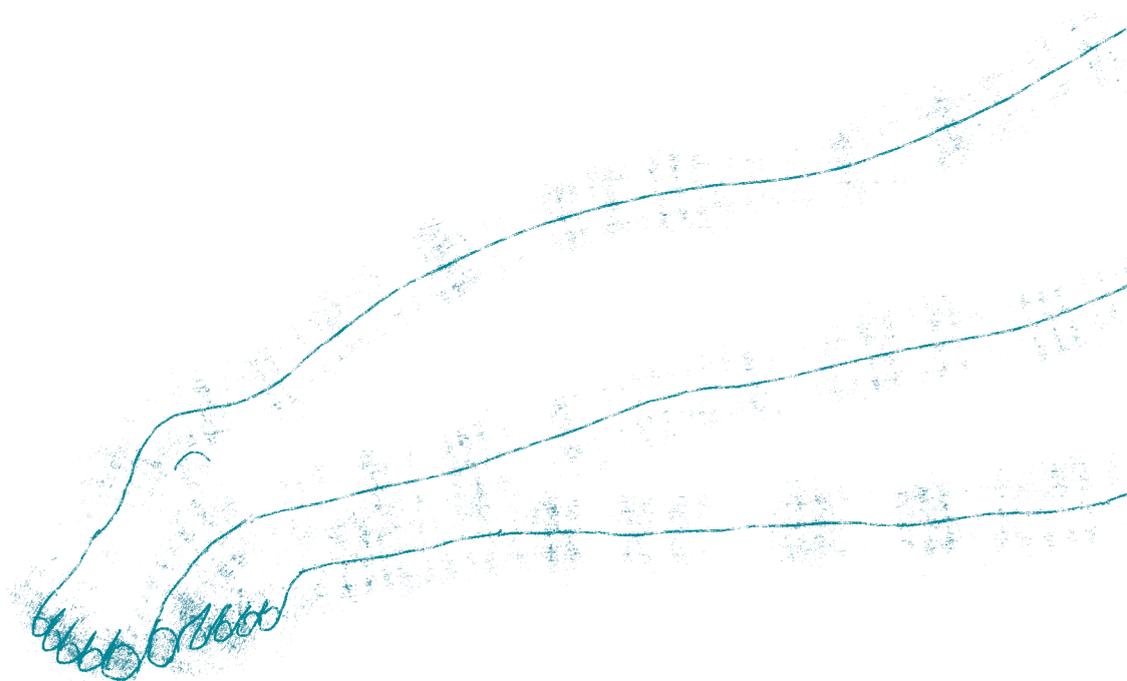
En *Dart*, la poeta británica Alice Oswald entreteje las voces de los que viven y trabajan cerca del río Dart, en Devon. Dice que sus versos deben oírse como el rumor del río. Si ponemos atención, también podremos escuchar el rumor de las albercas.



Las muchachas que se recuestan a las orillas de la alberca. Los niños que se avientan la gran pelota roja, de plástico. Los que se arrojan del trampolín. Los que dormitan. Los que buscan la mítica moneda del deseo en el fondo del agua. Todos estuvieron aquí.

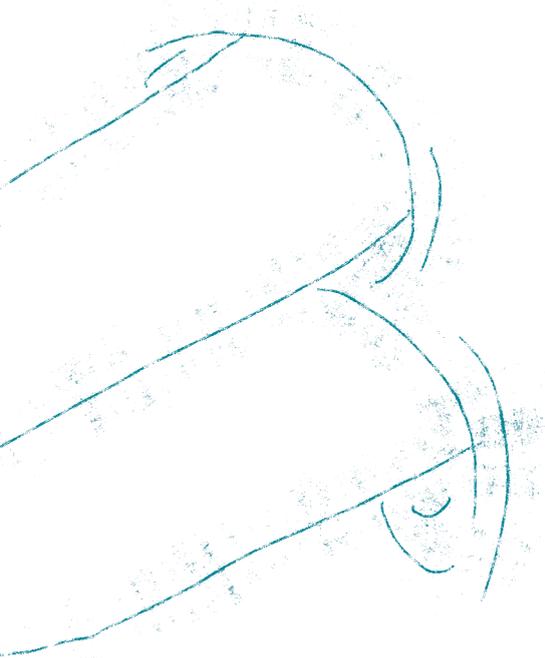


Esa primavera vi a la alberca por última vez desde lejos. Había demasiada gente. Nadie nadaba en sentido estricto, pero todos disfrutaban a su modo del agua. Supuse que nos encontraríamos en otra ocasión. Y, aunque suene sentimental, lloré.





Y cómo la columna vertebral, el esternón, el cúbito radial. De qué manera el occipital, la mandíbula, el esfenoides. Por qué el cigomático, las costillas, los húmeros, el carpo y el metacarpo. Por qué tú, allá.





Hacer el amor en una alberca está francamente sobrevalorado.



Alguna vez oriné en una alberca. Mis crímenes son menores.
Fue intencional.



Las puntas del sauce tocaban. Las aguas inquietas de la alberca.
Vacía. Ninguna nube. El cielo de Delicias. Una caricia.



El aire triste de los vestidores. Ese quitarse la ropa a toda prisa.
Ese reflejo de los cuerpos desnudos sobre los espejos. Solos.
Ese pensar continuo en otra cosa.



Sólo me quito los anteojos para dormir y para nadar. En el sueño y
en la alberca todo es borroso, difuso, impreciso. En el sueño y en
la alberca no hay límites estrictos. Como ahí puedo dudar, ahí
soy libre.



En México la alberca es un signo de *status* y las horas de natación
una marca de clase. En Estados Unidos y Europa las albercas
públicas abundan y son baratas o, con frecuencia, gratis.
Los nadadores abundan y son como tú y como yo.



Pero en México existen los balnearios, con sus toboganes y sus palapas, con su música a todo volumen y sus familias reunidas para bailar y comer, con sus trampolines y su desorden que todo lo crea y todo lo vuelve a nacer.



Prefiero un país con albercas públicas o balnearios, a uno sin albercas. Uno es una persona al entrar al agua, y otra, usualmente más serena, al salir del agua.



Una vez nadé en una alberca tan pequeña que salí mareada.



Fui una buena dorsista. Nunca pude dar más de dos brazadas de mariposa. El nado de pecho me da risa. Como al escribir, cuando nado de crawl el reto es alcanzar la punta de mi propia mano.



Ese verano nadé con rabia, con esmero, con justicia. Iba de un lado a otro pensando en una nueva zambullida. Quería todo el sol. Toda la vida.



Nadar por la orilla de la orilla, al borde del desierto.
Y de la sed. Anne Carson fue la que dijo: “No hay tal cosa
como saber demasiado, nunca puedes usar los infinitivos
o participios de manera suficientemente rara, o salir de la
mente lo suficientemente rápido”.



Uno entra en la alberca pensando que esta vez sí aprenderá
a nadar, y sale convencido de que sólo será, si es será,
hasta la próxima vez.
Exactamente como escribir.



Se escribe como se nada. No he visto nadar a Naief Yehya,
pero cada que nos vemos hablamos de natación. No me resultaría
sorprendente que sus brazadas fueran tan precisas como el rigor
de sus párrafos.



El rectángulo de la alberca, la puerta, la mesa, la página,
la cama. Ahí nacemos y morimos; ahí entramos a otros mundos;
ahí resistimos.



No me gustan las albercas redondas, ovaladas, sinuosas. Si pudiera
llevar a todos lados un canal de nado conmigo –estrecho, diseñado
sólo para ejercitarse, estrictamente rectangular– sería feliz.



El día que volví a nadar me dolían tanto los brazos que no podía quitarme la blusa. Recordé entonces el dolor, el cansancio, el decaimiento. Tuve que esperar días enteros para recordar también la felicidad.



La práctica de la natación es un asunto intensamente personal y el resultado de un trabajo de equipo. Nunca habríamos llegado a tiempo a ninguna clase de natación si el trabajo de mi madre no hubiera incluido llevarnos diario a la alberca. Por ejemplo.



No sé qué pasó con mis compañeros de entrenamiento. Sabíamos que no iríamos a una olimpiada jamás y, sin embargo, asistíamos a clase todas las tardes, a tiempo y sin falta. ¿Nos motivaba el deseo puro de nadar, el básico contacto con la respiración y el agua?



Entrené todos esos años con mi hermana en el mismo equipo. Su patada era mejor que la mía; pero mi brazada era más precisa que la suya. Nunca hablamos de la natación como algo especial. Sólo era algo que hacíamos. Juntas.



Le digo felicidad pero quiero decir tardes de agua fría.
Respiración agitada. Oración correspondida. No sé a estas
alturas si hablo de nadar. O de escribir.



Nado sin audífonos por las misma razón que escribo sin música:
quiero oír el ritmo de las burbujas, las palabras, la brazada,
el lenguaje, el agua.



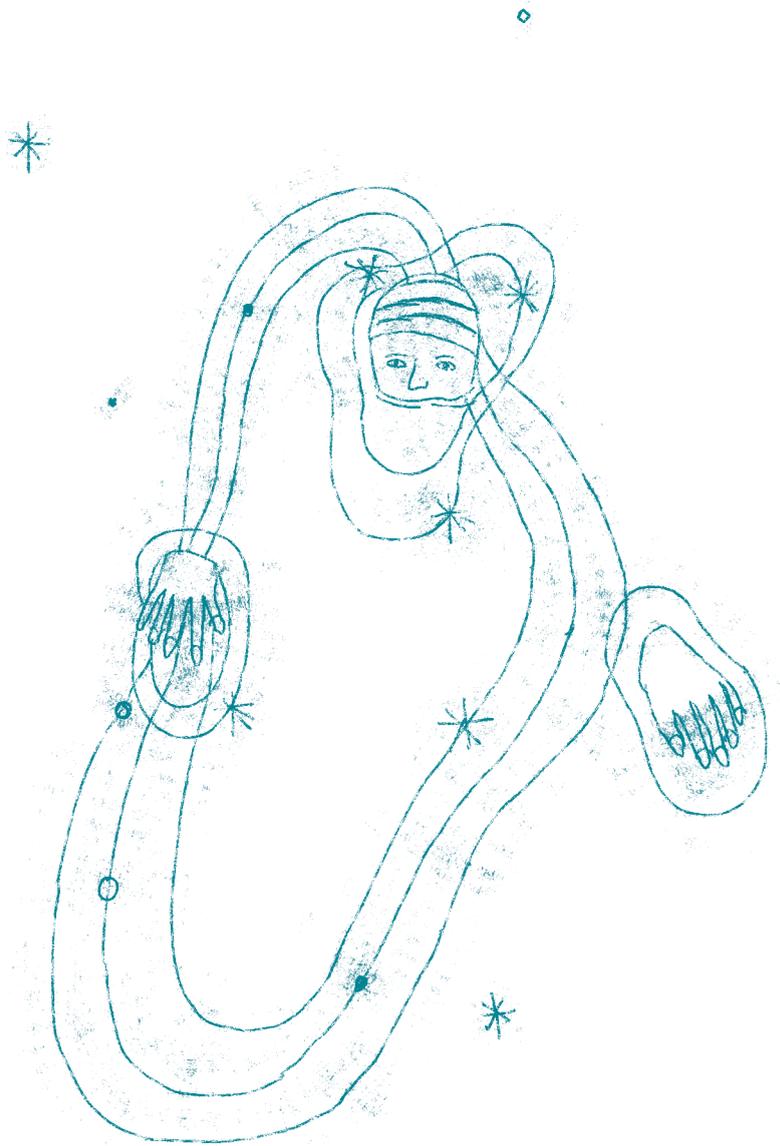
La respiración agitada en la alberca, frente a la página, en la cima
de un volcán. Todas parten de la misma materia: la intensidad
de la presencia física sobre la superficie de la tierra. La certeza de
la mortalidad.

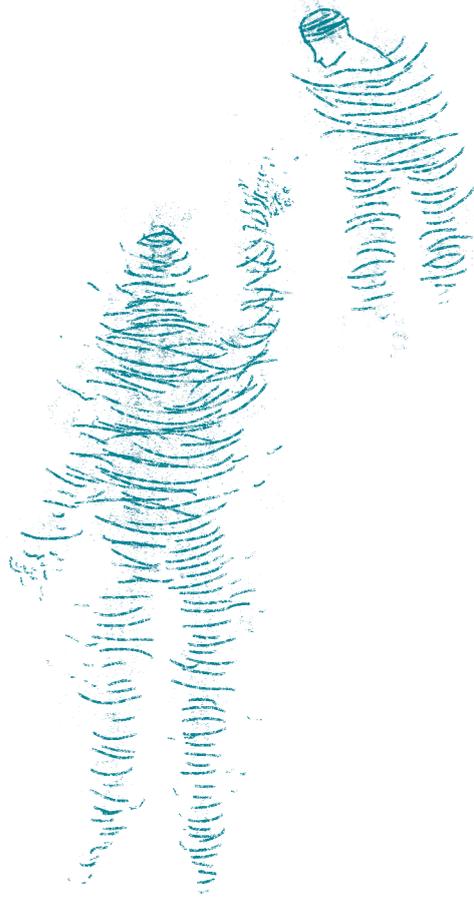


Y, a veces, es bueno sólo flotar de espaldas sobre el agua.
Ver el cielo. Dejar que pase el tiempo.



Razurc-Cruzar-Razurc-Cruzar
Un tuit como una respiración hasta llegar al otro lado de
la pantalla. Nadar o escribir, da lo mismo.





Nada que te haga sacudir los hombros

Karen Villeda

“Nada que te haga sacudir los hombros”

“Nada te sacudir hombros”

“Que haga los”

“Nada que”

“Hombres”



Escribí la primera frase en un libro acerca de la relación con mi padre. Él me enseñó a nadar. No sé si en Cuernavaca o en Veracruz. Hay una foto mía, de bebé, con un gorro de marinero. En esa misma habitación de hotel aparece papá portando orgulloso un sombrero de capitán. “Sacudir a los hombros”.



En mi poemario *Dodo* hay siete hombres. Seis son marineros y el restante, quien tiene más poder, es El Almirante. Se llamaba El Capitán en un inicio. Era mi padre, obviamente.



*No queda nada que echar al mar. ¡Briznas chamuscadas,
ganadores! Lentejuelas blancas en seis, seis vientres henchidos.
Las encías cubiertas de vellos y tripitas.*



Se llama Adolfo y él me hizo entrar al mar.



Él nadaba hasta que se perdía de vista. Ni siquiera había un punto minúsculo para mantener en la mirada. Después de unos minutos, resurgía su figura. No duraba tanto. Mi madre *como esforzándose por obtener una visión aún mejor hacia la mar*. “¿Papá volverá?”. Mamá asentía con la cabeza. Me decía sí en silencio pero ella tampoco estaba segura. Su intuición no nos protegió. Mi padre sigue siendo intermitente.



¿Por qué casi todos los muchachos sanos y robustos, con alma sana y robusta, se vuelven locos un día u otro por ir al mar?



¿Por qué las mujeres como yo no se vuelven locas
por ir al mar?

Porque enloquecemos con otras causas.



- ¿No le piensas volver a hablar a tu padre?
-No.
-Vas a cargar con esa culpa hasta el día que se muera.
-Tal vez me muera antes que él.



“Sé que nada va a pasar”



Papá y yo escuchando el mismo disco. Una y otra vez. Papá y yo en los noventas. Papá y yo como una canción de un grupo musical de España.



Sé que nada va a pasar
nada, nada va a pasar.
Sé que nada va a pasar
nada, nada va a pasar.



Hay una imagen vieja de mi padre joven. Hay una imagen joven de mi padre viejo. En ambas está nadando. El río ya no existe pero en el pasado fue. Mi padre fue también mi padre. Mi padre ya no existe pero en el pasado fue. Hay una imagen.





Vuelve pronto, papá.
Y no te vayas nunca.
Quédate siempre.



Nada de *tal vez*.



Papá es un *tal vez* y está nadando sin mí. “Él me enseñó a nadar”.
Pero no logro alcanzarlo.



Se llama Adolfo y él me hizo amar.



Hace diez años escribí lo siguiente:

*Mi primer recuerdo
es la mano de mi padre
obligándome a meter la mano
en una cubeta llena de truchas.*

*Desde entonces he enmarañado mi lagrimal.
Para perderle el miedo a las cosas.*

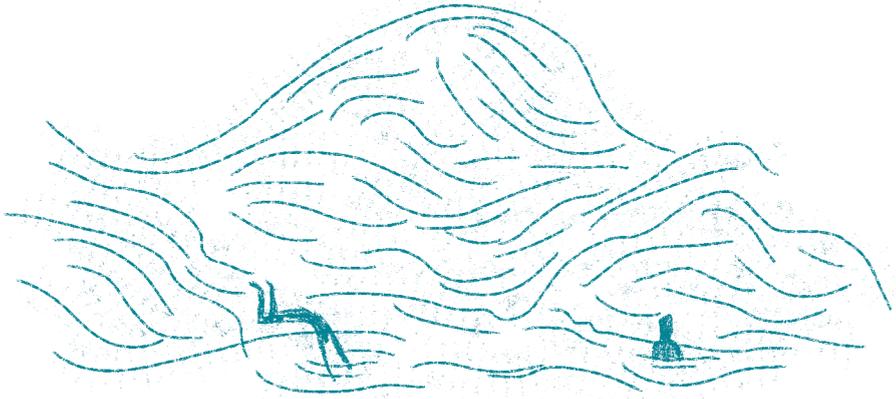
*Recuerdo al mar de Veracruz también
como una manera de saber nada.*

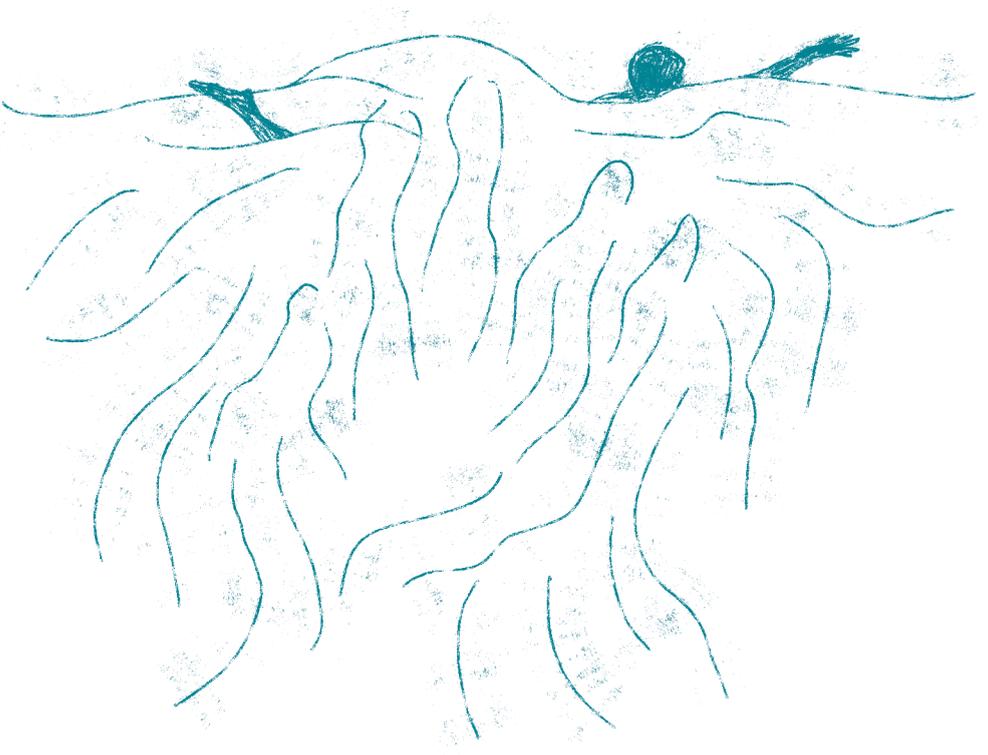


Hace cinco años, un artículo que escribí acerca de un escritor:
Su papá, bastante creativo, también fue una de sus inspiraciones.
¿Es mi padre una inspiración para mí? Otro artículo, también
escrito por mí, señala: *Tuve la fortuna de ser educado por un papá con
mucho experiencia.* No puedo decir lo mismo.



Este cuento infantil tiene un diálogo
con el padre:
–Necesitaba estar lejos –dice papá mirándome fijamente–.





Ingravidez II

Aurelia Cortés Peyron

Nadar es lo más cerca que estaremos, simples terrícolas sin traje espacial, de conocer la ausencia de gravedad. Precisamente porque no hay fricción ni impacto, nadar es el ejercicio que recomiendan para diferentes lesiones como ejercicio de recuperación. Por el primer carril de la alberca de mi gimnasio desfilan los lastimados, los jubilados y los lentos. Muchos caminan en vez de nadar; en vez de moderar su peso, sus pies se esfuerzan por tocar el fondo y sus muslos por avanzar y no zozobrar. Su marcha en cámara lenta me parece una metáfora de algo más. Parecieran practicar las habilidades de hundirse y salir a flote; de incidir, atravesar la materia y luego retirarse, algo que hacemos con el aire sin siquiera notarlo. Notar lo que nos rodea ¿será como caminar en una alberca?

Nadar es casi como volar y, sin embargo, me asusta menos. En el agua, siempre hay algo que contiene al cuerpo. Un cuerpo mayor que nos abarca. Nadar nos recuerda a cuando fuimos protozoarios y luego cigotos. Flotar en el espacio exterior, sin cordón umbilical, me es una experiencia demasiado ajena; en mis pesadillas puedo reconocer cuando hay una fuerza diabólica porque los cuerpos empiezan a flotar, el mío incluido, como en una constante caída, pero inmóvil, al ras del aire. En cambio, mi pesadilla más memorable de la infancia, una especie de sueño recurrente, ocurría en la alberca a la que íbamos con mis primas. De pronto, una enorme mantarraya que abarcaba casi todos los carriles me

cubría, eclipsaba la luz y la posibilidad de salir a la superficie, y me estrujaba con sus aletas.

Flotar es lo primero que aprendemos antes de dominar la horizontalidad en el agua. No requiere mucho más que el movimiento errático, pero constante, de nuestras cuatro extremidades. La suspensión de colibrí casi lento que casi no alcanza la última flor. De niña, casi me ahogo un par de veces, quizá porque dejé de patear o porque el punto de flotación se me perdió en el cuerpo. La flotación y el vuelo: para ambas se necesita equilibrio. Después de transitar del agua a la tierra, algunos animales pasaron al cielo, pero no dejaron de ser peces por completo. Me lo recuerdan el verso “peces del aire altísimo”, los peces-alondra de Sindbad el varado y también los pingüinos que se vuelven veloces gotas enceradas al romper la superficie acuática.

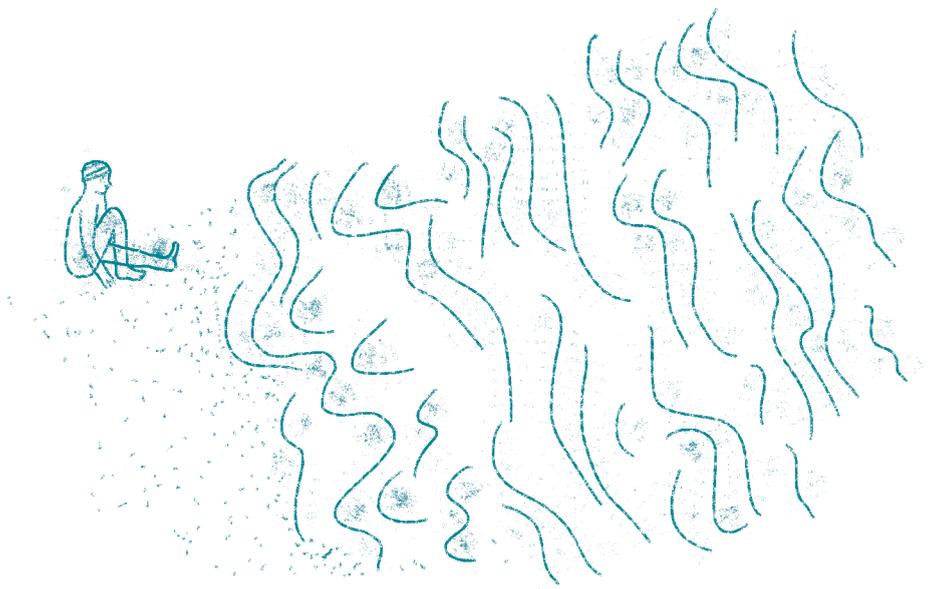
Flotar es un verbo intransitivo: sólo nos afecta a nosotros. Según el diccionario, “flotar es sostenerse sin el sustento de un medio sólido, sea sobre un líquido, un gas o en el vacío”. Flotar es dejar que las manos del agua te sostengan. Los peces flotan porque tienen vejigas natatorias, es decir, pequeñas bolsitas llenas de gas; los pájaros vuelan gracias a unos pulmones extra, los sacos aéreos, que les permiten tener la misma cantidad de aire dentro siempre. Los humanos a lo más que hemos llegado es a rodear nuestros brazos de los famosos *flotis fosforescentes*.

En el mar me encanta hundir la cabeza cuando viene una ola y pasarla a contracorriente. Cuando las olas no son tan turbulentas, me gusta flotar *de muertito*. Escuché que era posible gracias a la salinidad del mar, aunque no recuerdo la razón. Me viene a la mente la palabra *homeostasis* pero sé que no es la correcta; sin embargo, sé que el equilibrio está involucrado: el agua salada nos vuelve menos densos o quizá nos empuja con más fuerza. Me imagino flotando sin esfuerzo en uno de esos lagos rosados por la concentración mineral. Lo más importante de flotar de muertito

es el cielo. Lo segundo más importante es poder cerrar los ojos. Escuchar el latido propio y el otro, magnificado, del mar. Aunque nuestros pies no están anclados a la Tierra, nunca nos caemos de esta esfera.

Bajo el agua el sonido es distinto. Me gusta entrar y salir del agua para escuchar primero el eco de la alberca, luego nada, sólo mis movimientos y mi sangre. Sé que hay un momento en que los buzos, a partir de cierta profundidad y por el efecto de la presión sobre los gases de sus tanques, se confunden y comienzan a desvariar. Tienen impulsos riesgosos como quitarse la escafandra o simplemente desean permanecer allí más tiempo del debido. Siento empatía con esa desorientación, también llamada narcosis por nitrógeno; yo también quisiera quedarme bajo el agua a escuchar solamente el movimientos rítmico de la materia.





Cuerpo de agua

Juan Francisco Maldonado

Nunca he sido buen nadador.

Mi papá era de Mazatlán, y aunque yo no conocí ese lado de su vida, siempre nos hablaba de sus aventuras en el mar. De adolescente surfeaba y sabía contar las olas. La siete es la más alta y la uno la más pequeña. Normalmente la tres o la cuatro son las mejores. (Jamás entendí cómo contarlas). Mi papá tenía un amigo pescador que de niño había perdido un brazo jugando con cuetes, supongo que en Navidad o algo así. Y este amigo, que era un gran nadador, lo salvó un par de veces de morir ahogado y le enseñó a pescar callos de hacha con un palito y un cuchillo.

Es súper difícil porque crecen entre navajas de piedra, en los riscos. El oleaje te empuja hacia ellas y bajo el agua es difícil darse cuenta cuando lo hieren a uno. Por eso se llaman callos de hacha, porque esas piedras son como hachas muy filosas. Varias veces salí del agua empapado en sangre, con los brazos y el pecho todos llenos de cortadas, pero con mis callos de hacha. Son una delicia. Y el pinche manco era buenísimo. Nunca le pasaba nada y sacaba más callos que todos los demás.

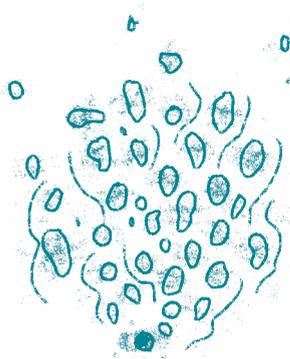
A los cinco años conocí el mar. Fuimos a Acapulco gracias a que una amiga le prestó a mis papás dinero y un tiempo compartido en no sé qué parte de la playa. Cuando llegamos, antes de hacer cualquier otra cosa, era fundamental ver el mar. Ya era de noche. No se acerquen, está muy bravo, nos advirtió alguien del lugar. Ya sé, yo soy del mar, respondió mi papá. La luna estaba

enorme y, salvo por algunas luces de las tiendas aún abiertas, era lo único que alumbraba el oleaje. Y allí se abría frente a uno la inmensidad de agua, oscuridad y reflejos. Si la luna está grande, jala la marea y hace que el mar se ponga más cabrón, nos explicaron a mis hermanas y a mí. Así es la luna.

Mi padre estaba extático sintiendo el mar, tratando de transmitirnos lo que le pasaba, su añoranza y familiaridad con ese monstruo. Yo me acordaba mucho de un mito griego en el que unas serpientes marinas gigantes enviadas por Poseidón surgen y devoran a un sacerdote que lo ha ofendido. Sentí que en cualquier momento podían aparecer, y vi en esas olas negras a las serpientes gigantes frente a mí moverse.

Del viaje a Acapulco recuerdo la alberca ovalada del hotel, con una fuente de cemento al centro en forma de niño orinando. Me lanzaba de su pedestal para sumergirme en el agua y agitar los brazos en dirección a mi madre, que me sacaba para volverme a subir a la fuente una y otra vez. Todavía no sé nadar pero ya aprendí a bucear, me acuerdo haber dicho cuando regresamos a casa.

Fue la única vez que salimos de vacaciones en familia y también la única que vi el mar. Un mar al que no regresaría hasta muchos años después, a los 19, cuando fui a Mazatlán por trabajo y sentí reconocer el lugar como pedazos de un sueño armado con las anécdotas de mi padre.





Mi madre, que era de la ciudad, nunca aprendió a nadar y le preocupaba mucho que nosotras tampoco lo hiciéramos, así que, en cuanto pudo, cuando yo tenía unos 11 años, me envió a clases en una alberca del ISSSTE en Guanajuato, en un sitio muy bello cerca de la Alhóndiga, que en algún momento había sido la cárcel municipal (como casi todos los edificios grandes y viejos en las ciudades chicas).

Fui sólo un par de veces a clases porque a mis padres se les acabó el dinero y, aunque no logré realmente aprender, le perdí el miedo a la parte honda de la alberca. Mi momento favorito de la clase era cuando el maestro, con un traje de baño muy entallado, me ponía a sumergirme, tocar el fondo y salir, una y otra vez. Me daba pánico, pero también me emocionaba estar tan cerca de él, con su cuerpo de nadador y su traje de baño, así que me rifaba (aunque después tenía que buscar maneras de ocultar mi erección al salir de la alberca).

Años después me fui de viaje al Caribe con mi entonces novia, la persona que más ama nadar que haya conocido en mi vida, y pasamos la mayor parte del tiempo sumergidos, dándonos besos y practicando distintas modalidades de braceo. Me tenía toda la paciencia y yo a ella toda la confianza, en esa situación tierna y sensual: llena de líquido y tacto y pieles mojadas y pequeños momentos de ahogo.



Nunca me he sentido *realmente* capaz de nadar.

La última vez que fui a la playa estuve seguro de que no iba a ahogarme y disfruté de flotar ligeramente a la deriva.



Alguna vez leí que cierta especie de pulpo tiene papilas gustativas a lo largo de toda su piel, y desde entonces he fantaseado con poder saborear con el cuerpo entero.

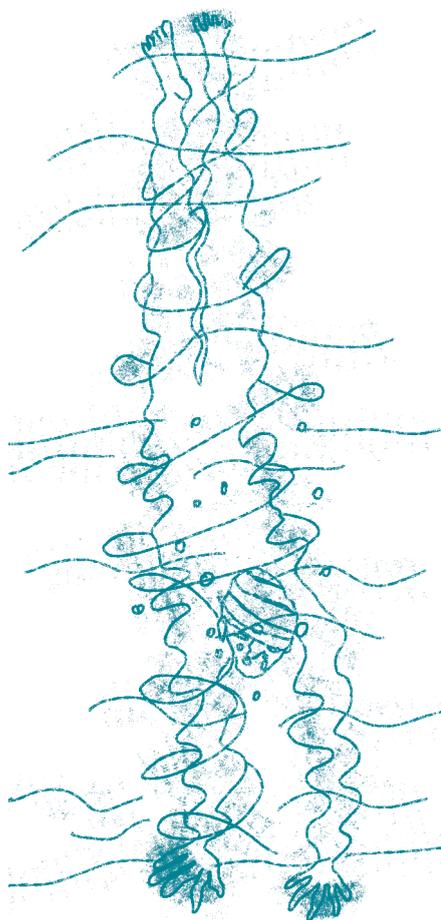
Una vez tuve un sueño en el que mi novio y yo éramos pulpos y cogíamos sin huesos, con tentáculos, saboreándonos con todo el cuerpo sumergidos en el agua. Desde entonces, casi cada vez que me sumerjo en el agua me siento efectivamente como dentro de un cuerpo, con millones de pequeñas lenguas tentaculares acariciándome entero simultáneamente y en muchas direcciones distintas a la vez.

Hay algo profundamente sexual en sumergirse en agua, porque su presencia y su contacto vuelve inevitable reconocer que nuestra piel es enorme y múltiple, porque las direcciones cobran un sentido muy distinto cuando nuestra relación con la gravedad cambia tan drásticamente, porque el agua a nuestro alrededor es como un grupo de enormes serpientes marinas enviadas por Poseidón para devorarnos y porque en el mar está la memoria del mundo.

Un atisbo de incomprendibilidad dándonos una buena lamida. Pero también hay algo muy tierno.

Cuando era muy niño, chapoteando en una alberca a la que habíamos ido con la familia de mi mamá, comencé a ahogarme. Fue algo muy rápido sin pataleos ni agitaciones. Simplemente me quedé sumergido, tragando agua y viendo pasar piernas. Muy rápido pasé de la desesperación a la resignación: “Esto es. Así se siente morir”. No había dolor ni ansiedad, sólo una contemplación en calma. De pronto una mano me jaló de los pelos a la superficie y me llevó a la orilla, que en realidad estaba muy cerca, y empecé a toser y a respirar. No sé si realmente estaba por morir, no lo creo, pero lo viví así, y lo viví con tanta calma...

Años después, me regresó ese recuerdo al leer la carta de suicidio de Virginia Woolf, a quien imagino triste pero plácida caminar río adentro, respirar agua y ver pasar la corriente, contemplar las serpientes de Poseidón mientras la abrazan, mientras el oleaje la empuja hacia ellas y bajo el agua es difícil darse cuenta cuándo la hieren, porque las olas no pueden más que abrazarla. Y allí se abre la inmensidad de agua, oscuridad y reflejos. Atisbando esa incomprendibilidad que la lame, siendo engullida por la memoria del mundo.





Nado

Andrea Fuentes Silva

Nadar o

partir
en medio de la pausa.

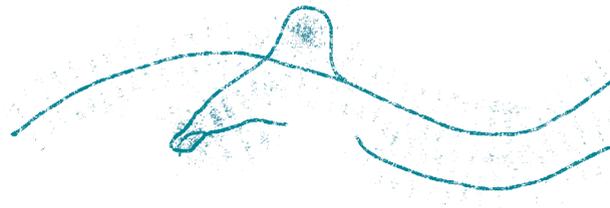
Irse.
Del encuentro
al instante
como si buscando sentido
en el recorrido suntuoso del agua
su andar silencioso
con los pies del cuerpo.

Nado.
Me sumerjo porque desaparezco y al desaparecer
me encuentro.
Me olvido de que soy yo
me olvido de ser.

Nado y atravieso el cuerpo de agua con mi cuerpo:
[el cuerpo se me expande,
el cuerpo se me deshace, el cuerpo vuelve al cuerpo...
Agua, ala, alquimia, anestesia, abrevadero,
líquido, laberinto, lengua, lienzo, libertad.
[Locura, lama, lámina, liturgia, lentitud
atraveso de punta a punta

un sinfín de pensamientos
un oleaje feroz de pensamientos
desordenados
asediantes
incisivos
pero mi cabeza en el agua,
mi cuerpo de agua, mi cerebro de agua y a la brazada setenta
[ya no soy nada
me olvido de que soy yo
me olvido de ser.

Nado.
Deshago del instante la razón, y
absolutamente sola
magníficamente sola
avisto
un argumento, como un destello o como una revelación.
Y allí en el agua
camino del agua
aleteo, soplo, brisa
que labra estelas, vetas
levanta arenas
en el agua
de las piscinas
(un eco, de humedades, los reflejos de las luces, la burbuja del erial
[y la tierra yerma)
de los mares
resistencia y flotación
(de la sal, de las olas, una fuerza vital o estremecedora)
de los ríos
movimiento y desplazamiento,
o frontera,
nado.

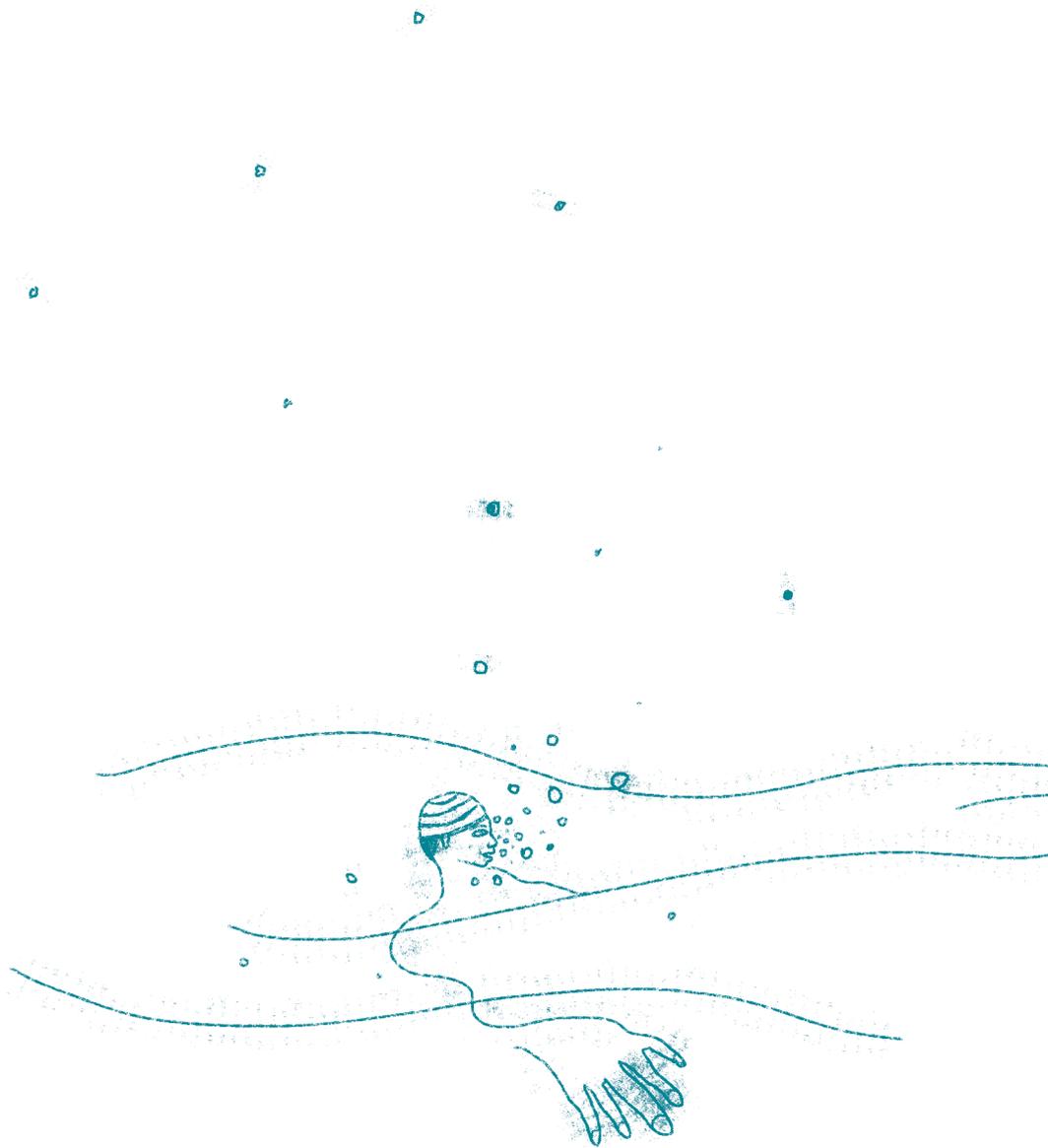


Nado

y a mi lado las ballenas sumergidas en el agua, enormes
masas flotando en una sutil danza –las medusas impulsando
los tentáculos– los racimos de peces trasladándose unidos a
velocidades incalculables –las huestes de protozoarios invisibles
luminiscentes que alguna vez al microscopio miré– los sueños de
agua que tuve –las horas resistiendo con la mandíbula el dolor–
los tiempos aquellos en que fui yaga –mi madre deshaciéndose en
el agua– mi hermano deshaciéndose en el agua –mi cuerpo
pariendo desde el agua– la espuma acariciando un nuevo día –
el sol y la playa– la ciudad y el agua –la historia que es de agua–.

Y ahí entre luces
mansos latidos moviendo
mis músculos
avanzo
aspiro
y desde la planicie
cuerpo que avanza
observo
como faro
el ruido de fondo
del significado:
me olvido de que soy yo
me olvido de ser.
Nado.





Marea

Tomás Castillo

El vaso de agua en el que me estaba ahogando era frío de lejos. Buscaba desesperadamente quién me salvara, cuando era de mí de quien tenía que cuidarme.

Con dolor, dijeron que en una pastilla cabría la felicidad, nomás no le habían encontrado el nombre.

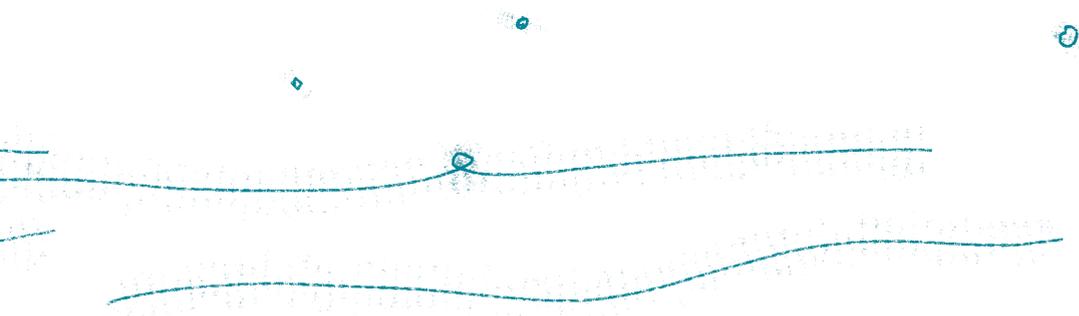
Nadé y nadé en agua fría para colocar mi corazón en otra realidad.

Se vale temerle al mar abierto.

Al espacio exterior.

A esas estrellas a miles de años luz de distancia que hace miles de años nos hablaron del futuro.

Nuestra vida da para una sola estrella.





Un resumen del mar

Erik Alonso

Antes de los seis años de edad creía que el límite de la Ciudad de México era el mar. No sabía que faltaban cientos de kilómetros para verlo de verdad. Cada noche, desde la azotea del edificio donde vivíamos por ese entonces en el norte de la ciudad, yo juraba que la zona oscura donde no había luz, ni faroles ni casas, era el mar. Aunque el edificio donde vivíamos no era muy alto, se encontraba ubicado en las faldas de un cerro, gracias a lo cual la ciudad se podía ver con hipnótico esplendor. Recuerdo la imagen de la ciudad nocturna con sus infinitas luces prendidas. Como mis padres trabajaban toda la semana durante el día, la noche era el único momento adecuado para hacer las labores de la casa. Por eso, cada que mi padre subía a tender la ropa a la azotea del edificio, trataba de acompañarlo.

En ese entonces tenía una vaga pero firme imagen del mar. Cada verano toda la familia hacía una rutinaria expedición al puerto de Acapulco. En mi mente, el plano de esas dos ciudades era el mismo. No existían las distancias.

Viví en una ciudad que daba al mar hasta que subí a la azotea cuando aún era de día. El mar era apenas un descampado enorme rodeado por construcciones irregulares que no se alcanzaban a definir. Asimilé mi descubrimiento con resignación.

Un día los miedos que no nos dejan dormir comienzan a ser cosas reconocibles. Las siluetas nocturnas que se movían en el clóset se convierten en la ropa que no está bien acomodada.

Los ruidos extraños que no me dejaban ir a la sala pasaron a ser la madera de los muebles que se contrae. Toda mi niñez dormí mirando hacia la pared para que las siluetas del clóset y los ruidos de la sala no me hicieran daño. En ese tiempo, evadir el miedo era tan fácil como mirar hacia otro lado.

No sé en qué momento me dejaron de importar aquellos miedos.

Las cosas cambian, la vida sigue y en algún punto dejamos de ver el mar.



Hay una foto donde vamos mi hermano, mi mamá y yo, montados en un mismo caballo. Se ve la playa, la entrada del mar y la noche. Mi cuerpo luce muy bronceado por el sol, me veo asustado. En la parte de atrás de la foto está escrito con lápiz el año: 1992. En muchas de las fotos que me tomaron durante la infancia, en el mar o lejos de él, luzco igual, con una mezcla de temor e incertidumbre. No es que siempre tuviera miedo, era más bien la forma en que me obligaban a estar en situaciones que no quería. En un caballo, por ejemplo. Situaciones a las que no sabía cómo negarme porque no sabía que existía el no.



Una vez me quedé dormido en una alberca. Tenía tres o cuatro años. Llevaba un chaleco salvavidas de colores verde y rosa fosforescentes. Dormitaba en la superficie del agua. Estábamos en un hotel de Acapulco. En el pasado todos iban o querían ir a Acapulco. A veces creo recordar esa tarde, el tamaño inmenso de la alberca, cómo oscurecía. Más que recuerdo es apenas una escena. Regresa el ambiente, el olor a cloro, mi somnolencia, el agua. En la imagen que vuelve está la trampa de mi cuerpo. No es un recuerdo ni una escena: es una sensación.

Un niño cabecea en la alberca.

Mi padre dice que ya es hora, que la alberca deja de funcionar a las siete.

Las albercas no funcionan.

Mi hermano y mi mamá se salen de la alberca. Mi papá se queda. Me gusta estar aquí. Simular que nado. En el recuerdo no hay más personas, sólo estamos los cuatro. Tengo sueño. Pasa el tiempo. Estoy obstinado. Cabeceo. Mi papá me lo advierte: “Te estás durmiendo”, dice. “No es cierto”, le respondo. Gano unos minutos más. Hago berrinche. Vuelvo a cabecear. Seguimos en el agua, no sé cuánto tiempo llevo.

Un niño cabecea en la alberca.

Oscurece.

Mi papá simula que se sale de la alberca.

Me da miedo quedarme solo.

Siempre el mismo miedo a quedarse solo.

Lo sigo a la orilla. Estoy llorando, me salgo.



Tengo seis años. Estoy en un balneario. Hay en la mesa de la palapa bolsas enormes y brillantes de frituras, sándwiches de jamón en bolsas de Pan Bimbo, muchos refrescos.

“No puedes meterte al agua después de comer”, dicen todos los grandes, “tienes que esperar dos horas, al menos”. Tengo hambre. Me resigno a sus advertencias y como. Mi abuela vigila que cumpla rigurosamente el tiempo. Dos horas son una infame eternidad. Toda mi infancia odié esas dos horas.

Hay personas que estuvieron a punto de morir ahogadas y dicen recordar una sensación profunda de cansancio. Somnolencia pura. La gente se desmaya y respira agua. La gente se duerme y no se da cuenta de que se está muriendo. Pienso en ese momento, tan parecido al calor que dicen que se siente antes de morir

por hipotermia; calor cuando mueres de frío, sueño cuando mueres ahogado.

En todas las albercas de mi vida está siempre la historia del niño ahogado, del tipo borracho que se quedó dormido, del clavadista que no supo caer. Historias verdaderas llenas de mentiras. Toda alberca es un mausoleo de muertos. También el mar. O más bien, sobre todo el mar. El mar no es una acumulación, es la acumulación misma.

Las albercas son un resumen del mar.

Mi abuela decía que si te dormías después de comer se te reventaban las tripas. Nunca dormí después de comer cuando ella nos preparaba la comida a mi hermano y a mí en su casa. Siempre le hacía caso. Aunque odiaba que no me dejara levantar de la mesa hasta que no terminara del plato el guisado de hígado. Tampoco le respondía cuando no nos dejaba ver la tele.

O cuando nos regañaba por jugar fútbol en las habitaciones, con las puertas de los clósets como porterías. Ahora, cuando tengo tiempo y estoy en casa, tomo una siesta después de la comida, veo la tele cuando quiero. Sigo viendo mucha tele. No he esperado nunca más esas dos horas antes de irme a una alberca.



Nadábamos de martes a viernes de cinco a seis de la tarde. Tenía ocho años y mi hermano once. Cursábamos la primaria. Saliendo de clases regresábamos a la casa para comer y ver un rato la tele. A las cuatro de la tarde nos íbamos solos a la natación. Para llegar a la alberca tomábamos solamente un camión. La alberca estaba al aire libre, el agua siempre congelada. Mis padres nos habían inscrito sólo para el verano, pero luego decidieron que sería buena idea que continuáramos con las clases. Mi hermano y yo nos cambiábamos rápidamente en los vestidores de la alberca. Nos bañábamos al regresar a la casa.

Cuando salíamos de nadar, obligaba a mi hermano a que me comprara un chocolate Snickers. Una tarde mi papá fue por nosotros y le pedí que me comprara uno. No lo hizo. Sentí vergüenza por todos los chocolates que me comí todas esas tardes después de nadar. Los culpé de mi sobrepeso.

Mi papá venía con sus primos a esta misma alberca cuando tenía nuestra misma edad. Mi abuelo le decía Pipe Spitz, porque mi padre se llama Felipe y porque Mark Spitz era la estrella acuática del momento. Sólo fue a la natación un verano, luego empezó a trabajar y a estudiar al mismo tiempo.

Luego de un año de ir juntos, mi hermano entró a la secundaria y decidió dejar la natación. Nunca le entusiasmó tanto el agua. Tuve que empezar a irme solo. La primera tarde que me fui sin compañía estaba muy nervioso. Tenía nueve años. El camión me pareció enorme. El chofer me dio mal el cambio. No le dije nada. Mientras nadaba, sólo veía el morral con mi ropa en la orilla. No quería que me lo robaran. En algún momento olvidé el miedo que tenía.

Todo era una brazada tras otra, la respiración, el olor del cloro. Algo se quedó en esa alberca cuando salí. Nunca me sentí más ligero. Por única vez, en los vestidores, me cambié con calma.

Me acuerdo del trayecto que separaba la alberca de la salida del lugar: pasaba por un pequeño estadio de fútbol, por las canchas de basquetbol, por los edificios donde enseñaban actividades que no eran deportivas, a tocar la guitarra, por ejemplo. Me gustaba ese trayecto.

Esa tarde, a la salida, me compré mi chocolate. Me lo comí cuando iba sentado en el camión, en un asiento que daba a la ventana.



Tuve un amigo en las clases de natación durante una semana. Era un niño que nadaba los veinticinco metros de ida y vuelta sin parar. Íbamos en el carril de avanzados. Para ese entonces, yo sabía nadar de crol y de pecho sin ninguna buena técnica, aunque ya no me detenía cada cinco brazadas. Había logrado llegar a ese carril luego de un año. Mi amigo era un poco gordito como yo, supongo que ambos teníamos los mismos diez años. Él no llevaba gorra. No tuve otros amigos en esa alberca. Con los goggles y las gorras, todos éramos niños anónimos. Costaba trabajo identificar al que se le había intercambiado algún comentario, una broma, alguna mirada cómplice.

El niño que no llevaba gorra me eligió como su amigo de juegos. Hacíamos carreras que él siempre ganaba y jugábamos peleas acuáticas en los diez minutos libres que nos daba el maestro antes de terminar la clase.

El maestro del carril de avanzados era un hombre que llevaba un bigote como mi papá.

En los años noventa todos los hombres llevaban bigotes. Fue el único maestro que de vez en cuando se metía a la alberca a darnos la clase bajo el agua.

Un día el maestro organizó un convivio en uno de los salones aledaños del deportivo. Hubo un sorteo para ver lo que tendríamos que llevar. Comeríamos tostadas. Estuve a punto de desaparecer antes de que llegara mi turno para tomar un papelito de aquella bolsa. No lo hice. Salí de la alberca, saqué un papelito que decía *tinga*.

El convivio sería un lunes porque ese día la alberca estaba cerrada. Podríamos ir de ropa de calle, como le decían lo adultos a la ropa que no era el uniforme. En una infancia llena de prendas escolares y trajes de baño hechos en serie, escoger la camisa adecuada no era sólo escoger una camisa, sino una mínima y

difícil afirmación de la libertad. Llegué al salón vestido con mi playera favorita y con un pantalón de mezclilla. Había muchos más niños de los que recordaba. Me acerqué a la mesa de la comida y en el centro puse la tinga que mi madre había preparado. Me serví refresco y me fui a sentar en un extremo del salón. Trataba de reconocer a mi amigo entre los niños sin gorras y sin goggles. En ese momento, todos los niños tenían nombres y yo no me sabía ninguno. Mi amigo no estaba. Pasé la espera más larga de mi infancia esperando a que se terminara la tinga del recipiente. Esa tarde no hablé con nadie. Sentía mucho calor en la cara. Cuando el recipiente estuvo medio vacío, lo metí en mi morral y salí disimuladamente del salón. Nunca volví a ver al niño que no llevaba gorra, al maestro que nadaba con nosotros; tampoco regresé a esas clases de natación.



Tardé tres días en averiguar que en las regaderas había agua caliente. Aunque el agua caliente siempre está del lado izquierdo del bañista, mi sistema de ubicación me traicionó y daba por sentado que estaba del lado derecho. Me bañaba antes y después de entrar a la alberca con agua helada. Aunque veía vapor en las regaderas contiguas, asumía que la diferencia era por mi mala suerte. Esos primeros tres días de natación tuve la nariz congestionada.

En los vestidores y en las regaderas nadie tiene pudor. Hay señores que pareciera sólo van a nadar para estar en los vestidores. Hacen bromas, están desnudos, ríen a carcajadas.

Aunque hay gente joven que viene a la alberca, los vestidores parecen ser territorio de los señores. Todos se parecen.

Algún día voy a ser un señor y no me voy a dar cuenta.

Los primeros días en los vestidores no sabía cómo desplazarme, qué hacer primero, dónde cambiarme. Cuando soy nuevo siento

que todos me ven. Siempre he odiado las primeras veces.

No pregunto ni digo nada, me equivoco en silencio.

Todos los vestidores de alberca que conozco se parecen. Asumo que así debieron ser los famosos baños públicos que había antes por toda la ciudad, ahí donde se bañaban mis abuelos, donde mi papá iba cuando no tenía agua. He visto que en la ciudad aún quedan algunos.

Una vez entré con mi papá a un baño en un mercado de Tepito que no tenía ninguna puerta ni división entre las tazas. Los señores estaban sentados con periódicos en las manos, platicando. Mi papá me llevó a la fosa que hacía de mingitorio. No pude con la impresión, con el olor, con la imagen. Se me fueron las ganas. Tenía diez años.

En esta alberca nadie quiere a los desertores. Hay gente que lleva más de veinte años viniendo al deportivo. Esos años son el abolengo de los vestidores. Los hombres que tienen casilleros son aquellos que llevan más de diez años viniendo. Saludan a todos, se despiden al irse.

Pasaron dos semanas de malas caras antes de que el tipo que recibe las cosas en el guardarropa me devolviera el saludo. Es un hombre gordo con lentes que lleva gorra todos los días. Vende dulces y trajes de baño horribles. Todos los días ve series televisivas; he alcanzado a identificar *La ley y el orden* y *Los años maravillosos*.

Ya me saluda, me dice “joven”; también se despide.

Faltan cinco años para que pueda aspirar a tener un casillero.



Llego a la otra orilla de la alberca y descanso. Me detengo con la mano izquierda en el filo de concreto. El agua tibia, el olor a cloro. Estoy en la orilla profunda. Respiro apresuradamente, me levanto los goggles, los desempañó. Mientras jadeo, veo a los otros nadadores, llevan buen ritmo, tienen mejor técnica.

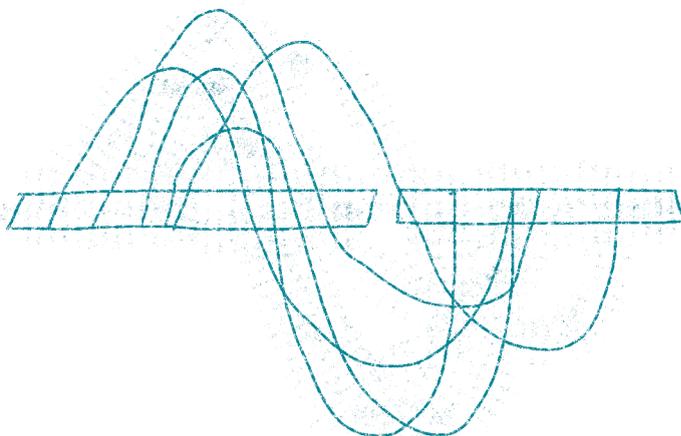
Hay cuatro carriles para la gente que toma clases; los demás, alrededor de ocho, son para el nado libre. Por lo que he visto, hay tres maestros que se turnan los días. La gente que toma las clases es en su mayoría gente joven. Hay un maestro muy gordo que siempre está sentado. Es joven, menos de treinta años, estoy seguro. Todos los alumnos lo saludan, algunos se quedan platicando con él después de clases.

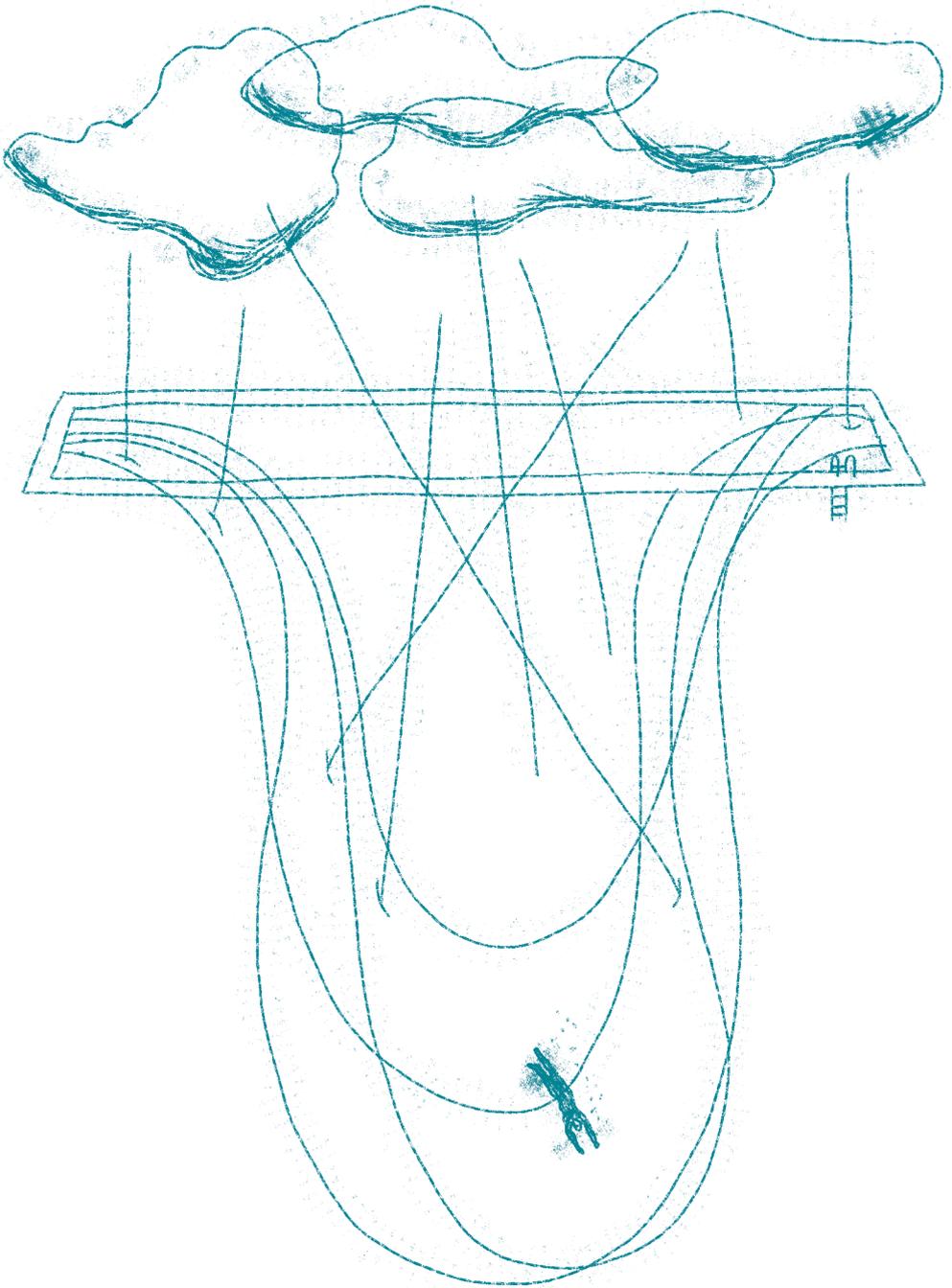
Las clases tienen un costo extra. No estoy muy seguro de que ese pago se realice; de hecho, pocas veces me han pedido la credencial de los pagos. Nadie dice nada. Podría entrar a los carriles de clases y nadie diría nada. Hablaría con el maestro gordo, platicaría con los compañeros. Pero yo no tomo clases, tampoco le dirijo la palabra a nadie. Tengo la sensación de que con la gorra y las gafas soy invisible.

En una alberca todo el mundo se parece.

Nado aproximadamente una hora. Primero caliento un poco, me sostengo con las manos en la orilla la alberca y muevo las piernas, después hago series con los brazos. Comienzo a nadar. Voy de crol, regreso de pecho. Descanso y jadeo en las orillas. Nadar de pecho es menos cansado, avanzas despacio pero los músculos se relajan sin enfriarse.

Nadar es una manera de estar solo.





La línea de mi espalda

Abril Castillo Cabrera

La línea de mi espalda está desalineada. El doctor me pregunta qué lado me duele más. No puedo ni siquiera agacharme a recoger una moneda. Levanté un mueble demasiado pesado para hacerle a un amigo un refugio temporal en mi casa. Antes de eso, corría tres veces por semana.

Descompuse mi espalda y ya no puedo correr. Ahora siento más alivio parada que sentada. Trato de inclinarme hacia adelante y hacia abajo, en un gesto que pretendería tocarse los pies, pero soy la única que lo sabe. No logro moverme más que unos pocos centímetros porque el dolor me jala para atrás. Me siento como una viejita. No puedo agacharme ni para amarrarme las agujetas. Para acostarme no puedo hacer el más simple movimiento de sentarme y dejar caer la espalda contra el colchón, la cabeza contra la almohada. Tengo que aventar mi cuerpo entero a la cama. Y duele. Todo duele.

No puedo correr. Me lastima caminar. Me duele estar en el mundo.

El doctor me alinea la espalda. Me pide que vaya una vez a la semana y me dice que nade. Pero no sé si quiero nadar otra vez.



Mi relación con el nado empieza con una mudanza.

En el jardín hay una alberca de agua verde. En las noches, un refugio temporal y cenas con mis abuelos y mi hermano. Mis papás no están. Sólo nosotros cuatro, un perro que es el padre de mi perra Crisis, ratas, una cocina y por lo menos un fantasma.

La abuela nos mete a clases de natación en el Pedregal de San Francisco. Una colonia que tiene el nombre de su hijo muerto. Tengo un traje de baño que en la parte de adelante tiene al Pato Donald y en la de atrás una plasta de color violeta. Mi hermano y yo aprendemos a nadar en la casa de una señora con una alberca muy grande.

Ya antes había ido a clases de natación, pero no me atreví a entrar. El maestro no tenía barba y no soportaba estar con hombres sin barba. Me daban miedo. Mi papá tiene barba. Mis abuelos no, pero son viejos. Mi hermano no, pero es niño.

Aprendo a nadar en el Pedregal de San Francisco y mi abuela manda limpiar la alberca de su casa para practicar. Su agua deja de ser verde y se convierte en color turquesa.

Estoy en la parte baja nadando sola. Mi abuela me acompaña y cuida desde afuera. Llega mi mamá a la casa, veo su silueta cruzar el jardín, salgo de la alberca a darle un beso y le digo contenta que ya sé nadar. Con *nadar* me refiero a que ya sé flotar.

Mi mamá había intentado enseñarme: Vuela con las manos, pedalea con las piernas. Pero yo siempre me hundía. Ahora no sé qué movimiento hago, pero floto. Mejor no preguntármelo.

Mamá, ya sé nadar, le cuento. Entonces en un arrebato como de niña, me toma desprevenida, me carga y me lleva hacia la alberca. Y en el lado hondo me avienta. A ver, flota, me grita divertida. Trago agua por la mala caída y la sorpresa. Nado del fondo hacia la superficie. Escupo agua y salgo y respiro. Floto en un compás suave justo donde estoy. Luego como perro me

arrastro nadando hacia la orilla. Mi abuela grita. Regaña a mi mamá. Yo salgo tallándome los ojos y llorando y me echo a correr hacia adentro de la casa. Mi mamá me intercepta y me abraza. No llores. Ya me demostraste que de verdad sabes nadar.

Un año antes en un hotel de Veracruz me distraje y solté el borde de la alberca. Tragué agua. Me fui al fondo. Pedaleé una bicicleta imaginaria y volé un cielo que me tragaba a lo más profundo del universo. Las albercas de mi infancia no tenían tope y estoy segura de que se conectaban con el espacio sideral. Moví mi cuerpo tal como mi mamá me había enseñado. Sólo me hundí más. Manoteé hasta tocar con la mano el borde de la alberca. Y logré salir antes de ahogarme.

Saber nadar se vuelve un acto recreativo en la infancia, un momento de estar tanto tiempo en la alberca que me quemó la espalda y la piel toda y el resto del viaje lo paso a la sombra dolida. Esperando la tarde para nadar más. El dolor interno se vuelve externo a los trece años. Cuando salen pelos y gorduras y granos. No tengo por qué mostrar mi cuerpo. Ni aunque implique dejar de nadar.

No es lo mismo casi ahogarte a los tres años, rehusarte a aprender a los cinco, nadar a los diez, dejar de nadar a los trece e intentar retomarlo a los veinticinco.

Mi relación con el nado renace con una herida que me hice por tonta. Por querer cargar más de lo que puedo. Por sabotear un ritual tan difícilmente establecido en los Viveros. No sé si podré hacer uno nuevo. Es más fácil renunciar a algo que empezar otra cosa de cero, aunque te lastime más.

Ahora, con la espalda desalineada, llego a una nueva alberca. En el vestidor hay sobre todo viejos. Me duele menos la espalda y siento que podría volver a correr. Pero un síntoma de mejora es justamente dejar de sentir el dolor. Un antidepresivo que surte efecto y te hace querer dejar de tomarlo porque ya estás bien.

Mi papá me inscribe en el mismo gimnasio que van él, mi hermano y mi tía. Me compro un traje de baño, goggles y gorro. Me siento incómoda en ese disfraz. Me veo ridícula. Pero también todos los demás. Imagino esto mientras me desvisto en el vestidor de mujeres. Aquí no pueden acompañarme mi papá ni mi hermano y me desvisto sola. Queriendo que nadie me vea.

A mi lado llega una mujer unos quince años mayor que yo y nos quedamos viendo. La reconozco. ¿Fuiste mi alumna?, me pregunta con una sonrisa. En vez de responderle que no fue mi maestra, sino la de mi novio exnovio, o de decirle que fue su asesora de tesis, sólo le digo mi nombre. No puede acomodar mi cara en su recuerdo, pero sé que conoce mi nombre. Es la esposa de mi exesposo. De mi exnovio, porque nunca nos casamos. Le digo mi nombre y siento que le cambia el gesto. Y el mío también, como si fuera posible más incomodidad. Traje de baño, goggles, desnudez. ¿Cómo estás? ¿Cómo está él? Todos bien. Qué bueno. Se atora su locker. Pide ayuda. Su llave no gira. Termino de desvestirme y vestirme y en cuanto empiezo por fin a alejarme, me sigue. Resulta que las dos vamos a nadar.

Pero yo no he nadado en muchos años. Me pregunto si podré nadar y no sólo flotar. Arrastrarme como perro en la alberca, de un lado a otro. La alberca tiene 1.45 metros de profundidad, así que ni siquiera floto. Una tercera parte de mi cuerpo sobresale sin mayor esfuerzo del agua. Intento dar una vuelta. 100 metros. Y me canso. La esposa de mi ex está al lado y nada muy bien. Cuando nos encontramos en alguna orilla, me voltea a ver y me sonrío. Trato de concentrarme no tanto en nadar como en dejar de verla. Bromeo con mi hermano y con mi papá. Nadamos poco. Hablamos mucho. Me siento completamente incapaz. Nadar no se parece en absoluto a correr.

Me rindo. Salgo del agua y vuelvo a los vestidores. Todas las primeras veces son difíciles, pienso, para animarme a regresar algún otro día. Saco del locker mis cosas para irme a bañar y llega

ella. La esposa de mi ex. Me ganaste, me dice contenta. Y yo le sonrió de vuelta, escondo mi frustración de ese día en una sonrisa y pienso en escupírsela de vuelta y responderle algo como: No, las dos sabemos que me ganaste tú. Pero me doy cuenta de que ni es cierto. Me fui antes de esa casa. Me fui porque quise. Que sean felices, pienso. Y ojalá no me la vuelva a encontrar.

Contra todo pronóstico, consigo hacer un nuevo ritual. Ir una vez por semana con el doctor de la espalda. Ir dos o tres veces por semana a la alberca. Y en cuanto empiezo a nadar más seguido, mi deseo se vuelve realidad y ella desaparece para siempre, de la alberca y de mi vida y de mi mente. El dolor desaparece también.

Ahora estoy sola en el agua. No me alcanza la respiración para cruzar la alberca. Salgo cada dos brazadas y me tuerzo el cuello. Con mi hermano practico dar una marometa y trago más agua por la nariz que la que he tomado voluntariamente por la boca en toda mi vida. A veces nado con él. Y más que nadar, platicamos o ensayamos nuestras marometas. Esto no es hacer ejercicio, pienso. Pero de todos modos la paso bien. Y luego empiezo a ir sola. A sudar, a cansarme, a despejar la mente. Pero las primeras veces no consigo dejar de pensar en que voy a ahogarme. En cada brazada: voy a ahogarme. Reconozco el absurdo de ese pensamiento. Basta dejar de nadar y ponerme en vertical para tocar el suelo de la alberca y que mi cabeza sobresalga del agua. Me imagino tragando agua y quedando inconsciente. Ahogándome por no saber cuándo parar. Por no reconocer mi propio límite. Muriendo con agua en los pulmones en una alberca de 1.45 metros de profundidad.

Pronto me doy cuenta de que nadar no es tanto saber mover las piernas y los brazos, como dejar de pensar. Y que me resulta más fácil hacerlo que cuando corro. Al nadar sólo me concentro en una acción. No hay muchas distracciones abajo del agua.

Nadar no es vencer el cansancio del momento, sino decidir entrar en él. Se vuelve lo más fácil del mundo estar adentro del agua.

La batalla es llegar a ella. Levantarme, salir de casa, tomar el metro, entrar en la alberca.

Toda repetición da la paz con cualquier nuevo ritual.

Ese ritual que consiste en dejar de pensar en la muerte mientras nado.

En conectar con la nada y dejar de contar las vueltas. Pero en algún nivel seguir las contando.

Dar dos vueltas y parar.

Dar tres vueltas y parar.

Sumar diez vueltas en total. Medio kilómetro.

Dar cinco vueltas.

Dar diez.

Dar cinco más.

Otro día, dar veinte vueltas sin parar.

No parar es más un acto mental que corporal.

Girar en una marometa en cada vuelta, que seguro estoy dando mal. No sacar la cara del agua. No tocar el suelo con los pies. Sólo asomar un segundo la cara para respirar.

Nadar como un acto de fe. Empujar el tiempo que sólo avanza cuando uno lo traza con su cuerpo sobre el agua.

Recuperar la línea de la espalda.

Flotar pedaleando con los pies y volando con las manos.

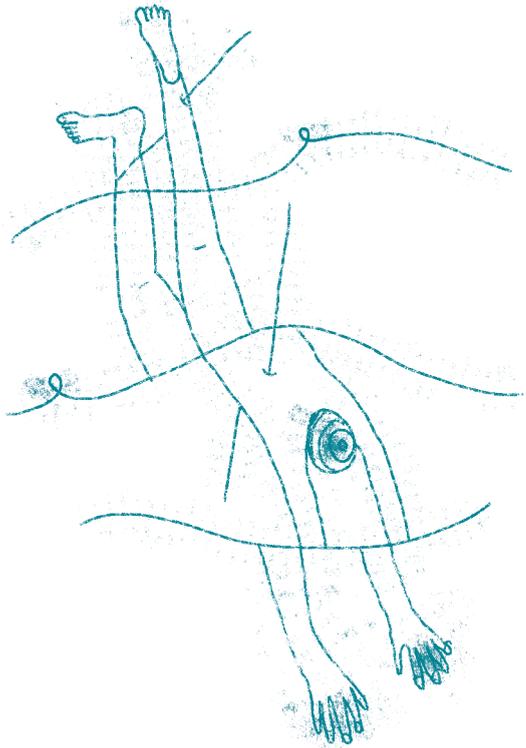
Salir a flote.

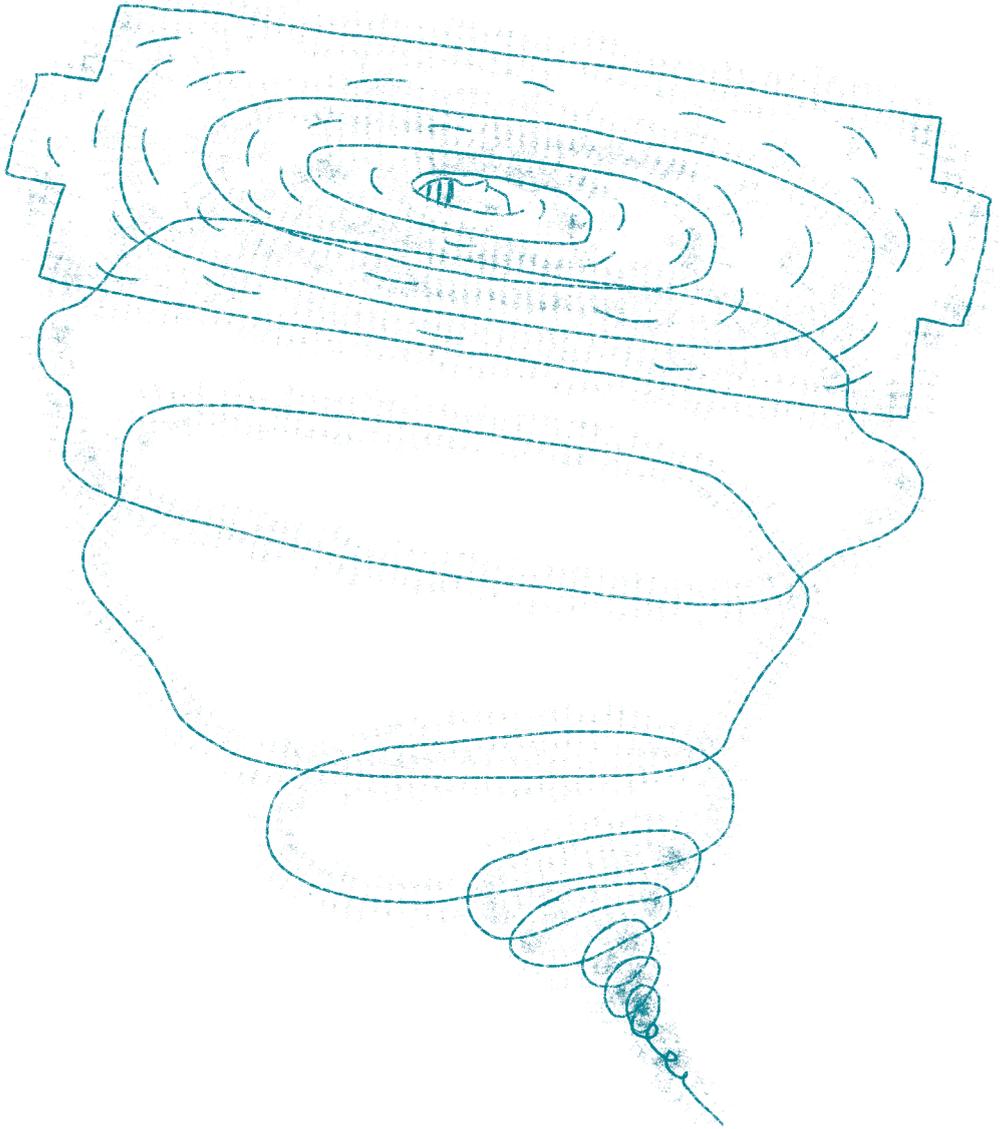
Respirar.

Acceder a la nada en cada marometa.

Dejar en pausa el dolor que espera afuera.

Porque adentro del agua, estoy sola y bien.





Maneras de desaparecer

Isabel Zapata

Neddy Merrill –el personaje del cuento de John Cheever que decide regresar nadando a su casa por el Río Lucinda (la hilera de piscinas de sus vecinos)– agradece vivir en un mundo tan generosamente abastecido de agua. Todo va bien, o eso cree él, hasta que llega a casa de los Welcher y descubre que la alberca está vacía. El hueco en su camino acuático lo desconcierta: ¿por qué harían los Welcher algo así? Los camastros, plegados y amontonados, están cubiertos por una funda, el vestidor cerrado con llave y afuera, clavado en un árbol, un cartel que dice EN VENTA. Está claro que sus vecinos no piensan volver.

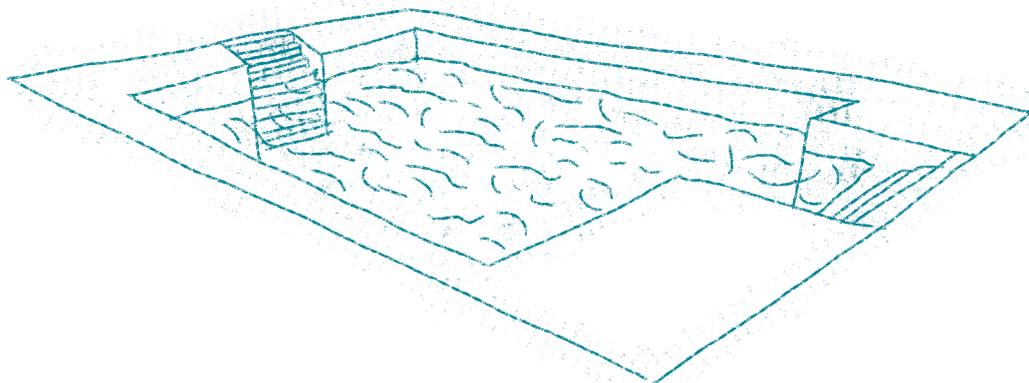
Pero no todas las albercas vacías están abandonadas. Algunas son obras de arte.

El argentino Leandro Erlich hizo una instalación permanente en el Museo de Arte Contemporáneo Siglo XXI, en Kanzawa, Japón, en la cual el público se pasea por dentro de una alberca. Para los que caminan arriba, la ilusión óptica consiste en ver cómo los de abajo caminan con normalidad a través de una lámina de vidrio cubierta de agua.

Otras albercas son parques para los *skaters*, que empezaron a usarlas en California durante la sequía de 1975, cuando muchas se vaciaron para mantener el abasto de agua. Sus curvas fueron entonces el lugar perfecto para imitar los movimientos del *surf* sobre las olas de cemento, el único sitio más o menos clandestino donde podían practicar en libertad hasta que llegara la policía.

Hay albercas vacías que en realidad están llenas de otra cosa: jardines, agua estancada, una cancha de fútbol. ¿En qué consiste una alberca ontológicamente, cuál es su naturaleza más profunda? ¿Cualquier agujero en la tierra en el que se puede nadar es una alberca? ¿Los cenotes, por ejemplo, o aquel pequeño charco junto al mar del hotel Boca Chica, en Acapulco, en el que uno puede relajarse en agua salada? ¿La laguna de Bacalar es una alberca? Entonces el mar entero también lo es.

La primera alberca de la que sabemos es la de los grandes baños de Mohenjo-Daro, en Pakistán. El primer depósito público de agua del mundo antiguo era gigantesco: doce por siete metros de ladrillos de barro vueltos impermeable por una capa gruesa de alquitrán. Construido en el tercer milenio antes de Cristo, seguramente el lugar tenía funciones religiosas y sus ruinas se han convertido en objeto de admiración y estudio. Así fue que una alberca vacía terminó en el billete pakistaní de veinte rupias.



Pero yo quiero hablar de mi alberca, que siempre estuvo llena, como las del Río Lucinda, hasta que un día se convirtió en la alberca vacía de los Welcher. Mejor dicho, quiero hablar del archipiélago que fue mi alberca: la isla de la limonada en vasos pesados, la isla de las alergias, la isla de los alacranes náufragos, la isla de algas de cáscara de pepino, la isla de los cachorros ahogados, la isla de la metástasis.



Las albercas son escenario de sucesos terribles. Pienso, por ejemplo, en la que aparece, rebosante de barro y esqueletos reales, en *Poltergeist*, la primera película de terror que me atreví a ver. O en la alberca vacía donde pusieron a pelear al Coffee en *Amores perros*. En otra categoría de historias de terror, está una que me contaron hace años, de la cual recuerdo apenas los detalles necesarios: la alberca vacía de un hotel en Tepoztlán en la que un hombre, creo que extranjero y sé que muy borracho, se echó un clavado contra el concreto. No sé si sobrevivió, pero pienso a menudo en ese cuerpo en suspensión, cabeza abajo y las rodillas en escuadra, descendiendo en vertical. Dos terceras partes de agua que nunca se toparon con su equivalente líquido.

En la alberca de casa de mi padre, que yo sepa, se ahogaron dos perros. Los accidentes sucedían a menudo porque, aunque no era demasiado profunda, no tenía escaleras para salir. El primer perro ahogado era apenas un cachorro y mi madre lo adoraba. El mito familiar dice que lloró tres semanas sin parar y que el accidente la mandó directo al diván, en el que meses después decidiría pedir el divorcio.

No es la primera vez que algo ocurrido en una alberca termina en terapia. Le pasó a Tony Soprano, cuando los patos que llevaban dos meses instalados en su alberca se largaron justo el día que su hijo cumplió trece años, provocando el ataque de pánico con el que

empieza la serie. La alberca se mantiene como un personaje importante hasta la quinta temporada, cuando Carmela decide vaciarla para ahorrarse unos dólares y Tony se queda sin lugar para tomar el sol.



Hubo otras albercas en mi infancia. Una estaba en la Academia Florida, que todavía existe en la calle de Vito Alessio Robles. Cada martes y jueves empacaba el traje de baño y el gorrito azul para la clase, que duraba dos horas. Mi mamá me esperaba en la cafetería y me miraba a través de los cristales. Aprendí lo básico, pero nunca pude tirarme clavados hacia delante sin sacar agua. No llegué al segundo nivel y mi nula habilidad en la materia terminó de manera dramática unos años más tarde, cuando mis primos me hicieron aventarme de una plataforma de diez metros en un club deportivo en San Luis Potosí. Aterricé con la panza como una tabla en horizontal y perdí el aliento de tal forma que hubo que llamar al paramédico. No volví a la Academia Florida. Por suerte, para ese momento ya pisaba el fondo de la alberca de mi casa y sabía lo suficiente para no ahogarme en la del hotel de Puerto Vallarta, donde pasábamos las vacaciones.

Todas estas albercas empiezan y terminan en cualquier lugar. Cada una, en contraste con las demás, pierde su forma: sus aguas se mezclan y sus límites se unen hasta formar un poliedro irregular de bordes difusos, un depósito de agua fuera del mundo. En algo se parece la arquitectura de las albercas a la biología. Cada una toma sustancias del medio que la contiene y las transforma, cada una crece y se multiplica, como si el pedazo de mundo que la sostiene –el rectángulo de pasto y concreto, la academia, el hotel– se resistiera a quedarse quieto.

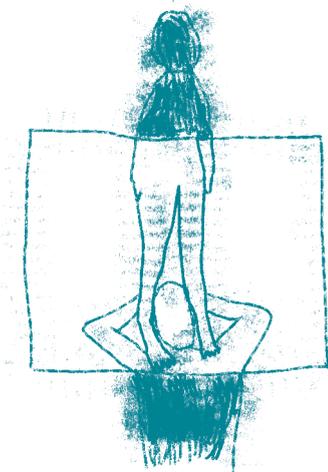


Mi vida adulta, en cambio, ha estado desprovista de albercas. Cuando me topo con alguna, no me dan ganas de meterme. Pero pienso de inmediato en albercas en las que pasaba horas juntando hojas secas, con la cabeza en el agua contando los segundos que podía aguantar la respiración. Me hubiera gustado saber entonces que los placeres acuáticos durarían tan poco. Tal vez me pase la vida buscando las albercas que me faltan.



A mi padre también le gustaba tomar el sol junto a la alberca. De lo mucho que he olvidado de mi infancia, eso lo recuerdo con detalle: se sentaba sobre una toalla a rayas y tomaba tequila en unos caballitos de cristal grueso. Comía pistaches. Ahí las cosas tomaban un peso distinto, como si el espacio alrededor del agua se viera también afectado por el principio de Arquímedes, permitiéndole a sus movimientos un descuido del que sería incapaz unos metros más lejos. De pronto detenía la lectura para meterse a nadar y, al salir, todavía escurriendo, hacía estiramientos para presumir su flexibilidad. La cercanía del agua suavizaba sus ángulos.

Hasta que llegó a la isla de la metástasis. Ahí no hay espacio para estirar las piernas.





La alberca marcaba las estaciones de nuestros años. Cuando cumplí diez, uno de mis hermanos metió al vestidor un colchón viejo, llenó las paredes de posters de *heavy metal* y fumó tanto que los más chiquitos ya no quisimos entrar por el olor. Luego la habitación se puso a disposición de otro capricho y se instaló ahí un cuarto oscuro. El capricho tenía cierto sentido semántico, porque en ese entonces para revelar fotografías había que sumergirlas en un serie de albercas de químicos. ¿No es la alberca misma una fotografía, un campo de acción delimitado por su perímetro?

En los últimos años, las islas quedaron abandonadas y mantener la alberca se volvió insostenible. Yo, que vivía lejos y la veía sólo de vez en cuando, la encontraba siempre convertida en un cuadrado de agua enverdecida, desprovisto de cualquier característica que la calificara como alberca: ya nadie le ponía cloro ni la calentaba para nadar ni recogía las hojas secas. Era un ojo de agua viva que registraba el estado de la casa, un oráculo zumbante de mosquitos.

Cuando pusimos la propiedad en venta, no sabíamos si vaciar la alberca. Queríamos ahorrarnos los químicos, pero ¿y si le salían grietas que al final hicieran más caro el proceso? ¿Y si un día despertábamos y encontrábamos el cadáver hinchado de un desconocido sobre el cemento? ¿Y si nuestro padre volvía con un plato lleno de pistaches y encontraba la alberca vacía?



No satisfecho con poner albercas en lienzos, David Hockney pintó por dentro la alberca del Hotel Roosevelt, en Hollywood, en 1988. Tuvieron que vaciarla, claro, para poder llenarla de suaves curvas azules que forman un patrón que permanece quieto cuando el agua está en reposo, pero que murmulla cuando llegan las visitas.

Los trazos de Hockney son los signos de puntuación del lenguaje de la alberca llena. El agua busca las maneras de comunicarse con el rayo de luz clavadista que la atraviesa en diagonal, con las burbujas que salen del traje de baño que se reacomoda el nadador, con los azulejos que crujen y se rompen y se desprenden del piso: cualquiera que se haya sumergido en una alberca conoce esa música.

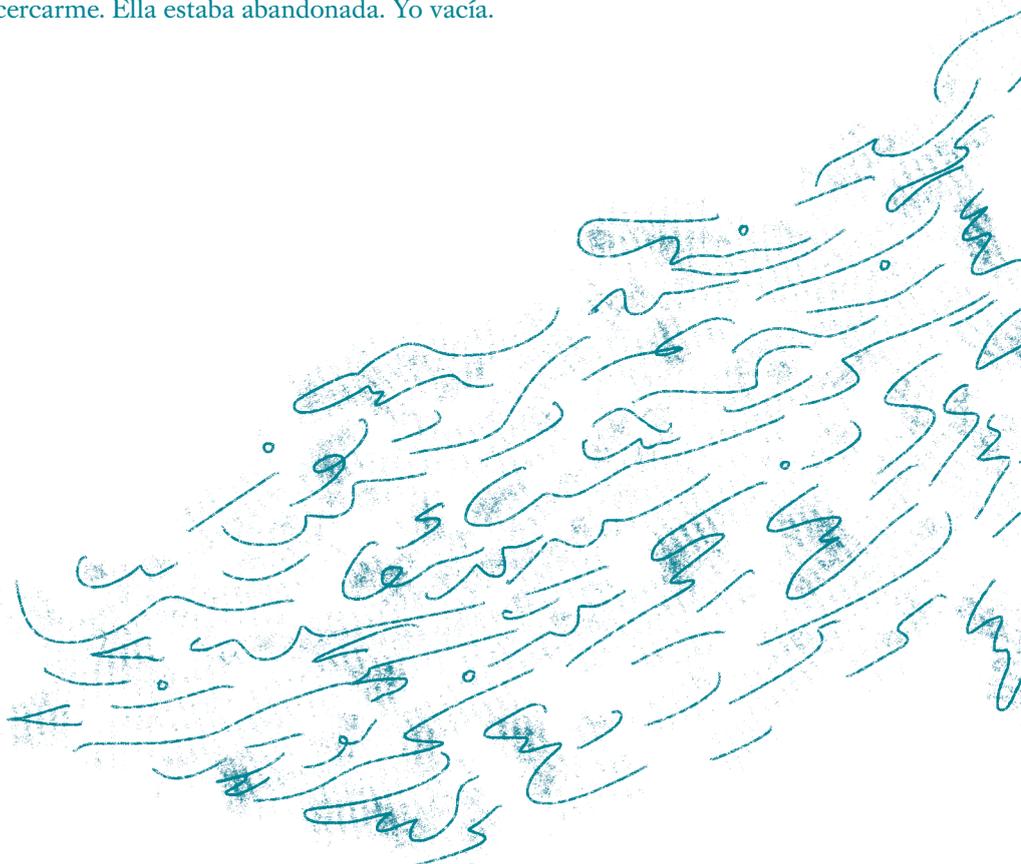


¿Qué dicen en cambio las albercas vacías? Tal vez su geometría eche de menos el temblor impreciso del viento sobre la superficie líquida, los cuerpos que ondulan como peces de cuatro patas, la historia que en ella se nadaba. ¿Esperan al agua o al cuerpo que la agita? O tal vez se alegran y no esperan nada. Es necesario estar vacía para poder volverse a llenar.

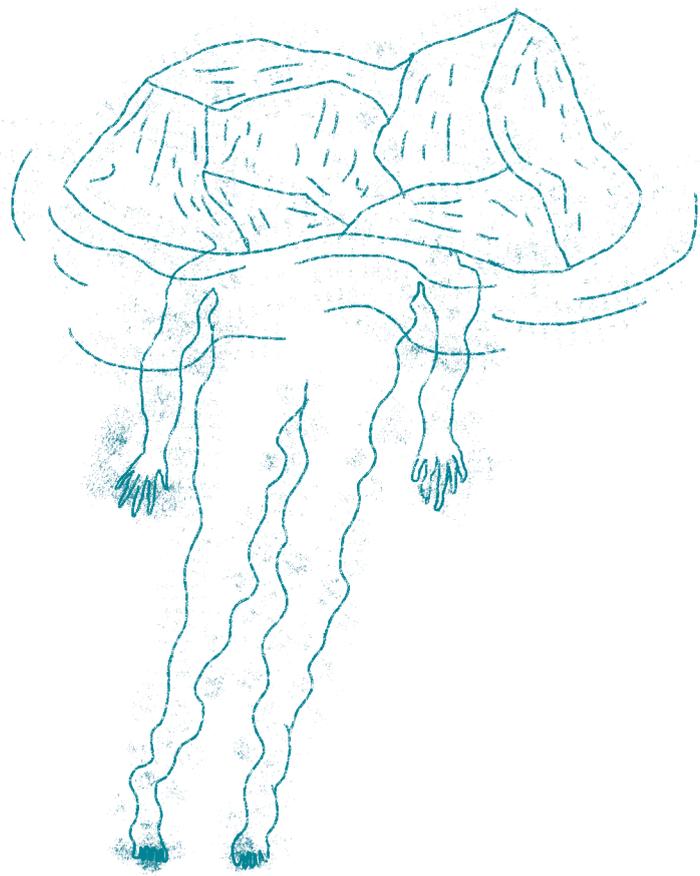


No le guardo rencor a la alberca de casa de mi padre. Así como las albercas no son su agua ni su forma, sino el espacio que comparten, yo también me he convertido en un contenedor acuático. Soy donde no estoy: habito el pasado, los recuerdos ajenos, los espacios donde hubiera vivido si tan sólo.

En un poema de su libro *Principia*, Elisa Díaz Castelo piensa el universo como una alberca vacía en la que los niños reconocen al agua por su ausencia. Así me sentí yo la última vez que estuve en mi alberca vacía. El pasto había crecido demasiado y el vestidor, que tantas cosas fue y dejó de ser, se caía a pedazos. El concreto estaba lleno de grietas y moho, como una ciudad recientemente convertida en ruinas. Me quedé mirando la alberca largo rato sin acercarme. Ella estaba abandonada. Yo vacía.







Pax

Lilian Gaa

Pax era un golden retriever de cara bonita y con sobrepeso. Como a la mayoría de su especie a Pax le gustaba el agua y nadar, de vez en cuando se aventaba a la alberca, recogía una naranja que había caído del árbol, la sacaba y se la comía en el pasto, pero lo que más le gustaba era que lo sacaran a cuestras de la alberca.

Si escuchaba que alguien estaba en la alberca, Pax salía corriendo de donde estuviera y se aventaba, nadaba hacia ti y, a su manera y dentro de lo que le permitía su cuerpo de perro, se abrazaba a tu espalda y no se soltaba hasta que lo llevaras a la orilla y lo depositaras fuera.

Pax tenía sobrepeso, garras y tenacidad. Llevarlo a la orilla era difícil, al principio era muy gracioso que lo hiciera, pero conforme fue creciendo había que cerrar las puertas o encerrarlo. Pax abría rejas y lloraba en el encierro, así que al final acabamos por aceptar que si querías nadar tenías que transportar al perro que tampoco te dejaba espacio para hacerlo.



A mí me gusta, más que nadar, flotar. Crecí rodeada de albercas, en mi casa, con los amigos, por todos lados. Las albercas en Cuernavaca son grandes, frías y lo mejor de todo, casi vacías de gente.

La alberca de mi casa estaba así, sólo para mis hermanos y para mí y, si ellos no nadaban, era mía. En verano me ponía el traje de baño debajo del uniforme y lo primero que hacía al llegar era saltar a la alberca y después seguir con la vida.

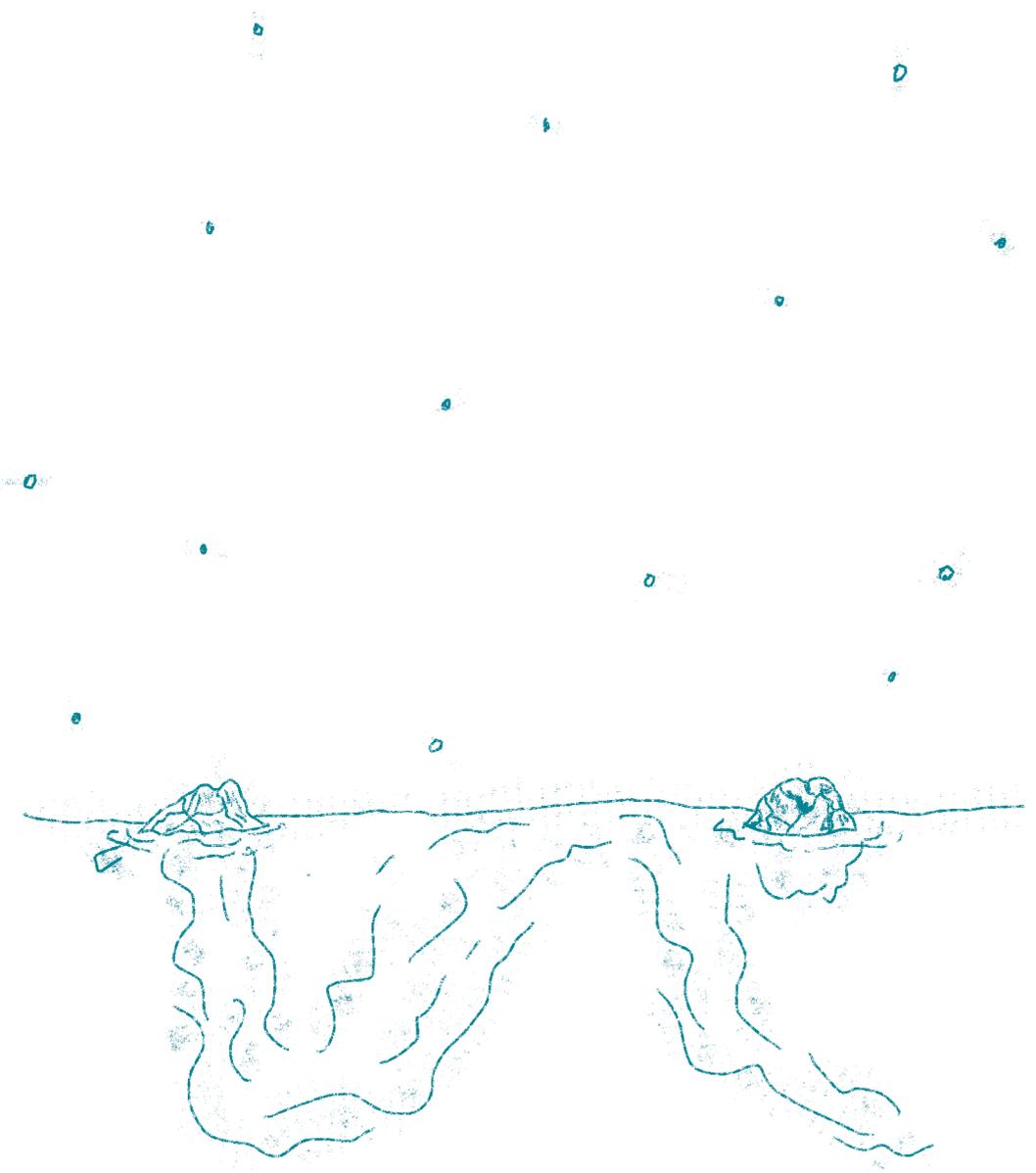
Después me fui a vivir a la ciudad donde no hay albercas y las pocas son compartidas o están en gimnasios. Tuve alberca desde que nací y aprendí a nadar con técnica y, supongo, estilo hasta la universidad. Extrañaba las albercas y entré a un gimnasio, la alberca tenía carriles, más alumnos, instructores, techo, un montón de reglas y poco espacio. No me gustó “aprender” a nadar.

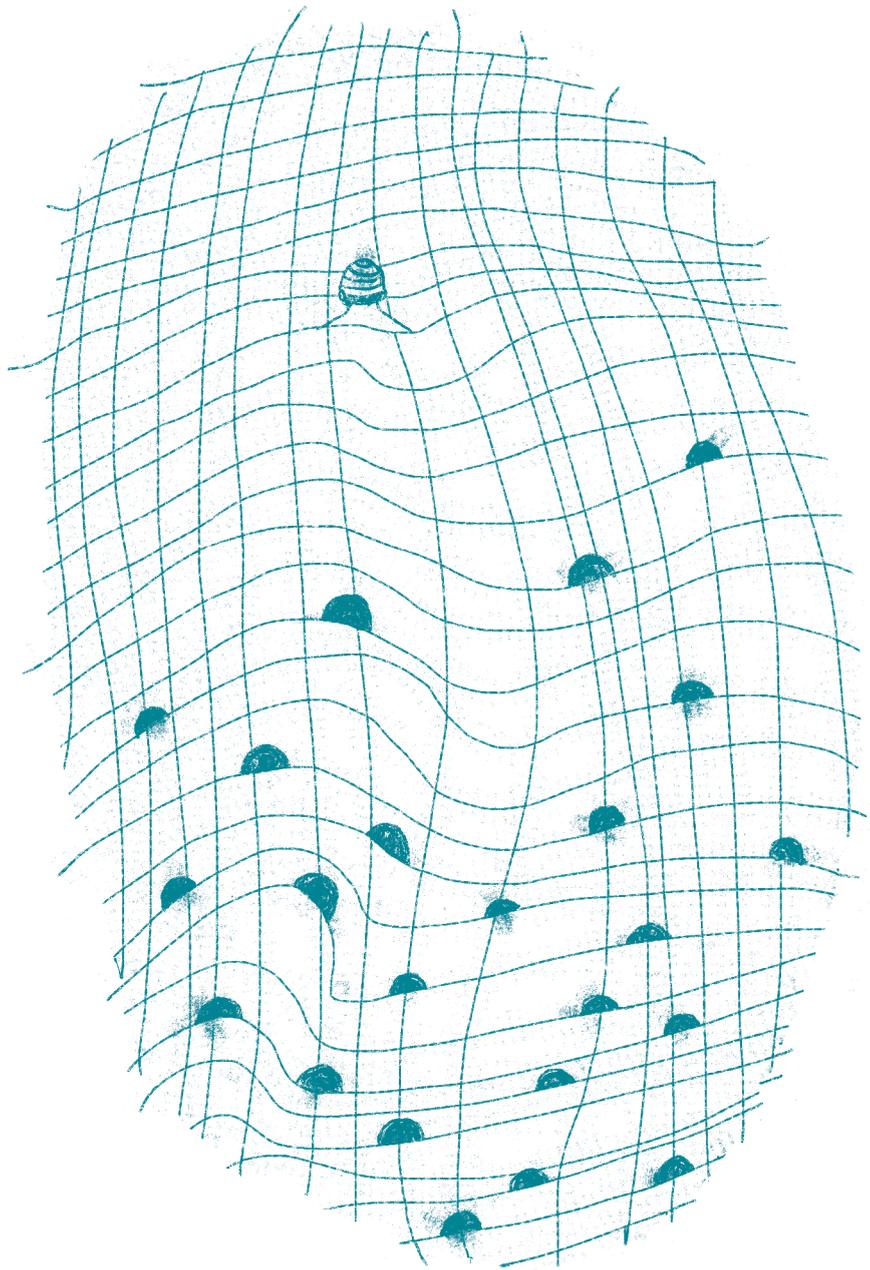


Me gusta pensar que la alberca de mi infancia es un poco de mar.

El agua salada es más densa que la dulce. El mar es público, inmenso, todos venimos del mar. A mitad del mar no hay nada, no hay tierra ni palmeras, debajo lo desconocido y arriba el infinito, eso es flotar.

Pax lleva un par de años flotando entre las estrellas y cuando regreso a la alberca de Cuernavaca, por un momento, espero que salte a la alberca y, a su manera, me pida que lo lleve a la orilla.





Nade no haga nado

Emiliano Becerril

En una alberca pública nunca se está realmente solo, y esto es simple de comprobar. Si se es asiduo, es fácil obtener amigos, amigas y, si uno insiste, amibas. Uno siempre está más acompañado de lo que cree. Y ése es mi caso, nado en un alberca semiolímpica, pública, al aire libre y con una densidad poblacional mediana de gente y parásitos.

Nado. No es muy honesto declararlo con vehemencia, pero lo sigo haciendo gracias a que alguien me dio la idea de agregar a mi declaración el concepto *estilo libre*. Lo sé, decir que nado *estilo libre* es una mentira del tamaño de Pangea, porque entre los nadadores el *estilo libre* es una forma de llamarle al crol, que es lo que técnicamente no consigo hacer. Sin embargo, al mismo tiempo, decir que nado *estilo libre* ante poetas tampoco es faltar a la verdad porque, efectivamente, nado con una libertad casi dadá. A según.

De hecho, he descubierto que puedo inspirar un poco de respeto a mi alrededor si en cualquier reunión hago esa declaración. Cuando lo digo, la gente me mira con cierto estupor durante unos segundos y luego guarda silencio. Por las características de mi cuerpo, ni gordo ni flaco, ni tronco ni ágil, nunca podrán saber a qué me refiero, podría referirme al crol o al dadá, y esto genera un efecto dominó de sospecha y miradas que en promedio me benefician porque la gente no siempre está pensando mal del prójimo. Entonces quedo como un nadador que sabe de lo que habla.

Y si veo que el respeto no es suficiente, agrego la palabra *semiolímpica* y asunto resuelto.

Cuando comencé a nadar estaba seguro de haberme transmutado en un torpedo submarino, hasta que después de la primera vuelta descubrí que mi velocidad era prácticamente igual a la de la señora que hacía rehabilitación en el primer carril. Es lo malo de las comparaciones: destruyen sueños, ideas, parejas, gobiernos y negocios. Por suerte dentro del agua es fácil desentenderse, o en todo caso decidir con quién compararse: uno puede compararse con los lentos y considerarse un campeón, o compararse con los rápidos y consternarse. En el agua siempre habrá alguien más lento y alguien más rápido. Yo lo tengo claro: cuando nado suele haber alguien atrás persiguiéndome los talones, mordiéndolos como castor, presionándome y haciéndome sentir una carcacha, y alguien adelante, más lento que el tiburón de Groenlandia y que, por sus dimensiones, resulta imposible de rebasar. Es la ley de la alberca pública. Por eso hay que nadar con calma. Además, curiosamente así, relajado, es como se logra avanzar como delfín mágico. Nadar es un estado mental. Relájese, no haga nada, conviértase un vegetal y avanzará.

Si uno quiere moverse exitosamente en el agua, no hay que hacer nada. A este consejo hay que agregarle que si uno no hace nada en la vida, me refiero a no hacer nada afuera del agua, aumentará sus desempeño dentro de ella, porque ser desempleado es clave para nadar los martes a las doce del día, único horario en que la alberca pública está vacía. Ser desempleado es condición *sine qua non* para el *aqua non* de la alberca pública.

Y lo de relajarse es en serio, porque si uno es acelerado se vuelve lento. Está visto que los manotazos desesperados ralentizan el desplazamiento en el agua, desperdician energía, generan caos de la misma manera en que la verborrea ansiosa impide la comunicación en una sobremesa o en una reunión de trabajo. De hecho, la verborrea ansiosa no sirve en ningún lugar: afuera del

agua no da frutos y bajo el agua produce ahogamiento. Por eso es mejor abrir la boca sólo lo indispensable y seguir nadando sin morir.

He notado que en la alberca, como en el plato de cereal, algunos entes se sumergen para siempre, otros se mantienen a flote sin hacer nada y otros no paran de moverse, a pesar de no tener cerebro.

Por abajo del agua la perspectiva es diferente: ahí veo piernas, nalgas, espaldas, pedacería corporal. Por mi edad, suelo nadar en el carril de la gente que da vuelta de ruleta al llegar a un extremo de la alberca, lo que hace difícil verles la cara. Yo no puedo dar esa vuelta, así que hago pequeñas pausas y aprovecho para mirar a mi alrededor. Pero no veo nada. Esto se lo debo a la miopía de mi padre y a la nula visibilidad que permiten los goggles fuera del agua. Afuera del agua no sé quién está a mi lado. Y abajo del agua tampoco, porque aunque puedo reconocer los cuerpos, nunca pesco las caras; pero veo de maravilla: cuando la luz entra al agua, modifica su refracción y atraviesa el plástico de los goggles de tal forma que llega como dios manda al interior de mi ojo, y veo todo perfectamente. Veo a la chica de piel blanca y traje rojo, las arrugas del anciano que flota como alga, pelitos rubios en los muslos. No sé donde está la cabeza de nadie, pero todo es claro. Los rostros no los encuentro tan fácil. Observo las burbujas pegadas como rémoras a la piel de algunos. Y disfruto la posibilidad de ver a detalle los cuerpos moviéndose, conectándose con la mente de una cabeza invisible, contorsionándose de cabo a rabo.

El mundo acuático es inverso al mundo exterior, donde vemos los rostros pero no los cuerpos, escondidos bajo la ropa. Y dentro del agua es al revés, cuando estoy sumergido veo lunares, cicatrices y protuberancias que ni siquiera sus propios dueños pueden apreciar. Y veo también nítidamente el suelo, los mosaicos del piso de la alberca son una especie de tejido interestelar. El tejido está chueco, por supuesto. Los mosaicos tienen cemento salpicado

a su alrededor, cada pieza es un cuadradito imperfecto concatenado con otro, las líneas que la unión de los mosaicos traza a lo largo del suelo no son rectas. Los mosaicos son como vértebras que, una tras otra, se van desviando, haciendo espejo a la escoliosis de los nadadores. Las hileras de los mosaicos y el nado de los jubilados tienen comportamiento de serpiente.

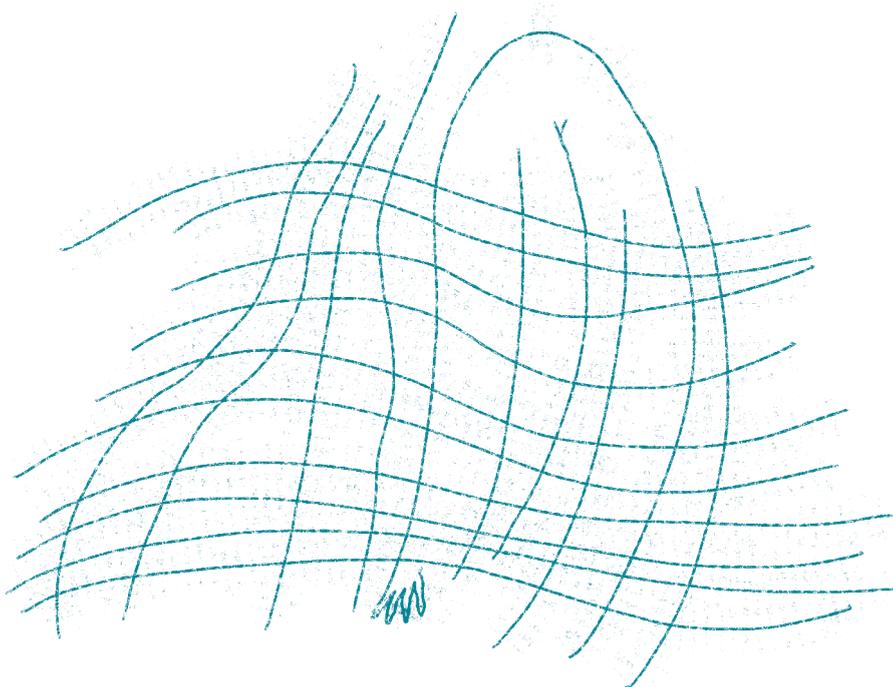
Gracias a que bajo el agua veo de las mil maravillas, comencé a ir mucho a la alberca. Disfrutaba más ir a ver que a nadar. Coseché una obsesión perturbada por los mosaicos y sus líneas imperfectas. Hasta que llegué al hartazgo, claro. No los soportaba, no los soporto. Ahora acelero mi nado con tal de pasar rápidamente sobre ellos. Cierro los ojos. Giro la cabeza aunque no necesite respirar, intento evitarlos.

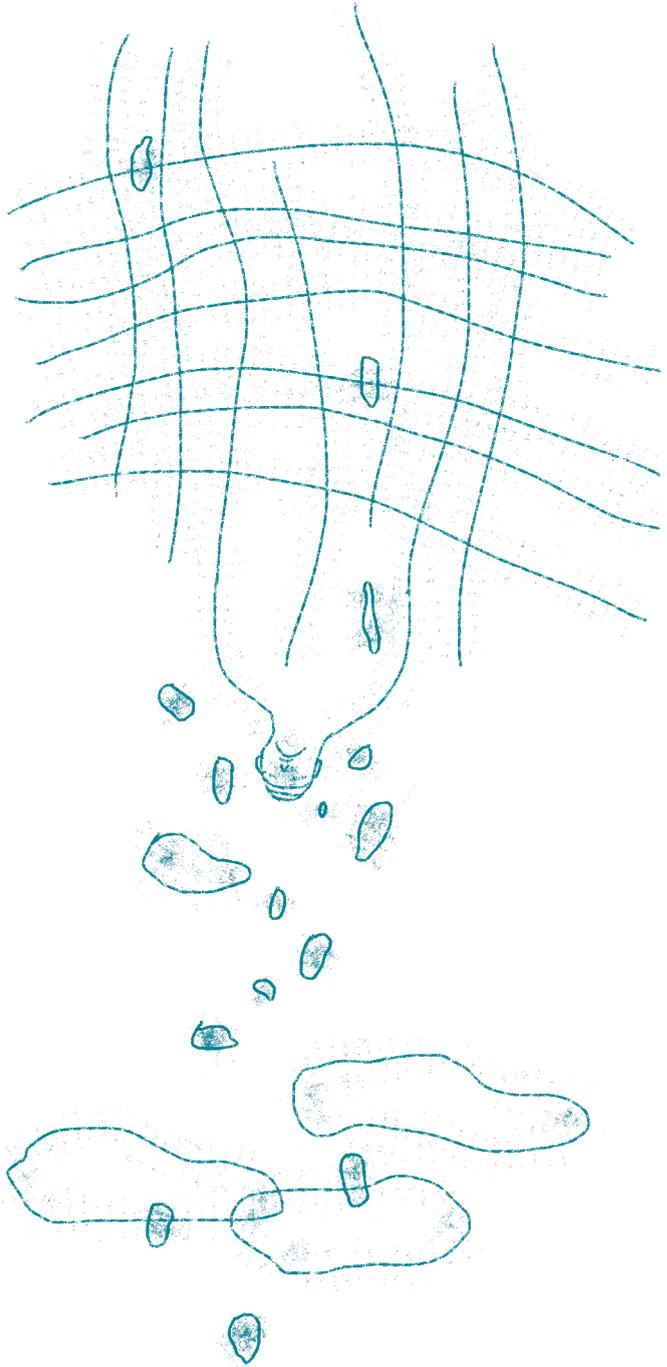
Un día conocí a mi antítesis. Era un personaje alto, rasurado de pies a cabeza. Entró al agua como cuchillo Yanagiba, esa filosa herramienta japonesa que corta el robalo. El tipo se sumergió sin emitir sonido alguno ni salpicar una gota. Limpio. Dos centésimas de segundo después pasó a mi lado y por primera vez vi una cara bajo el agua: tenía las cejas rasuradas. En su siguiente vuelta, a los pocos segundos, vi que tenía un tatuaje que le recorría toda la espalda por la columna vertebral, y fui construyendo su tatuaje como rompecabezas en cada regreso, cada vez que el nadador pasaba a lado mío.

Su tatuaje era una línea delgada que comenzaba en la nuca y bajaba hasta entrar al traje de baño, en el mismo eje de la raya de las nalgas. Después la línea salía por abajo del traje, bifurcada, una línea por cada pierna. La línea que bajaba por la pierna derecha seguía hasta el pie, rodeaba el empeine, lo envolvía, le daba varias vueltas y ahí se quedaba, como si el pie fuera un atado. La otra línea del tatuaje descendía por la pierna izquierda y, al llegar al talón, rebotaba de regreso por hacia un costado de la pantorrilla y explotaba en un tigre de bengala de colores. Él sí era un torpedo marino. Se alejaba y regresaba dando patadas sin burbujas. Él tan

robot. Yo tan cereal. Lo miré tanto que en una de las veces en las que él pasaba a mi lado, rebasándome, lo descubrí observándome abajo del agua. Me dio un poco de pánico, pero seguí nadando.

Comencé a nadar realmente. Metía una mano mientras sacaba la otra, en armonía; incluso llegué a patalear. Traté de perfeccionar más mi nado. No lo conseguí. Me distraje. Pensé demasiado. Y comencé a agotarme. No hay que pensar. Me detuve en el extremo de la alberca y me quité los goggles. Estaba agotado y tenía clarísimo que si la energía y los movimientos no favorecen el desplazamiento, lo impiden. Entonces, con todo y mi cansancio, me puse los goggles otra vez y volví a nadar. Cerré los ojos. Evité al tigre, a los mosaicos y a mí mismo.





Paraíso

María José Ramírez

El agua siempre ha sido mi Paraíso, algo de antemano perdido. La alberca, la tina del baño de mi mamá, la regadera, el mar. Estaba a unos días de cumplir tres años cuando me les perdí a todos mientras bajaban las maletas del coche. Me encontraron quitándome los huaraches en la playa. Cuentan que dije: *Quiero meterme a nadar*.

Sueño constantemente con el agua. A veces, el agua de mis sueños es profunda y aterradora. No sueño que me ahogo, sino que el mar es una posibilidad latente de peligro. Algo como la imagen de una niña muy pequeña en la orilla de la playa. Un accidente que me atrae vertiginosamente. En mis sueños, el agua es, al mismo tiempo, una gran alberca, un remanso de paz: enorme, transparente, llena de luz. Puedo ver las piernas de los que nadan moviéndose muy despacio, suspendidas en esa cámara lenta que sólo ocurre en el fondo. Siempre quise que mi mamá construyera una alberca en el jardín, pero nunca sucedió. Por eso, obsesivamente, ponía recipientes con agua en las mansiones improvisadas de todos mis muñecos.

A finales de los ochenta, los papás de mi prima Daniela compraron una casa en Lomas de Cocoyoc. Tengo recuerdos de ese primer viaje con los colores de las fotos de 1988. Mi mamá, que me había educado para sentir recato corporal, olvidó empacar mi traje de baño. Lloré. Me dijo que podía nadar en ropa interior. Nadé en calzones, conservo la foto. Me veo confundida, tal vez

avergonzada, pero en mi elemento: la alberca. Llevo puestos unos flotadores naranjas porque no alcanzo todavía a pisar el fondo. Cocoyoc fue mi Paraíso, imperfecto desde el comienzo. Ahí, Daniela y yo aprendimos a nadar sin ir a clases.

Daniela y yo éramos iguales cuando nadábamos. Iguales en esa casa, en esa alberca, en ese Paraíso. Pero fuera de él, quizá no tanto. Nuestros papás eran hermanos. Compraron ambos sus casas en la misma colonia, cuando en Coapa había vacas todavía. Mis papás tenían un terreno, la casa de Daniela abarcaba dos terrenos. Éramos vecinos. Daniela y sus hermanas siempre acababan de ir a Disney, tenían las últimas Barbies que habían salido, los Bubblegummers negros con rosa fosforescente, las faldas que venían con *bikers* incluidos. Cosas que codiciaba yo que veía mucha tele y que no tenía un cuarto ni una cama propios. Yo tenía algunos juguetes que me habían regalado y muchos otros heredados de mis hermanos. Alguna muñeca ya había pasado por las tijeras de mi hermana Guianeya; a veces, a las casitas les hacía falta algo, un mueble, un personaje, algo que yo sabía que había existido, pero que ya no estaba ahí. Tuve una muñeca que fue primero de mi hermana Laura y que en sus buenos tiempos podía reproducir unos pequeños acetatos rojos en la espalda; pero para cuando llegó a mis manos, ya no funcionaba. Nunca se me ocurrió preguntarle a Daniela si le pasaba lo mismo con sus hermanas, si vivía la frustración de que le tocaran muñecos descompuestos o incompletos. Seguramente sí, pero cuando yo iba a su casa, todos los juguetes estaban reunidos en un solo lugar, un pasillo bastante amplio que hacía las veces de cuarto de juegos, y la abundancia que veía yo ahí reunida me cegaba frente a ciertas posibilidades en la vida de mi prima. En la ciudad, en Coapa, cada una en su casa, éramos distintas.

Los papás de Daniela nunca se divorciaron. Mis papás lo concretaron en 1990, cuando llevaban más de veinte años casados: una vida entera que yo no viví, algo como las piezas de los juguetes

que ya no estaban. Después del divorcio, la familia de mi papá rompió su relación mi madre, excepto por mi tío Miguel, por eso Cocoyoc fue el único lugar de mis vacaciones durante algunos años, que siempre me parecieron muchos.

A Daniela le daba miedo el agua. No quería meterse a nadar, nadie podía convencerla de hacerlo. Un día, unos primos jugaban un waterpolo rudimentario cuando, de pronto, alguien voló la pelota fuera del agua. Daniela estaba por ahí en el jardín, paseándose con un vestido blanco. Le pidieron que fuera por la bola y la lanzara de regreso. Ella lo hizo, pero no calculó bien y a la hora de lanzarla, se fue a la alberca con todo y todo. Hubo un momento de suspenso. Daniela salió del agua (o la sacaron). Silencio. Se recuperó del susto y nos miró perpleja. Desde ese día, ya siempre se metía a nadar. Y no sólo eso, sino que poco a poco se fue volviendo más valiente que yo porque no sólo nadaba, también daba marometas y se paraba de cabeza debajo del agua. Y yo la seguía, pensando siempre que me iba a dar en la frente con el piso de la alberca a la hora de darme la vuelta, aunque eso nunca sucedió. Tal vez a ella también le daba miedo, pero no lo decía. Siempre asumí que yo tenía un terror innato, una fragilidad asociada a la ausencia de mi padre y a la aprehensión de mi madre, un melodrama que no compartía con mi prima porque, en mi telenovela personal, ella tenía unas fotos en donde salía abrazada de Mickey Mouse y de su papá.

Siempre me pareció que vivíamos vidas muy distintas. Pero nunca hablamos al respecto, sólo jugamos.

La alberca de Cocoyoc neutralizaba las impronunciadas distancias. El agua fue nuestro elemento, ese tiempo infinito en el que Daniela y yo nos inventamos la Semana Santa. Todo lo vi desde el fondo de la alberca. Mis hermanas y las dos hermanas de Daniela escuchando Madonna afuera, tiradas al sol permanente; los adultos tomando cubas y cantando Juan Gabriel; abajo, Daniela y yo jugando a aguantar la respiración el tiempo que fuera

necesario para realizar alguna acción que la otra debía adivinar: patinar, tomar té, meditar, caminar. Siempre eran las mismas cosas, pero el chiste, aunque no lo decíamos, era tocar los azulejos del fondo, sentarnos o pararnos firmemente en lo más profundo la mayor cantidad de tiempo posible. Teníamos siempre los ojos rojos por el cloro y la piel tostada por el sol. Pasábamos tanto tiempo nadando que nos tenían que curar las quemaduras con miel o con sábila.

Nuestras hermanas, que sí habían ido a clases de natación, intentaron enseñarnos un día a nadar. Sólo un día duraron esas clases, después se aburrieron. Daniela y yo nadábamos por abajo del agua, como sirenas, como ranas, como pudimos, como nos fuimos inventando que era nadar.

A veces me quedaba sola en la alberca. No quería salirme, aunque todos se fueran, aunque tuviera hambre, aunque Daniela no quisiera jugar. Me imaginaba que la sombra del ficus sobre el agua era una orca. Una mancha negra que podía surgir de pronto para devorarme. Entonces volvía a meter rápido la cabeza. Adentro, en el fondo, podía comprobar que no había nada, sólo agua en un gran contenedor azul. La alberca era más grande cuando estaba sola, tan grande y tan profunda como para imaginar que sólo una ballena podía estar ahí, junto a mí. Entonces hacía el muertito y me dejaba abrazar por el líquido. Contenida y sostenida por el bloque de agua debajo de mi cuerpo, veía el cielo, las nubes, un pedazo de la casa que quedaba allá, lejos, de cabeza, en otro lugar en el que yo no estaba. Flotaba sobre un desacomodo que me hacía sentir absoluta tranquilidad. El mundo de los adultos, allá en la mesa tomando cubas con su música triste o adentro de la casa en donde mi mamá y mi tía se confiarían sus respectivas inestabilidades familiares, era lo otro, la realidad, los días fuera de las vacaciones.

Y volvía a sumergirme. No me cansaba. Me salía del agua porque me sacaban, y como un animal fuera de su hábitat, me

congelaba, temblaba, se me ponían blancos los labios, me abrazaba a mí misma y sentía el tacto de mis dedos arrugados. Hasta que lograba colocarme bajo el agua caliente de la regadera. Y después cenaba, y me iba a dormir, y mi cuerpo se quedaba pensando en lo que es estar debajo del agua, nadar, existir en otro tiempo. Y dormía mejor que nunca.

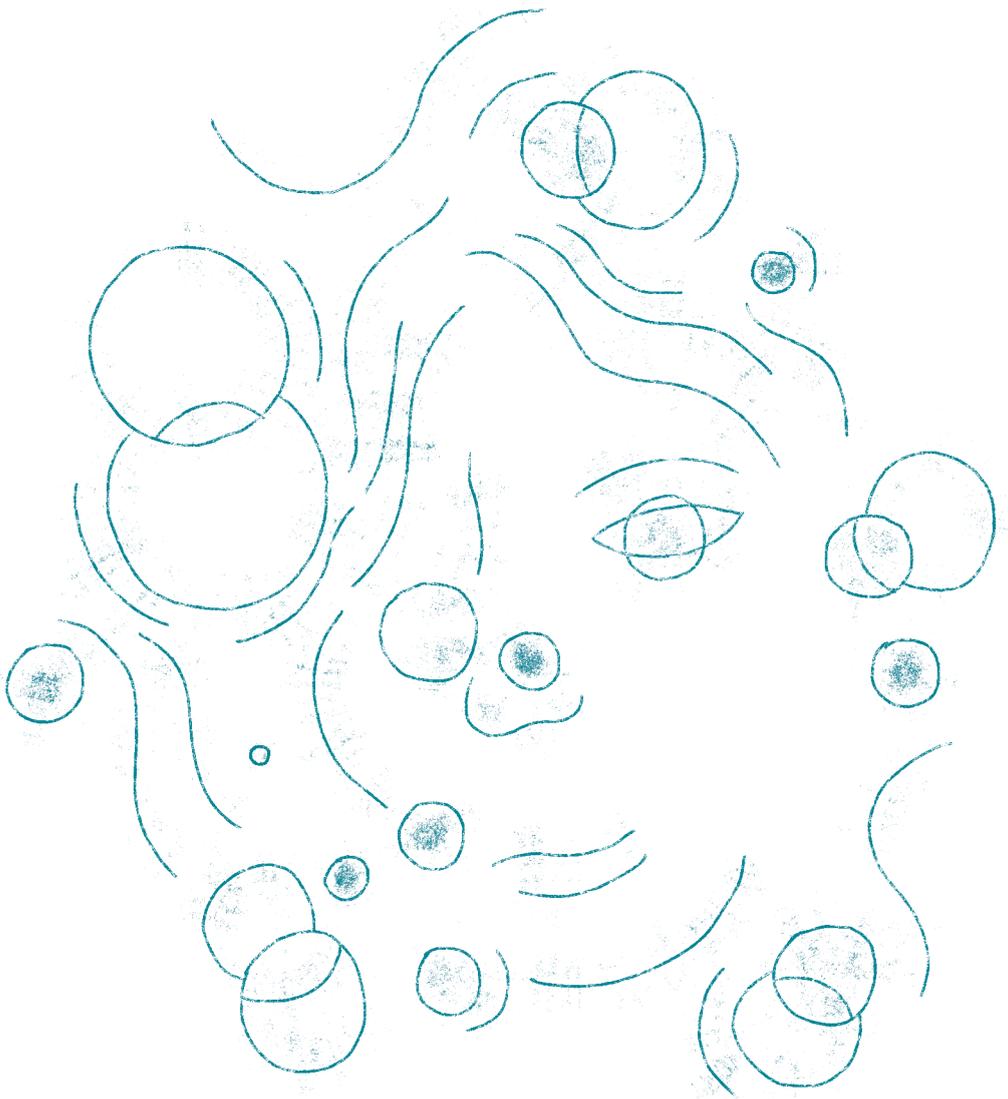
Los días en Cocoyoc siempre se me acababan y ese fin me encontraba con la sensación de no querer irme nunca, de no poder salir del agua. Nadar para siempre: ése era el tiempo que yo quería y no otro. Daniela y yo nos despedíamos de la alberca como quien se despide de alguien a quien no quiere dejar. Desde la cajuela de la Suburban de mis tíos, las dos, aún juntas por unas horas más, movíamos la mano para decirle adiós a la casa, a la calle, al fraccionamiento. Hasta que el camino de las vacaciones se disolvía en el camino de regreso a la ciudad.

Ya en mi casa, por la noche, cerraba los ojos y todavía podía sentir el agua rodeándome, meciéndome. Así pasaba varios días, hasta que mi cuerpo perdía la memoria. Ahora Daniela dormía en su casa, a dos cuerdas de la mía. Ahora iría a su escuela y yo a la mía. Nos volveríamos a ver a lo largo del año, pero ya siempre en esa disociación cotidiana.

Sólo el Paraíso nos reencontraba cabalmente, ese mundo debajo del agua.

Mientras escribo, Daniela me manda un mensaje, una canción. Casi no hablamos nunca. Un día nos reímos cuando le dije que recordaba haberle pegado en la cara con una raqueta, en la orilla de la alberca, en Cocoyoc.

No era perfecto el Paraíso, pero aprendimos a nadar.



El espejismo de Kristel

Alejandra Moffat

A Kristel no le gustan las salchichas ni el chucrut, pero va a un colegio alemán desde los cinco años. Todos los días, antes de salir de su casa, le hace cariño a su perro Jack. Eso le gusta. Las orejas triangulares y el hocico largo del peludo Jack. También le gustan sus pecas y tener las paletas un poco separadas. Y el pelo color zanahoria. En el colegio alemán nunca ha logrado ser popular porque todos saben que es la becada de su generación, y que para los paseos de curso a las termas, a la montaña, a los centros recreacionales, recibe una rebaja especialmente diseñada para los de clase media-baja. Lo que la salva de ser humillada constantemente –piensa con alivio el director del colegio– es que tiene talento para los deportes.

Todos los compañeros de Kristel ya conocen gran parte de Europa y han ido más de una vez a sacarse fotos con el Pato Donald a Disney. Algunos tienen camisetas compradas en New York y lentes para protegerse del sol. Usan zapatillas y mochilas de marca. Y algunas exclamaciones en inglés.

En las panaderías del sur de Chile se puede comprar strudel de manzana y kuquen de frambuesa. También conservas de todo tipo. Debería haber más pueblos originarios que emigrantes europeos, pero los han exterminado de diversas formas. El año pasado expuse sobre este tema en mi escuela. Fue en un acto del 12 de octubre. El gimnasio estaba lleno. Me dieron un micrófono. Leí un texto que escribí en mi casa, donde explicaba que a los

pueblos originarios del sur de Chile los exterminaron cortándoles el cuello y las orejas, disparándoles en el pecho, las piernas y la cabeza, ahogándolos en el mar, ríos y lagos, matándolos con alcohol, con la cruz, con la lengua castellana, con la ropa, con la medicina occidental, con el dinero, con los caballos, con las ovejas, con los carabineros, con los militares y con todos los gobiernos. Al final dije que en el sur de Chile hay grandes volcanes, lagos y bosques que se pueden disfrutar con un rico strudel tradicional de manzana. Y escuchar ópera traída directamente de Europa. Nadie me aplaudió. El director de la escuela llamó a mis papás para informarles que estaba condicional.

A Kristel la conocí varios años después, una tarde de invierno en la casa de mi abuela. Ese día llovía a cántaros y la chimenea estaba encendida. Sobre la mesa había guiso de carne con papas cocidas y vino tinto. Nosotras estábamos masticando mientras Kristel daba brazadas en una gran piscina con otras mujeres vestidas de traje de baño, gorra y lentes especiales para ver en el agua. Algunas imágenes de sus piernas, brazos, boca y espalda aparecían en la televisión. Parecía un pez a cuerda. Mi abuela hizo un comentario sobre la deformidad. Kristel ganó una medalla ese día y se puso a llorar en la ceremonia de premiación. Mi abuela comentó que seguramente había sido suerte de principiante. Después se quedó dormida en el sillón y yo seguí viendo las otras pruebas de natación mientras lavaba los platos.

Mi abuela tiene en su clóset nueve trajes de baño y en el patio una piscina honda sin agua. Hace años que no se usa y la pintura está descascarada. Nunca la he visto nadar, pero dicen que cuando era adolescente nadie la sacaba del agua y que tuvo un entrenador francés.

Kristel se levanta todos los días a las cuatro y media de la mañana, toma su bicicleta y se va a entrenar. No toma alcohol y come muchos cereales, pasta y carne. Lo más importante es su disciplina y su condición natural para el nado. La psicología la

están trabajando porque los chilenos se derrotan demasiado fácil, les cuesta mantener el optimismo en situaciones de estrés. Eso lo escuché en un reportaje de un matinal. Puede ser el clima, la dictadura, la cercanía con la cordillera nevada o la temperatura del mar. Somos tristes y desconfiados, concluyó la psicóloga invitada con la mirada perdida en la cámara.

A mí me encanta la carne y saltar en el mar.

Una vez vi morir a una vaca que comió veneno para ratas. Otra vez vi a dos caballos durmiendo parados. Y la pata de una oveja atrapada en un alambre de púas. En el computador he visto a osos polares resbalarse, a un conejo bañarse con jabón y a un león jugar con un perro muy parecido a Jack. Un Jack que ladra en ruso. A mí me gustaría tener un perro pero no tengo patio.

Kristel es la menor de tres hermanas, tiene en la pared de su pieza todas las medallas que ha acumulado en sus 17 años. Sus hermanas la envidian un poco. Cuando va nadando canta mentalmente sus canciones favoritas que siempre tienen un toque vengativo. Eso la ayuda a tener más resistencia. Aunque le gusta la música romántica, sobre todo algunas letras de Chayanne, no las puede cantar mientras compite porque entonces sus músculos, incluido el corazón, se aflojan.

Según mi abuela las nadadoras tienen la cabeza parecida a los asesinos en serie. No se detienen hasta cumplir su objetivo. Confunden objetivo con obsesión. El ego se les desarrolla de forma acelerada y pierden la percepción de la realidad. Creen en los súperpoderes y si se los permitieran, se harían trasplante de médula hasta transformarse en seres casi acuáticos. Mi abuela se emociona cuando habla de natación y paga un extra en el servicio de televisión privada, así puede tener veinticuatro horas ininterrumpidas de acción bajo el agua. Hace comentarios psicológicos y técnicos.

A Kristel no le gusta viajar en avión. Preferiría andar en tren o en barco. Por ella viviría debajo del agua. Ojalá en algún lugar

donde hubiera poca gente. Tampoco le gustan los inmensos hoteles, los espejos, ponerse vestidos, usar maquillaje, que le hagan la cama y tener que aprender inglés.



En la costa de Chile, las personas van con picnic a la arena, se tiran bajo el sol y se dan vuelta como escalopas, después se meten al agua que siempre está demasiado helada, entonces gritan y ríen un poco histéricos y saltan y luego, ya agotados, vuelven por la arena buscando sus toallas. Algunos usan quitasoles. Otros llevan un libro. Otros se quedan dormidos y van quedando rojos como cangrejos. Nada más lejano al caribe que estos mares del sur. Si no nadas o saltas, te empiezas a poner azul de frío. Y te duelen los músculos del cerebro.

Además de nadar, Kristel tiene que conversar con el psicólogo, ir al masajista, tomar mucha agua, dormir mínimo nueve horas, llamar a sus papás, estudiar, enfocarse, respirar, peinarse, reír, bromear, estirarse, caminar, depilarse, secarse. Todo en su justa medida.

Yo aprendí a nadar a los cinco años en la piscina de un vecino. Cuando le mostré a mi abuela me aseguró que mi técnica de perrito era muy buena. La primera vez que salté en el mar fue en 1983, tenía un año seis meses. Tengo una fotografía entre la espuma. La tomó ella.

La muerte de Jack hizo tambalear la carrera de Kristel. El perro había resistido quince años y la había acompañado a todas las pruebas. La esperaba amarrado en los estacionamientos de los centros deportivos. Cuando iba al extranjero, Kristel pedía que le mandaran fotos y videos de él. En su pieza además de las medallas, tenía un collage con fotos de los dos. A Jack lo enterraron en el patio. A Kristel le recetaron todo tipo de terapias naturales para que saliera de la depresión y le regalaron tres cachorros que ella

rechazó sin siquiera tocarlos. En internet empezaron a circular fotos de los dos y mensajes de apoyo de sus fans.

De tanto ver la televisión en la casa de mi abuela, algunos días fantaseaba que me convertiría en nadadora, que aunque yo era más grande que Kristel y sabía de su vida sólo por los reportajes, podíamos ir a verla con mi abuela y salir las tres de paseo por la playa. Hacer un picnic. Hablar de Jack. Del colegio alemán. De los strudels. Recitarle mi presentación de la escuela sobre los pueblos originarios. Mi abuela podría contarnos sus aventuras de nadadora, las que nunca llegó a contarme a mí. Se pondría un traje de baño y nadaría hasta que la perdiéramos entre las olas. Y Kristel se sorprendería de mi abuela. Y después yo la extrañaría y querría que volviera. Pero luego recordaba lo mala que soy nadando, que no puedo dar más de veinte brazadas. Que siempre he preferido estar mirando el mar que nadando. Que nunca me interesó la técnica de los piqueros, de las brazadas. Que jamás podría ser amiga de Kristel y que tal vez mi abuela se hartó de las ocho horas de entrenamiento o le cayó mal su entrenador. Ahora prefiero el recuerdo de su piscina vacía que el de sus trajes de baño perdidos en el clóset.





Like Swimming

Carlos Velázquez

Murakami se equivoca. Correr no es como escribir, sino nadar. La soledad del corredor de fondo es una analogía hípster. No es la carrera lo que impulsa el relato de largo aliento. Por más que lo intento, no consigo consolidar en mi mente la imagen de un Dostoyevski con un reloj Nike presumiendo en las redes sociales la cantidad de kilómetros que recorre a diario. Redactar una novela de amplia extensión, aunque se crea lo contrario, no implica lo mismo que correr un maratón.

¿De qué hablamos cuando hablamos de correr? De cualquier cosa, menos de un novelista. La cultura de lo *light* ha dado paso a la cultura del bienestar. Jabones orgánicos, alimentos orgánicos, escritura orgánica. Descafeinada. ¿Cómo se escribe una novela de quinientas páginas? No de la misma forma como se corre el maratón de Nueva York. Para completarlo se requiere de preparación, de acuerdo. Pero entonces el cuento sería la preparación para convertirse en novelista y no: si fuera el camino tendríamos más cuentistas que novelistas. Se salta a la novela directamente. A adoptar la pose de San Murakami.

De entre todas las analogías que se pueden entablar entre escritura y deporte, sólo una es pertinente: la natación. ¿Cómo se escribe una novela de quinientas páginas? Primero se redactan seis. Luego diez. Enseguida tres. Después veinte. Se constata cómo el archivo comienza a crecer. Hasta que en determinado instante se descubre que la extensión del texto ha conseguido las quinientas

cuartillas. Plantearse la redacción de un texto voluminoso o, como los llaman los lectores poco entrenados, de un mamotreto, paraliza. El consejo es nunca pensar en el tamaño. Dedicarse a acumular palabras. Sin presiones. No pensar en el maldito maratón de Nueva York. Deslizarse apenas unos metros.

¿Por qué nadar es como escribir? Para poder desarrollar velocidad y resistencia en la natación primero se deben dominar los estilos: libre, dorso, pecho y mariposa. Y aquí reside la diferencia radical con el atletismo. Si bien es cierto que correr es un deporte de alto impacto, implica una competencia externa. Prepararse para cada día, correr más kilómetros. En la natación, la competencia es con uno mismo. Y el reto consiste en perfeccionar los estilos. Si nuestra literatura fuera consciente de esto, tendríamos menos novelas que se quedan a medio maratón. En las primeras incursiones en el agua apenas si avanzas media página, página y media. Pero una vez que consigues domar los estilos, comienza la narración.

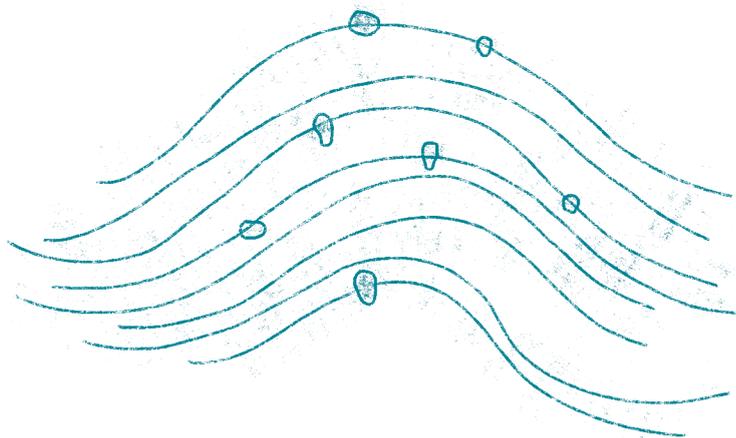
Lo siguiente a domesticar es la respiración. En el argot del nadador se le conoce como *bucito*. Respirar por la boca y exhalar por la nariz. Desarrollar capacidad pulmonar. Además, hay que obligar a que la cabeza se acostumbre a estar abajo del agua. Esto es indispensable para, alcanzado un punto, entrar en trance. No dudo que en el atletismo ocurra este fenómeno, pero conlleva implícito un grado de concentración. La meta no desaparece nunca de la mente. En la natación la concentración consiste en dejar de pensar. No se piensan los estilos, se ejecutan. No se piensa en narrar, se narra. Incluso en una competencia, la mente opera en blanco por lapsos. En la escritura no permea la preocupación por alcanzar determinado número de páginas, se limita a narrar.

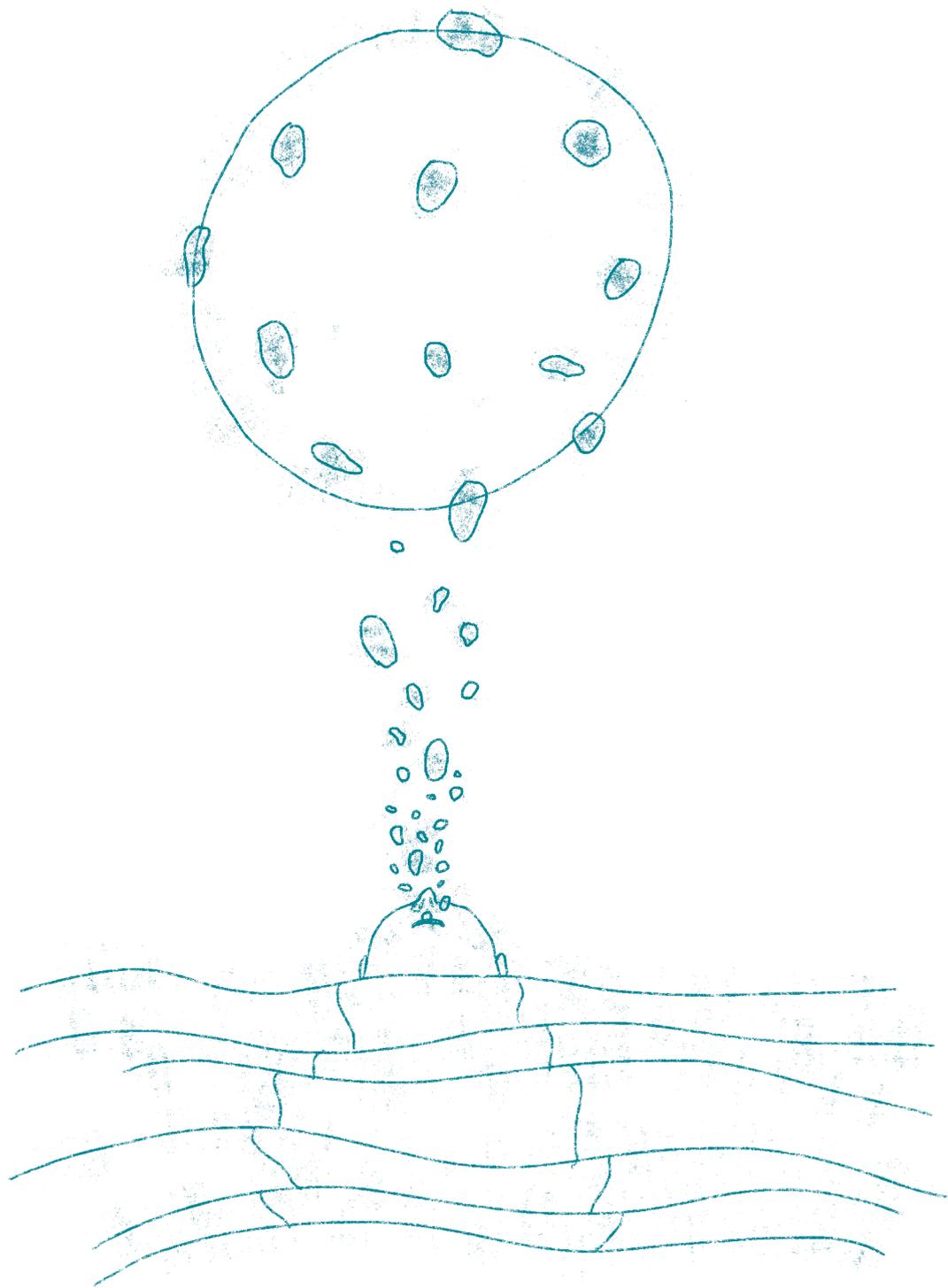
Una vez que se consiguen domeñar los estilos y la respiración, el siguiente paso es la velocidad. Ésta opera distinto en la escritura. No es el reflejo de un mecanógrafo raudo. Se ejecuta en la construcción de las oraciones y su sintaxis. En cómo se acomodan éstas dentro del tejido semántico. La velocidad del pensamiento

para ejecutar el estilo. Para responder al reflejo incondicionado sin que interceda el pensamiento. El grado hipnótico de la narración sólo lo posee la natación. El escritor deambula para concentrarse, para rumiar una idea. Nunca corre detrás de ella, pero sí puede nadar en su búsqueda.

Nadar es suspenderse, es hacer volar la médula espinal. Cuando nadas te pones en contacto con esa región del cerebro de donde Joyce afirmaba que nacen las palabras antes de ser manifestadas por el habla.

Cuando por fin afinas el estilo, la respiración, la velocidad y el trance, entonces obtienes lo último: el músculo. Y a base de músculo conquistarás la novela de quinientas páginas. La construyes día a día. No con una misma rutina, como pretenden los corredores. Con combinaciones. Incluso con aletas. Con paletas. Con *pull*. Para que te expandas al máximo. Para que tu cuerpo se estire al máximo. Para que se narre a tope. Te olvidarás de la competencia y sólo te ocuparás de narrar. Correr jode las rodillas. Y los narradores auténticos se pueden joder la cabeza, las tripas, el corazón, pero jamás las piernas.





Usted está aquí

Elvira Liceaga

2018 es el año que di el viejazo. Eso me dijo mi madre, después de un par de endodoncias, en muelas vecinas de enfrente, pero sobre todo, después de haberme fracturado los meniscos de ambas rodillas. Pasé mi cumpleaños número 35 con una pierna en alto y sin poder morder de un lado, recuperándome de una artroscopía de emergencia en la rodilla derecha y con un pedazo de diente falso en la muela rota izquierda. Mi viejazo es, por lo menos, simétrico.

La piel es lo primero que se va, escribió Sylvia Molloy en *En breve cárcel*, esa hermosa novela del encierro para escribir en un cuarto, o el encierro en uno mismo para habitar el cuerpo propio. Los dientes son lo primero que se rompe. ¿Cerámica o metal?, me pregunta la dentista, en una segunda o tercera o cuarta cita, en la que nota mi pierna vendada. Insiste en que debería constelar porque no se puede ser tan joven, bueno –titubea–, sí, joven, y estar tan jodida. ¿Tienes miedo a avanzar en la vida, verdad? Las rodillas –me alecciona mientras resana el injerto con el que completa una de mis muelas quebradas– sirven para avanzar en la vida.

Los dientes se reparan con otros materiales o se reponen, pero los meniscos no. Al día siguiente de la cirugía me entregan un pequeño frasco que contiene los fragmentos de cartílago que perdí, flotando en formol. No hay cómo reemplazarlos. No queda más que fortalecer los músculos de la pierna para alinear la rótula e independizarla de la amortiguación: que no roce el hueso ahora desnudo. No hay, como sucede con los dientes artificiales, manera de

olvidarse: estoy condenada a una sentencia perpetua de sentadillas y desplantes en casa, ejercicios de fisioterapia con pesas y ligas. Y a nadar. Nadar todos los días si es posible.



Siempre he sido lenta. Me toma mucho tiempo levantarme de la cama por las mañanas, cuando consigo por fin hacerme un café, F. ya ha escrito dos o tres páginas de su ensayo interminable. Cuando este año publiqué mi primer libro, mis amigos publicaron su tercero, porque, dicen, me hace falta ambición. Recuerdo la manada de bicicletas rebasarme por esas largas pendientes del puente de Williamsburg, que cruzaba varias veces a la semana, dejarlos pasar y orillarme para no estorbar. En los cinco años que viví en Nueva York nunca me propuse ganar tiempo y subir tan rápido como los demás. Y no porque los puentes sean mis construcciones favoritas, ni porque ni una vez dejé de emocionarme atravesar el río por arriba; en ningún otro espacio, con ningún otro grupo me presioné para alcanzarlos. Dominé, más bien, el pedaleo firme y constante mientras contemplaba el horizonte al otro lado del agua y a diferencia de los demás frenaba durante la bajada para alargarla. Cuando los nadadores del carril de al lado me preguntan entre jadeos cuántas vueltas llevo, suelen decepcionarse: ni siquiera estoy cerca de sus propios récords. No sirvo para competir.



En *La mujer singular y la ciudad*, Vivian Gornick escribe que ella camina y camina para ver a otras personas y poner su tristeza en perspectiva. La ciudad tiene sentido porque hace soportable la soledad. Para mí ese lugar es la alberca: en el agua se puede estar a solas, con la tristeza, una lentitud vergonzosa, y aun así avanzar.

No hay nada que hacer más que avanzar, a pesar del miedo existencial que advierte la metiche de mi dentista. La alberca también tiene sentido porque es placentero llorar bajo el agua y liberador tomar una bocanada de aire para bajar a lo hondo y gritar.

Con frecuencia, cuando me siento apedreada por mi propia inseguridad, me imagino nadando. A veces, me doy cuenta de que la gente me está mirando con el ceño fruncido porque, en el metro o la oficina, estoy subiendo y bajando primero un hombro y luego el otro.

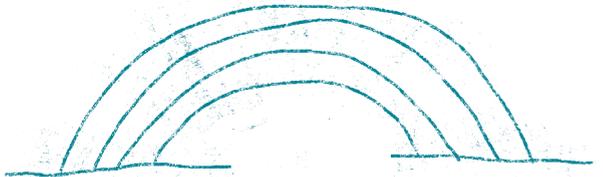
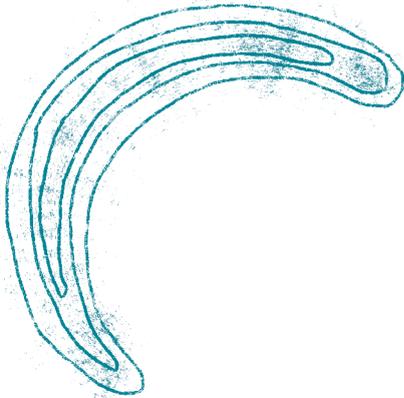
No sé cómo opera el masoquismo en la mente se los demás, pero en mi caso hay una mecedora en una de las esquinas de mi cabeza, ahí se sienta con la barbilla en alto y las piernas cruzadas alguien de quien me sirvo para humillarme constantemente. Cuando el mundo de los hechos da evidencias de que no hay necesidad de mantener a tal persona en la mecedora, el asiento vacío, sin embargo, exige ser ocupado por alguien más. Fuera del agua la persona en la mecedora me distrae, detengo lo que estoy haciendo para dedicarme a escucharla, especialmente ante el silencio. Pero nadando puedo convivir con ese desfile de voces: mientras braceo y pataleo en cámara lenta recuerdo que no es más que un pensamiento.

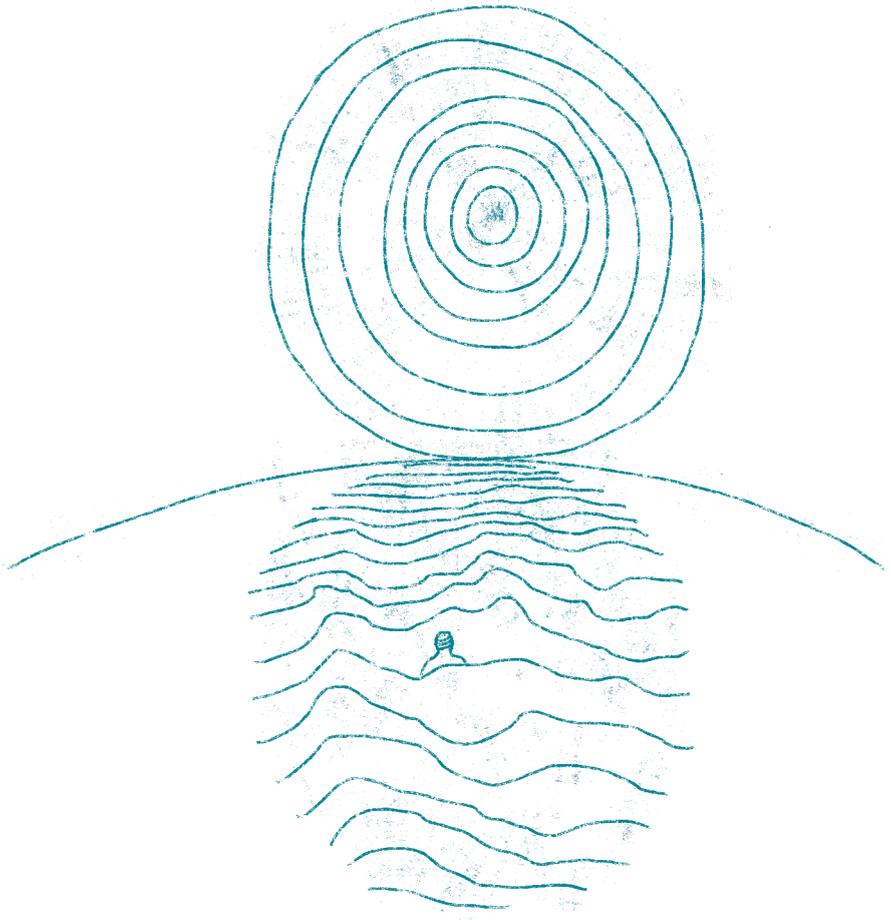


Oliver Sacks escribía libros nadando. Le enseñaba a su editor los papeles mojados con las anotaciones que hacía tan pronto llegaba a la orilla. Philip Roth se dedicaba a repasar periodos históricos importantes para sus novelas. A mí, al contrario, algunas veces se me aproximan ideas, pero no siempre soy capaz de retenerlas, ni siquiera las que bajo el agua, como en un sueño, me parecen muy buenas y me prometo no olvidar. Yo me dedico a mirar. Aunque la luz del sol se refleja en los azulejos e ilumina el azul del agua de

la alberca por las mañanas, y aunque se ve más claro el fondo, prefiero el color azul menos brillante, tal vez un poco más sucio, entre bondi y turquesa, por las tardes, y también las nubes blancas sobre el cielo negro cuando nado de dorso. Hay algo cinematográfico en ese avanzar de espaldas, tal vez porque estamos acostumbrados a mirar a todos lados menos hacia arriba y de pronto verle la cara a la noche es asombroso. En ese instante de fascinación hago las paces con envejecer tan pronto, suena musiquita en mi cabeza y recuerdo esa fotografía del universo con un letrero que dice: *Usted está aquí*, señalando un punto microscópico.







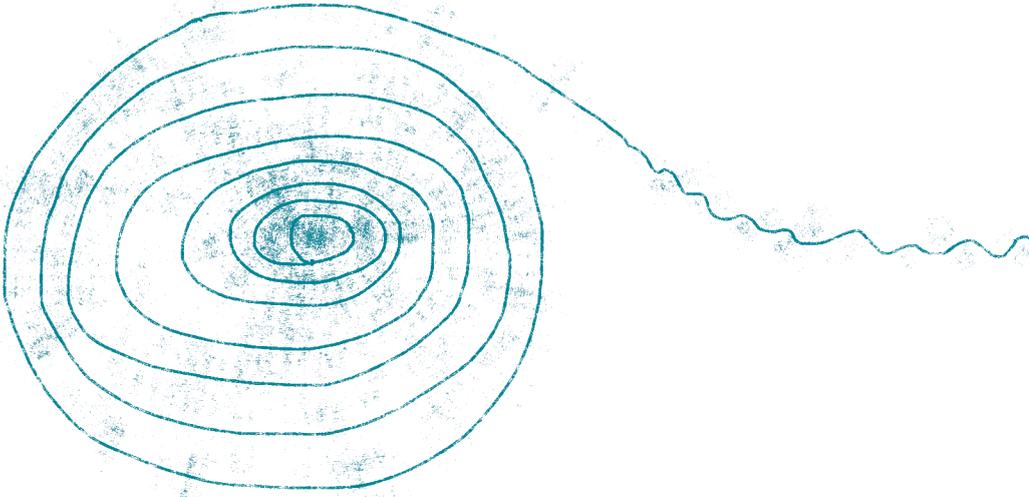
La salvación del pavimento

Luis Téllez-Tejeda

Quisiera tener registrado en la memoria el momento preciso en que nadé por primera vez, esa sensación prístina dentro del agua. Pero aquello fue tan temprano en mi vida que las imágenes que tengo son fotografías más amarillas que las hojas del álbum donde están guardadas.

Mi hermano gemelo y yo nadando en una enorme alberca, sostenidos por los instructores y mucha, mucha oscuridad en un galerón; en la fotografía sólo son nítidas una parte de la alberca y las figuras de los dos niños aprendiendo a flotar. Puedo oler el cloro de la alberca y sentir al salir la calidez de la toalla afelpada secándome el exceso de agua y cubriéndome del aire frío; entonces, escucho las indicaciones de los adultos y las risotadas de los niños magnificadas por el cuerpo acuoso. Si algún sonido pudiera significar felicidad durante mi infancia, quizá sea ése: el agua volviendo más fuertes, pero menos claros, los gritos, las risas y los golpes de brazos y piernas chocando con el agua.

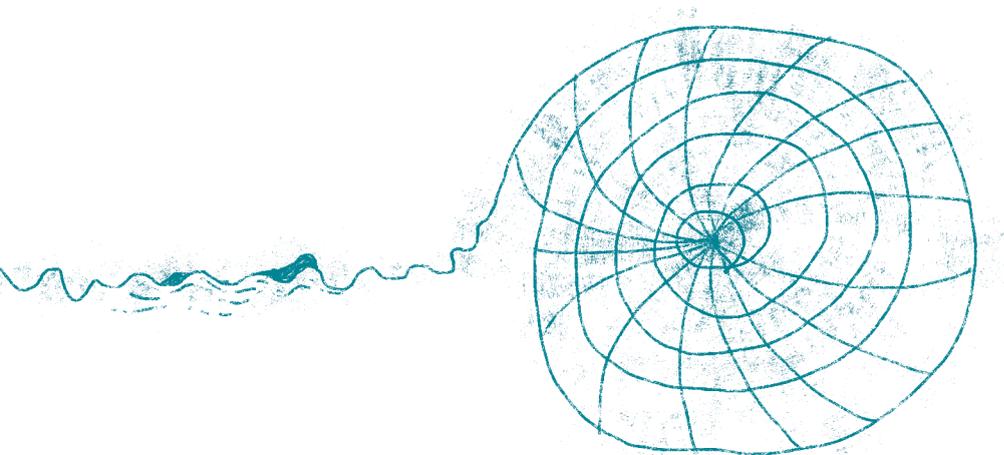
Nadar y flotar, aunque se hagan por diversión y esparcimiento, implican un esfuerzo físico de oposición al agua. El agua nos contiene, pero no nos sostiene, y mantenerse a flote para poder respirar y seguir con vida implica una lucha que, por mínima y placentera, no deja de ser una oposición de fuerzas entre el agua y el propio cuerpo. Lucha imperceptible que se realiza de una forma inconsciente.



Una vez que aprendemos a nadar, como pasa con leer, la acción se vuelve instintiva cada que se presenta la oportunidad. Si entramos al agua, flotamos como si se tratara de bombear sangre del corazón al resto del cuerpo. Como cuando vemos un letrero y sabemos descifrar el código: nuestro cerebro no se espera a que queramos o no leerlo, sencillamente pronunciamos en nuestra mente aquellas palabras que están ante nuestros ojos.

Estamos, pues, ante una acción que parece venir en nuestro ADN, pero que en realidad tenemos que aprender a ejecutar. Y en ese aprendizaje hay algo de magia, algo de descubrimiento o de recordar nuestros remotísimos orígenes en los océanos. Porque, aunque seamos seres de la época del internet y los focos led, las actividades de supervivencia, más que aprenderlas, recordamos cómo hacerlas.

En el mar, en un río, o en una alberca, nadar es resistir. No nos divertiríamos si no se viera implicada una lucha, no declarada, quizá. Para eso puede uno echarse en un camastro o quedarse en la placidez de la cama o del pasto a mitad del campo. Llegamos de un lado a otro oponiéndonos al agua, a su fuerza y a su densidad, pero paradójicamente descansamos y nos relajamos.



Así como se alargan las frecuencias sonoras dentro del agua, el tiempo también parece tener otra dimensión mientras nadamos, y su paso parece no pesar a quien se impulsa con piernas y brazos sobre una materia voluble que es obstáculo y, a la vez, la potencia para tomar fuerza y el vehículo que conduce al nadador.

El agua es todo: el gozo de sentir el cuerpo propio a través del contacto con la piel, el peligro de no llegar salir a la superficie a tiempo, la magia de detener el tiempo en cada brazada y, sin embargo, avanzar; el espacio en el que es posible el desplazamiento en diagonal, hacia arriba, en línea recta, hacia abajo o a la derecha. Por fortuna, cuando nadamos, no pensamos en nada de esto. Durante el nado hay que estar atentos al movimiento, a la respiración, al sonido del agua, a los demás cuerpos a nuestro alrededor. Entre pataleo y pataleo, respiración y respiración, los pensamientos se fragmentan y acaso se les puede poner atención una vez fuera del agua, cuando alguno vuelve –con la insistencia de ser importante– a la mente.

Una vez de niño, frente a la reproducción del mural teotihuacano del Tlalocan que resguarda el Museo Nacional de Antropología, me explicaron que a ese sitio van quienes han

muerto ahogados o por causa relacionada con el agua. Los personajes que aparecen ahí bailan, se bañan, comen ¡y nadan! La expresión de todos es de lo más grata, pero quienes están nadando parecen, además, divertidos, felices.

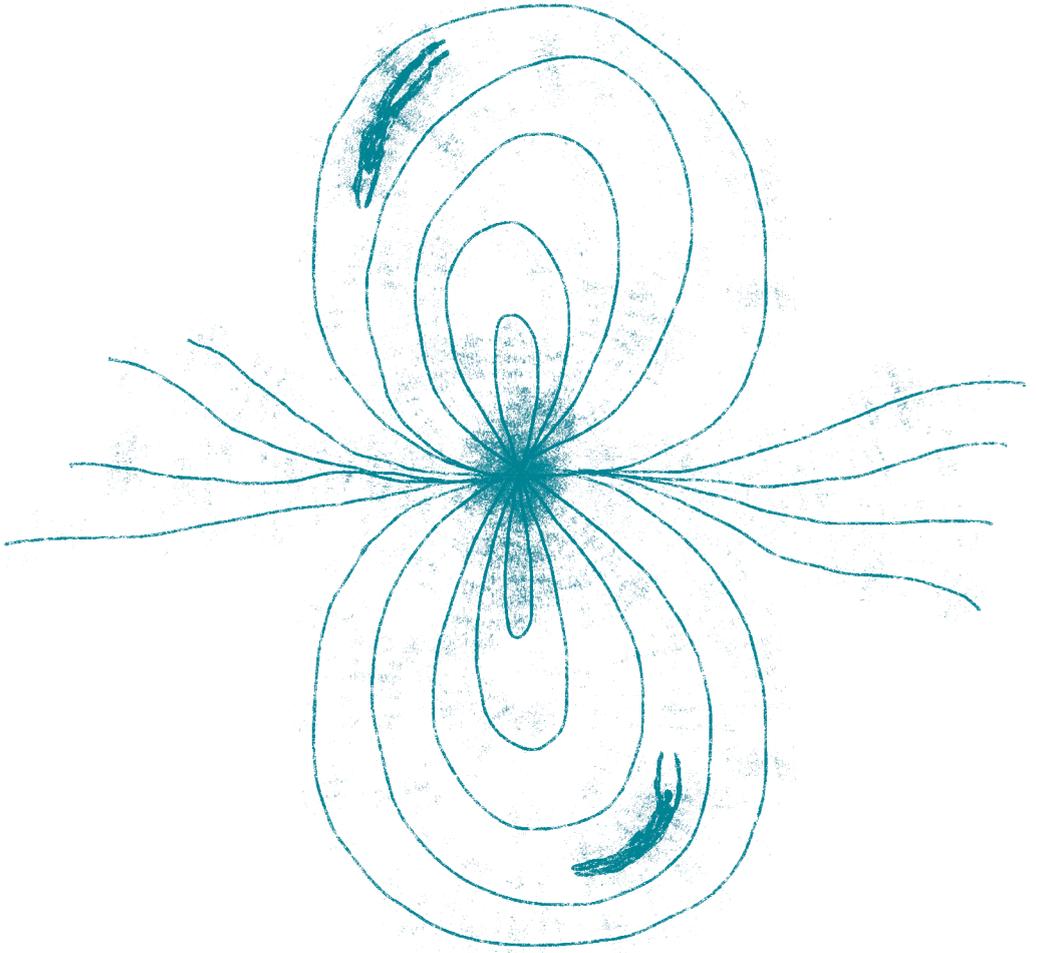
Los teotihuacanos ya sabían que nadar es entrar a un espacio sin tiempo, en el que somos capaces de movernos como se nos dé la gana, entrar en contacto con el silencio y la muerte, y salir victorioso en cada respiración, en cada llegada a la superficie para flotar, venciendo al agua, disfrutándola.

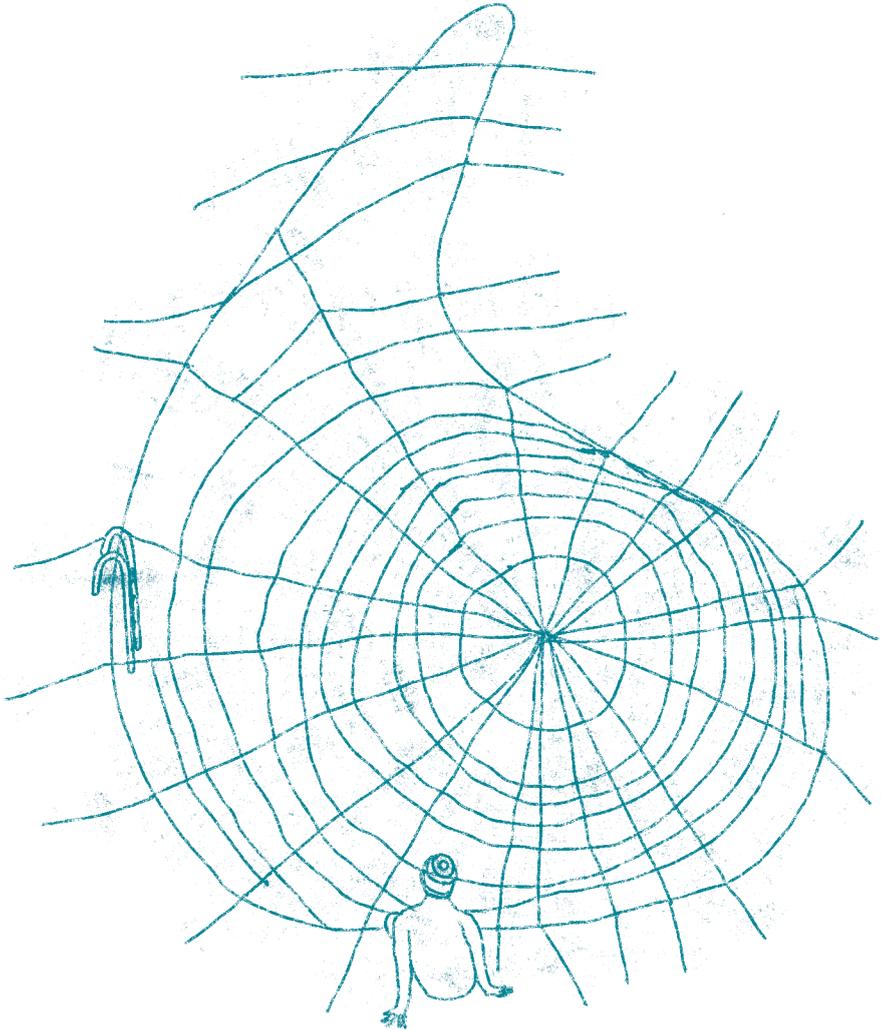
Difícilmente se sale enojado del agua y por eso nos urge y nos salva del pavimento, de la respiración automática, de la rutina, de nuestro propio pensamiento. El agua nos obliga a su ritmo y a su movimiento.

Algo de eterno hay en el desdoblamiento del tiempo que ocurre cuando entramos al agua y nuestro cuerpo también se desdobla para convertirse en un ser ajeno a la tierra, sobre todo en el mundo urbanizado en el que vivimos.

Nadar en nuestras ciudades es poder vencer las rutinas para rendirse al ocio y dejar que los oídos escuchen la distorsión que nos devuelve el agua de las frecuencias sonoras. Percibir el olor del agua, que alguno ha de tener, y que nuestra piel se convierta en la barrera que nos separa del líquido.

Hay paraísos en donde la dicha por los siglos de los siglos se alcanza mirando el rostro de una deidad abstracta, que premia a tu alma haciéndola objeto de su propio narcisismo. A estas alturas de mi vida, el paraíso al que aspiro es uno en donde se pueda nadar y poner cara de contento, como en el Tlalocan.





Limbo

Gala Navarro

Recuerdo una alberca en forma de P, cerca de Veracruz, a la que fui muchas veces. Nunca estaba completamente limpia y tenía que bajar un montón de escaleras para llegar. Había pasto y bosque húmedo, mucho.

Y también había insectos.

Algunos morían rápido, ahogados, y otros quedaban suspendidos en un limbo de tensión superficial, donde era incierto si eventualmente también se hundirían, si morirían de cansancio, de inanición, o si aquella situación les compraría algunas horas para tener suerte.

Las mariposas muchas veces eran rescatadas con un palo y temblaban en el borde mientras se secaban (sacudiéndose el trauma, pensaba yo) y luego se iban volando, como si aquello jamás hubiera pasado. Los grillos, también constantemente auxiliados, se arrastraban por el suelo con las patitas reblandecidas. Iban hasta algún rincón soleado a recobrar la dignidad y luego desaparecían, saltando hacia los matorrales.



Las abejas nunca agradecían los rescates, lo aprendí hasta después de la tercera picadura. Las arañas tampoco, pero diferente: fingían su muerte y, cuando se les tocaba con una rama, revivían y corrían sobre el agua, a saltarle a uno encima. Sabía que en el fondo no eran tan malas. Cuando su cuerpo no se hundía, podían salvarse prácticamente solas y ahorrarme la mitad de la espeluznante tarea; bastaba con empujar el agua hacia una orilla sin hundirlas y ellas hacían el resto.

La orilla de la parte más baja de la alberca era como una pequeña playa de azulejos, un pequeño cementerio donde encallaban casi todos los cadáveres de insectos sedientos o desafortunados que no habían podido lograrlo. Ahí con ellos me sentaba yo, que tampoco sabía nadar.

Sólo iba a la parte profunda cuando había adultos, como mis tías, primos o mi mamá, y a veces trataban de enseñarme cómo hacerlo.

Primero había que salir del salvavidas. Entonces me cargaban en su costado por un rato y me flotaban boca arriba, sosteniéndome sólo detrás de las rodillas y la cabeza. Yo inflaba el pecho, respiraba raro, escupía, miraba las nubes y movía las extremidades torpemente. No estaba tan mal.

Lo difícil era lo que venía después.

Me sostenían de la misma forma, pero boca abajo. Ponían sus manos en mi barriga y yo debía sumergir la cara algunos segundos, patear y, eventualmente, salir a respirar. Era aterrador. Igual que era que me tomaran por debajo de las axilas, contar hasta tres y ser sumergida tratando de contener la respiración, sin éxito.

A los cinco años, ciento sesenta centímetros me parecían un abismo. No sabría decir qué era más inquietante: ser sostenida sólo en la barriga, sentir mis entrañas vulnerables a merced de la profundidad desconocida o pensar en mi muerte. La sensación amarga de tragar agua por la nariz y la boca (al mismo tiempo)

o la falta absoluta de control sobre nada. O bien, todas las anteriores juntas.

Volví montones de veces derrotada a la orilla de la parte baja, llorando y jadeando, con algunos bichos colgando en mi salvavidas, como todo un perdedor.

En esa alberca, un día, después de muchos intentos, varias partes de aquel mecanismo aterrador cobraron sentido.

Eran cerca de las nueve y media de la mañana, hacía calor con algo de viento y la alberca fría era toda para mí sola. María me cuidaba, sentada en una barda de piedra soleada, sosteniendo mi toalla y leyendo una revista.

Después de un rato de pescar insectos, me arrodillé, como si se tratara de un ritual serio, cerré los ojos y sumergí la cara sacando aire por la nariz para que el agua no entrara. Lo repetí muchas veces, las necesarias, hasta que se sintió como algo normal. Luego sumergí todo el cuerpo, replegado en “postura del niño” (como le dicen los practicantes de yoga), con los brazos hacia atrás y la cara adelante, hecha bolita, protegiendo mis entrañas. Cuando eso también se volvió una sensación familiar, regresé a la orilla más baja, a la pequeña playa, para tomar valor e intentar algo más ambicioso.

Unos minutos después, pegué la barriga a los azulejos helados. Me arrastré como un cocodrilo, hacia la parte profunda, avanzando muy despacio con las manos. Cargué el peso de mi cuerpo y soplé burbujas por la nariz, hasta que mi ombligo y mis piernas dejaron de tocar el suelo. Levanté una mano del piso, cerré mi nariz con los dedos y abrí los ojos debajo del agua, mirando hacia los pocos centímetros que tenía debajo, perpleja, y al frente, donde la alberca se inclinaba hacia el abismo. Nunca había visto algo así, ni escuchado aquel sonido inmenso, suave, craquelado y misterioso que se escucha bajo el agua.

Despegué también la otra mano del piso, dedo por dedo, como quien no quiere irse, y entonces me cayó la noticia encima

como un rayo: ya no estaba en tierra, estaba flotando. Estaba *realmente* flotando.

Lo hice una y otra vez, hasta que mis dedos se arrugaron. Hasta que descubrí que aun quitándolos de mi nariz, el agua no entraría. Hasta que encontré varias formas primitivas de mover los brazos y las piernas; incluso de cambiar de dirección, velocidad y profundidad. Hasta que descubrí que podía flotar también con la barriga hacia el cielo, sin pelear. Sin tener que escupir agua ni patear en desorden.

Ya no estaba sólo flotando en un limbo a merced de la suerte, como todos aquellos pobres insectos. El plan había funcionado y ahora estaba nadando. Era de no creerse.

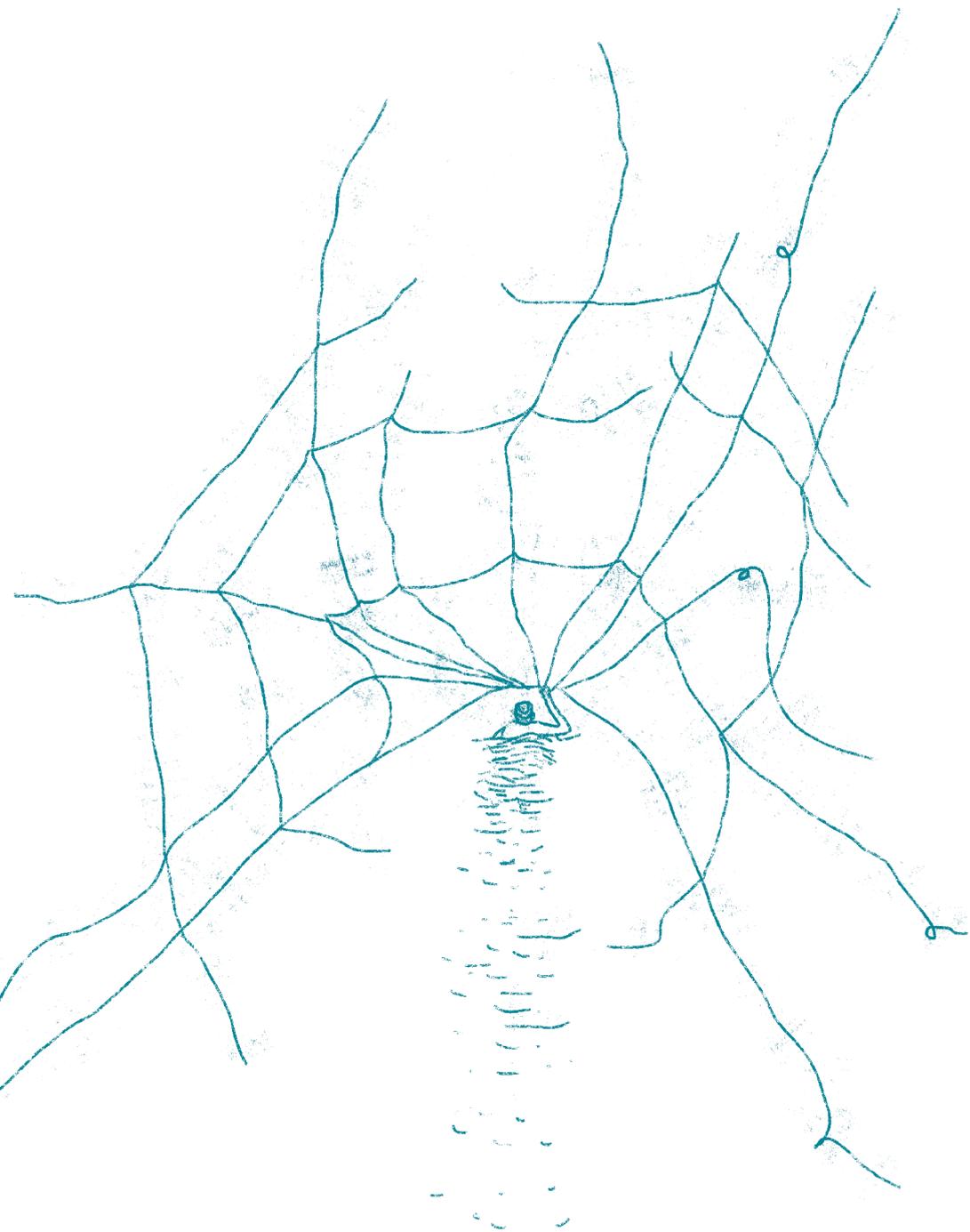
Pensé, victoriosa y aliviada, que ya nadie tendría que tenderme una rama para salvarme. Que nadie ofrecería mi sensible barriga en sacrificio a los monstruos de la oscuridad y que el salvavidas no me rozaría los antebrazos nunca, nunca más.

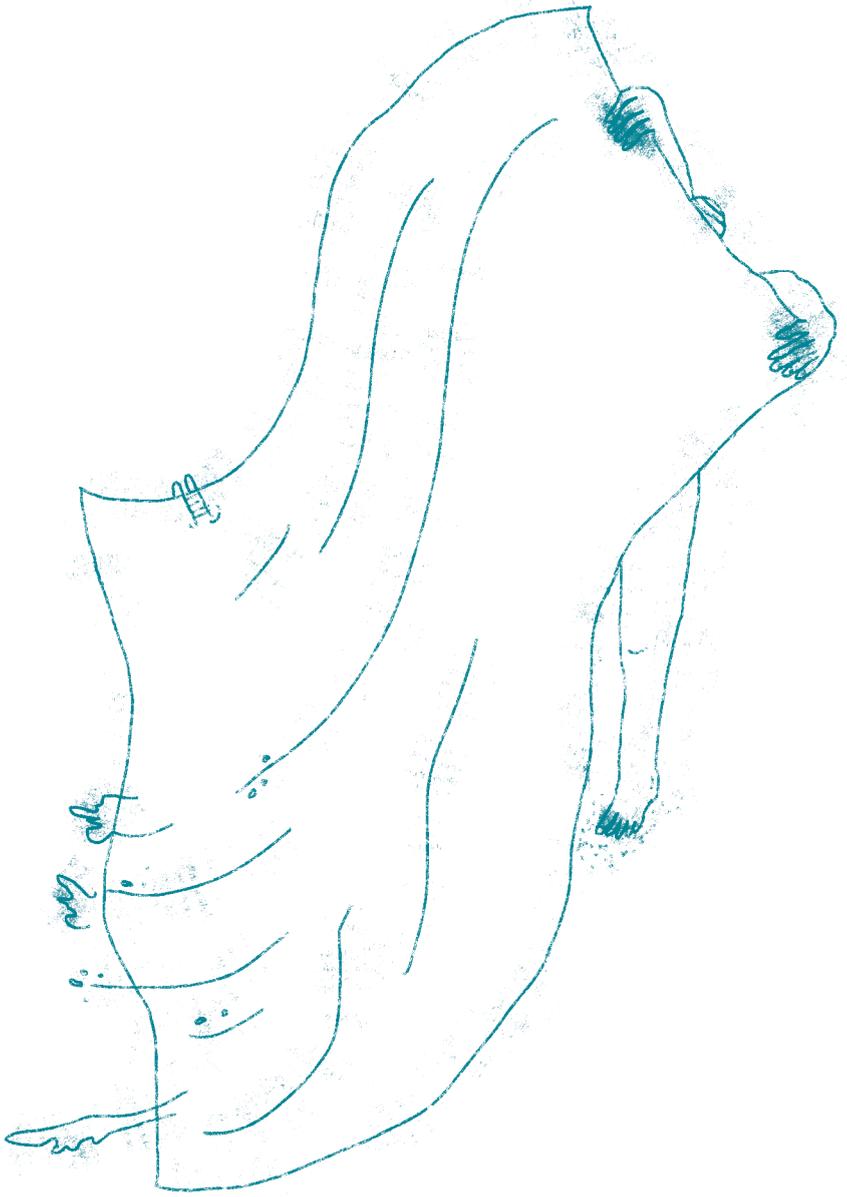
Estaba equivocada, por supuesto (tiempo después vendrían el mar, las clases de natación, otros terrores y otras albercas), pero todavía nadie lo sabía, ni importaba en absoluto. Nada más importaba.

Tenía mucho frío y era hora de comer cuando tuve que irme.

María me esperaba en el pasto, con una toalla tibia en los brazos, y corrí hacia ella eufórica, con los labios morados, para abrazarla y contárselo todo.







Memoria líquida

Astrid López Méndez

Para Terry Tempest Williams, la soledad es una memoria del agua. Si recuerda los días con su madre, en la costa de California, le da sed. Fue ella quien le enseñó a rozar sus pies con las olas.

En un video de Youtube, del canal *Love Nature*, se analiza la forma de varias gotas después de haber sumergido una flor en el agua. Un miembro del Instituto de Termodinámica Aeroespacial de la Universidad de Stuttgart señala cada una de las imágenes obtenidas, todas son diferentes, donde cada gota lleva la información de los objetos con los que hizo contacto.

El líquido lleva el registro a dondequiera.

En la sección de comentarios del video, algunos niegan la posibilidad del hecho, uno incluso dice haber visitado ese instituto y comprobado su inexistencia: ni esa prueba ni ese investigador son reales. Otros se preguntan por qué no son inteligentes como Einstein, si diario toman ocho vasos de información.

La posibilidad de abandonar el miedo al agua con tal de pertenecer a la memoria de los mares me parece hermosa. Nunca disfruto nadar si hay olas, pero abrazaría esa angustia tantas veces como fuera necesario. Quizá por eso la mamá de Terry no olvidó llevarla a la playa; no pretendía evitar su soledad al acordarse de ella, sino que estuviera acompañada con sólo regresar al mar.



Faltan unas horas para medianoche y el bote comienza a llenarse de agua. Sólo algunas personas a bordo saben nadar. Necesitan reducir el peso. Yusra y su hermana Sarah ni siquiera lo dudan y saltan al mar. Nunca pensaron llevar consigo sus goggles o sus aletas: nadan con los ojos cerrados. Hace frío, pero no tiemblan por eso. Aunque su técnica es impecable, no hubo entrenamientos para una situación así. No piensan en el cansancio ni en sus brazadas descompuestas, sólo quieren llegar al otro lado.

Las hermanas Mardini salvaron a diecinueve personas: arrastraron la embarcación, con el motor descompuesto y durante tres horas, de Turquía hacia Grecia por el Mediterráneo. A su llegada, declararon a la prensa: “Sólo cumplimos con nuestra obligación”. Se habían prometido dejar a los demás atrás si sus vidas corrían algún peligro, pero no pudieron cumplir su palabra. Como ellas, los otros pasajeros también huían de la guerra en Siria. Durante el trayecto, Yusra pensaba: “Qué vergüenza si me muriera ahogada, yo, que soy una gran nadadora”. Cuando por fin llegaron a instalarse en Berlín, ninguna competencia posterior fue más dura que aquella prueba.



Desde hace algunos años, se ha incrementado el número de ballenas varadas en las distintas costas alrededor del mundo.

En febrero de 2017, encontraron más de seiscientas en una playa de Nueva Zelanda. Trescientas murieron, pero las otras cien regresaron a alta mar gracias a la ayuda de cadenas humanas. Entre las supuestas causas de este fenómeno, se encuentra el aumento de ruido ambiente. Las ballenas ya no escuchan su propio canto. Para ellas, cantar es una manera de orientarse.

En una entrevista de 2015, el nadador Gregorio Paltrinieri, doble campeón europeo de los 800 y 1500 metros libres en Berlín 2014 –las pruebas más largas–, confesó: “La natación es bastante aburrida”. Y por eso, cuando entrenaba, se ponía a cantar. El italiano nadaba 18 kilómetros al día. Su fuerte siempre ha sido la resistencia, no así la técnica o los cambios de ritmo. Él se siente bien “en horizontal y en el agua”, en vertical es “muy descoordinado”. En los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro 2016, alcanzó el lugar más alto en el podio de los 1500 metros.

Los recorridos cetáceos van de los 5 a los 10 mil kilómetros. La variación depende de la actividad a realizar: apareamiento, comida o viaje migratorio. La medalla de oro es de la “ballena jorobada antártica número de catálogo 1363”. Nadó desde el banco Abrolhos, de la costa de Brasil, hasta Madagascar. Tardó dos años. En el artículo de la revista *Biology Letters* se consigna como “el movimiento más largo documentado de un mamífero”.

Tal vez las ballenas necesitan del mar una alberca, para cantar en paz bajo el agua.



Me gusta ver las prácticas de clavados. Hay una sutil transformación en las funciones corporales, se está reaprendiendo el lenguaje del agua. Algunos han dominado viejas frases, pero en otros se asoma el titubeo: se enroscan, chocan la panza, salpican y tragan agua.

Mis intentos recorren esos extremos. A pesar de haber nadado en distintas albercas a lo largo de mi vida, el miedo al agua no se ha modificado desde la infancia. Los entrenadores repiten: No cierres los ojos cuando te lanzas. Sin embargo, al pensar en esa instrucción, más deformato los movimientos.

Cuando nado, trato de concentrarme en las brazadas, en cómo se deslizan mis piernas. Nadar es una forma de reducir la velocidad. Antes, me desesperaba. El cuerpo no encuentra

resistencia, no obstante adquiere otra mecánica. Es necesario aprender a ser lentos. El estilo más pausado es el de pecho y ha sido el más difícil para mí: la coordinación, la respiración, el avance mínimo.

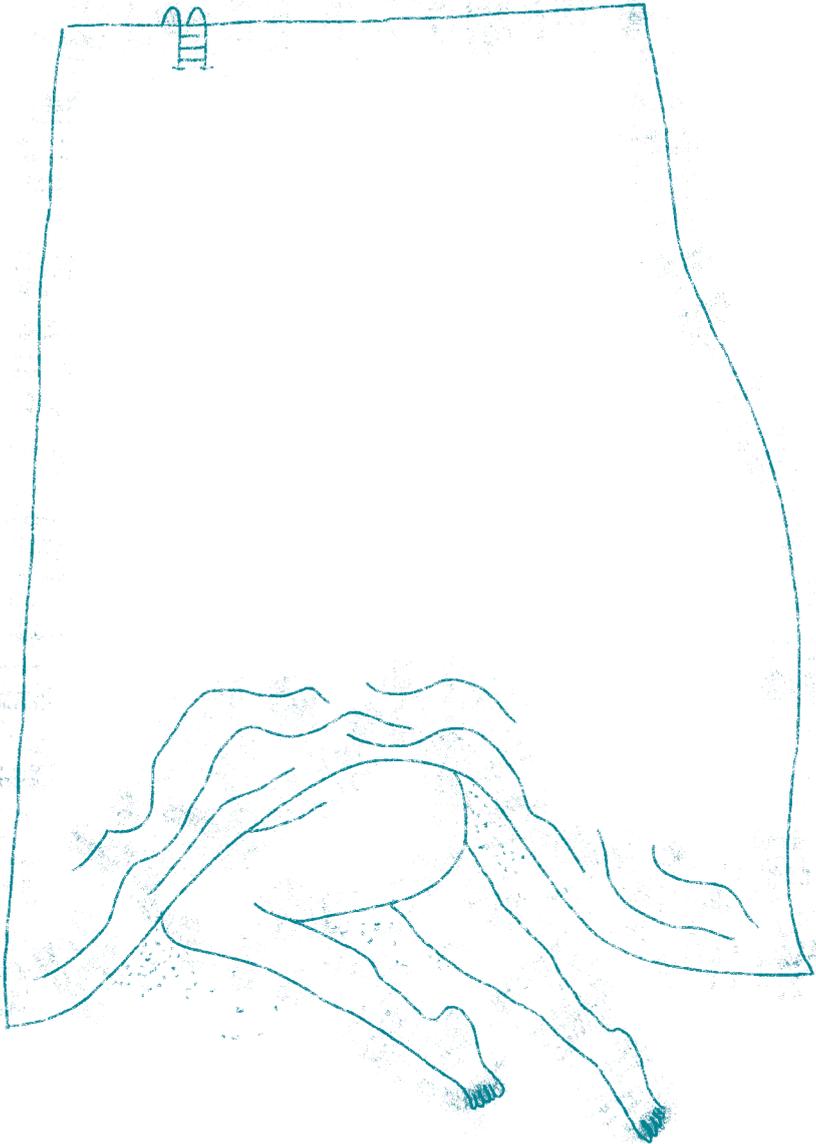
En el carril de entrenamiento, todos hacían los ejercicios más rápido que yo. Me apenaba que mis compañeros esperaran tanto. Al principio, no llegaba al otro extremo de la alberca o cambiaba de estilo con el propósito de alcanzarlos. Un día, el instructor notó mi enfado y me sugirió olvidar esa preocupación: Hazle caso a tu propio ritmo.

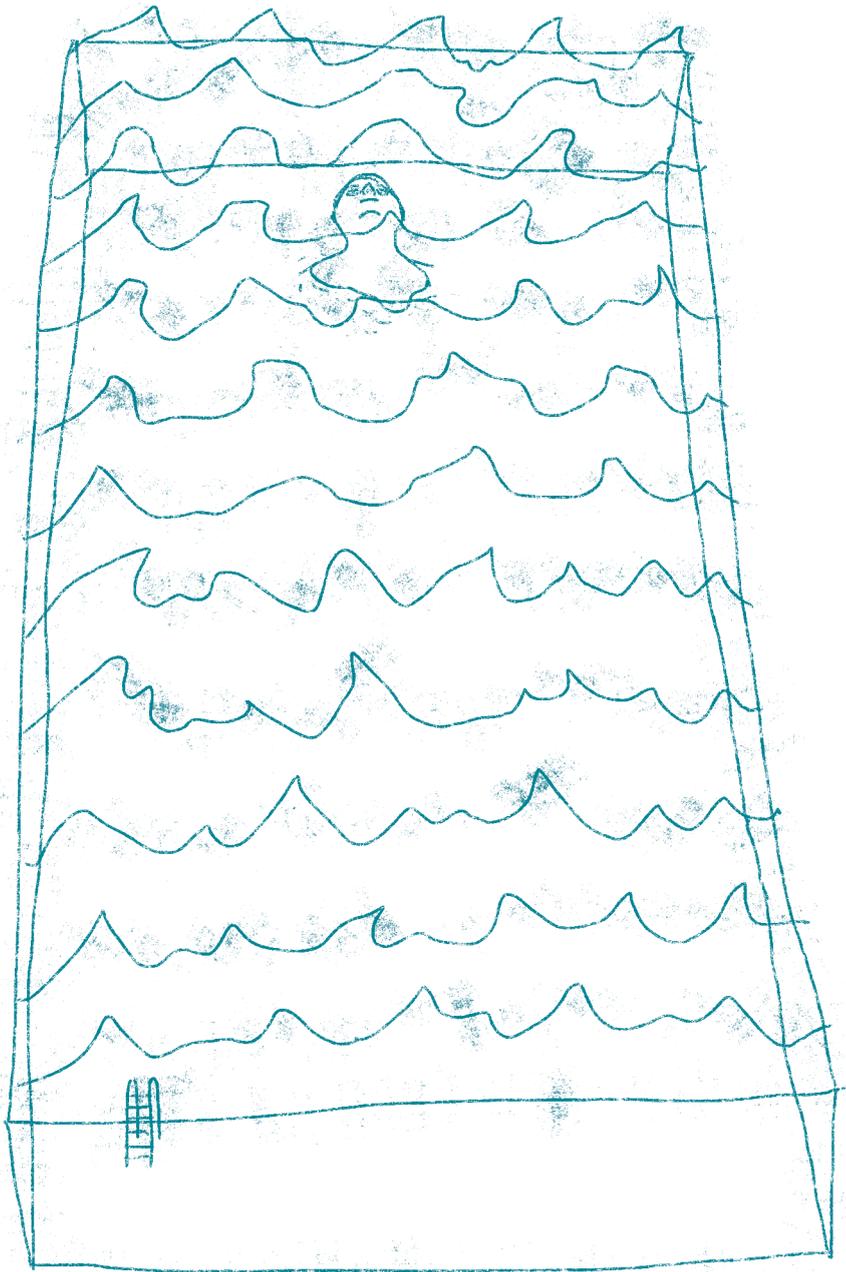
Trato de recordar esas palabras cuando busco acelerar innecesariamente el paso.



El manatí es una oda a la vitalidad sin prisa, nos lleva millones de años de ventaja: “Él no se arrastra, no se agita, no camina, se suspende”, escribe Jorge Comensal.

Nosotros nos aferramos a correr. Sus enormes dimensiones no lo complican, él ha aprendido a encontrar su lugar en el mar. Ojalá podamos imitar la paciencia de este hervíboro acuático para nadar mejor, dentro y fuera del agua.





Los vampiros no se ahogan

José Luis Rico

Me siento en la carpeta asfáltica. El agua me llega al ombligo.

La lluvia se detuvo y Mario y Rubén salieron a jugar fútbol, alumbrados por los faroles amarillentos. Todos los otros chicos de la calle se les unieron y ahora hay una algarabía en la penumbra.

Yo también estoy afuera, pero no quiero jugar.

Mi madre no nos deja estar afuera tan noche, pero hemos estado muy sedentarios, mi hermana y yo, hemos engordado mucho. Las olillas chapotean contra la banqueta de casa de mis padres.

Yo estoy sentado en el suelo, oculto entre las defensas de dos autos para que Mario y Rubén y mi hermana no me hagan jugar. A algunos metros de mí, sus patadas persiguen un balón flotante. Me reclino hacia atrás lentamente, como si fuera un vampiro que se recuesta en su ataúd. Traigo puestos todavía los colmillos de plástico que mi madre me ordenó dejar en casa y que saqué, escondidos en el bolsillo del short. Entre la defensa trasera del Jetta de mi padre y la defensa delantera de Grand Marquis de mis tíos, que también son mis vecinos, poso mi nuca en el cordón de la banqueta, donde está plantado el moro. Mamá dijo que si juego con la dentadura puesta se me puede resbalar a la garganta. Pero yo soy un vampiro. Ana juega con Mario, Rubén y los otros.

Mi nuca está apoyada en el cordón de la banqueta y el agua me llega al pecho. Los colmillos de plástico presionan mi labio de abajo. Un olor a aceite polvoriento y quemado se desprende de las

carrocerías de los autos. Yo soy un vampiro que se recuesta en su ataúd. Relajo mi torso, inhalo y mi cuerpo se despega del asfalto todavía caliente por horas y años de resol de verano. Me muevo con el ligero vaivén de los músculos del agua. Soy un vampiro en la calle.

Mario, Rubén, Fredy, Gaby, mi hermana y otros niños tratan de dominar el balón que dibuja parábolas sobre el oleaje de la calle. Gritan.

Yo estoy mirando el cielo entre las defensas de los autos y el ramaje pelón del moro. Extiendo mis brazos. Un gusano de luz sale de un agujero en una nube y se incrusta en otra. Las olillas tamborilean contra las molduras ensalitradas de los chasis. Huele a aceite quemado. Las nubes extienden los brazos, a puñetazos se meten en los costados de la ciudad.

¡Chonchis! ¡Nos falta uno! ¡Chonchis! ¿Dónde estás?

El agua terrosa salta y sumerge mis oídos. Siento los granos de arena pegados a la piel de mis corvas, el cemento que presiona mi cráneo. Alzo una pierna y siento viento frío. Pienso en el Conde Pátula, en su catacumba fría y en su mayordomo.

¡Chonchis!

En la elegancia de ser murciélago. Yo quisiera ser un monstruo. Un astronauta. Un militar que, al interior de un traje electrónico, recorre las praderas de algún planeta lejano.

¡Ana Laura!, grita mi madre desde casa.

Dos gusanos de luz intercambian madrigueras entre las nubes. He visto ese episodio varias veces.

¿Dónde está Luis?

El agua me masajea y recuerdo la intro de la caricatura. Cierro los ojos y escucho la voz del presentador.

Se advierte al espectador que este lugar es el más horrible, el más maligno, el más asqueroso conocido por hombre o bestia. Ningún otro sitio de nuestro planeta Tierra puede compararse a este punto fantasmal y les juro que no me equivoco. Visitemos el castillo Pátula. Es un martes, lluvioso.

Alzo la mirada y sigo una de las ramas del moro, que se une con otra rama para formar una más gruesa, y luego descienden hacia el tronco. Miro el tronco sombrío del moro en la jardinera. Un rayo. En el tronco veo un trozo de corteza que se contorsiona.

¿No estaba contigo, Ana?! ¡No, mamá!

Una leve llovizna susurra sobre los autos, hace un ruido de alfileres cayendo en el agua.

¡Gooooool! ¡Nocierto! ¡Claro que sí! ¡Pinche tramposo! ¡Si ahí no está la portería!

El agua a mis pies se ilumina. Los gritos se silencian. Un haz de luz enciende todo el estanque de la calle, y escucho unos neumáticos que lo trituran para hacerse paso. Veo los rines percudidos de la troca de mi padre. Pasa de largo y deja dos surcos que se cierran en olas. Un vuelco en el estómago. A mi padre no le gusta que yo me tire al suelo. Tengo que levantarme. No le gusta que yo no juegue fútbol con los niños. Recuerdo el pico amarillo chillante de un pato con colmillos, la tez verde, las catacumbas. Un pato vampiro que vive libre, con sirvientes.

(La puerta se abre y un caudal irrumpe, en el cual viene montado Igor, el sirviente.)

Buenos y remojados días amo.

Y el Conde Pátula le responde: ¿Y qué tienen de buenos, Igor?

Oh, son tan macabros y tenebrosos. Todo luce deprimente y triste.

Incluso los grilletes en el sótano se enmohecen con gracia.

Me incorporo. Debo ir a saludar a mi padre. Dudo. Vuelvo a recostar mi nuca sobre el cordón de la banqueta. Soy un vampiro y, aunque es de noche, quiero descansar un momento. Alzo los ojos. El trozo de corteza se sigue retorciendo y está más abajo en el tronco del moro. Saco mi brazo de mi alberca momentánea y acerco la mano. La alejo. Hago mi cabeza a un lado, me lleno la boca del agua puerca y la escupo hacia el tronco. El trozo de corteza se estremece. Regresa en forma de gotas, cerca de mi cabeza. Sí, soy un vampiro.

Igor, ¿cómo podemos alejarnos de esta espantosa llovizna transilvana?

¿Qué le parece España, amo?

¿España, dices? ¿Y no llueve mucho allá?

Exclusivamente en el campo.

Ah, vaya, eso no nos afectará. Viajaremos por castillo, como de costumbre.

Los Pátula siempre han sido bienvenidos en España, amo, por su primo Venancio.

¿Mi primo Venancio? ¿Es un tipo gentil y educado?

No señor, es un piromaniaco.

La Nana interviene: Oh, no. No es nada de eso, señor Igor.

A él sólo le gusta jugar con fuego.

(De un manotazo, el Conde pone a girar el globo terráqueo entelarañado.)

Escaramuza de Mario, Rubén, Fredy, Gaby tras la pelota, un azote de pies en el agua. Una olilla me lanza sobre el pecho un bultito negro.

¡José Luis!, me busca mi madre. ¡Ana Laura! ¿Qué, mamá? ¡Vengan a saludar a tu papá!

El barullo tras el balón sigue.

¿Luis?, me llama mi hermana, a media voz, para que mis padres no la escuchen.

El Conde Pátula no tiene hermanos. No comparte ni su castillo ni su cuarto con nadie. No tiene miedo en la oscuridad.

¿Luis?

Ana camina por la banquetta. Pasa a unos metros de mí, sin verme.

¡Niños!, nos grita mi padre exasperado, ya quiere que nos sentemos a la mesa.

En mi pecho, el trozo de tronco se contorsiona. Enfoco. Se arrastra sobre mi camiseta mojada y se dirige hacia mi mentón. Es un gusano. Pasos agitados de mi padre en el porche de la casa. La puerta de la reja se estrella. Miro mi pecho. Es un gusano

quemador, que avanza lentamente hacia mi hombro. Sus púas se agrupan y separan según serpea. Apoyo mis nalgas en la carpeta asfáltica, que sigue caliente. Me agarro de las defensas del Jetta y del Grand Marquis, y me incorporo, con cuidado de que el gusano quemador no se caiga.

¡Chonchis!, grita Mario, ¿Dónde estabas? Nos falta uno. Nos van ganando. No manches, el Chonchis es como tener menos un jugador. Ve por la pelota, Chonchis. Está ahí debajo de ese carro.

No quiero.

Oye, ¿no oíste que te están buscando?

No.

Tu mamá te está buscando.

¡Luis!, grita mi papá.

Me pongo la mano sobre el pecho para que el gusano quemador no se vaya a caer, y me acuclillo, escondiéndome entre las siluetas de Mario, y los otros.

¡Ya te vi, cabrón! ¡Te está buscando tu mamá!
¡¿Por qué te estás escondiendo?!

Comienzo a caminar encorvado, para no ser visto por encima de los techos de los autos, y me alejo de casa. La silueta de mi padre aparece entre el Jetta y el Grand Marquis, apenas alumbrado por la luz que sale de la ventana de la cocina. Tiene una cachucha puesta y la camisa desabotonada. Las púas del gusano me pican la palma. La aparto. Sigue pegado a mi camiseta mojada.

¡Luis! ¡Ven ya!

Me ve. Mario y los otros se quedan callados. Yo echo a correr por la calle, chapoteando y resbalando, y mi padre comienza a perseguirme. Yo alzo las piernas para poder avanzar más rápido, entre el agua que me llega a las rodillas. Me resbalo y caigo de lado. La guija del suelo se estampa contra mi codo. Grito.

(Venancio aparece en una nube de humo. El Conde Pátula, Igor y la Nana están enjaulados de cabeza. Venancio tose y se suelta hablando con un acento andaluz.)

Debo poner menos humo en estas apariciones, hombre, porque me estoy enfermando gravemente de los pulmones.

Un pajarraco hampón le responde al primo de Pátula: Aquí los tiene, malvado señor. Ellos han sido. Ellos son los turistas entrometidos que han arruinado sus hermosas y crueles llamas.

Igor lo saluda: Ah, don Venancio, amo, voy a presentarle a su primo transilvano, el conde Pátula.

¿Que qué?, se espanta Pátula, ¿Él es mi primo Venancio?, dice tartamudeando.

Ah, el primo Pátula. ¡Hacedlos pasar inmediatamente a mi humilde palacete, y dejadme solo!, los recibe Venancio.

(Ahogado requinto de flamenco.)

Escupo agua con tierra. Granos de polvo raspan el esmalte de mis dientes y pican mi lengua. Mi mano punza. Mi padre se yergue frente a mí. Se quita la cachucha. La lanza al agua. Se gira y mis amigos, que venían en camino, se petrifican. Él se acuclilla y me pasa las manos bajo las axilas, para levantarme. Mi padre no se ha lavado los dientes en todo el día. Yo me pongo de pie, sollozando. Nos dirigimos hacia casa. Yo cojeo. Mi mano arde. Mi codo arde. La llovizna chorrea por el rostro de mi padre, que me sujeta por la camiseta, entre los omóplatos.

¿Por qué te estabas escondiendo? ¿Eh? ¿Qué estabas haciendo?

Estaba nadando.

¿En dónde?

Entre sollozos, apunto al suelo. De súbito, mi papá lanza un aullido, se zarandea. Me suelta. Yo trato de sujetar su brazo para que no aviente el gusano quemador al agua. Mi padre me fustiga con el dorso de su mano.

¡¿Qué te pasa?!

¡Lo vas a tirar!

¿Tirar qué?, pregunta mientras se frota la mano.

Bajo la luz como de diente de viejito, Rubén, Mario y los otros muchachos nos miran a algunos autos de distancia. Mi hermana

no está. Hago una mueca amenazante y muestro los colmillos de plástico. ¡Tiraste a mi amigo! ¡Lo mataste!

¿Qué traes en la boca?

Alzo el mentón para que vea mis colmillos. No me voy a ir a la casa. Adiós. Mario y los otros escuchan mis palabras. Me doy media vuelta para irme. Mi padre me sujeta por la ropa y me vuelve hacia él.

Quítate eso de la boca.

Yo soy un vampiro, le digo.

¡Quítate esa madre de la boca!, grita.

¡Soy un vampiro!, le grito yo y le muestro a mi padre las manos en posición de garras. Amenazo con morderlo. Intento morderlo, pero fallo. Mi papá me sujeta por el cabello y con la otra mano me toma por la mandíbula.

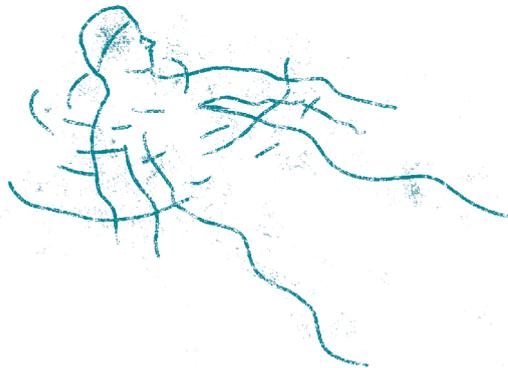
Escúpelos.

Yo cierro la boca. Trato de apartar mi rostro pero me gira por el cabello y mete sus dedos a la fuerza. Lo muerdo, pero él alcanza a sacar la dentadura.

¡Piensa lo que haces, cabrón! ¡¿Te das cuenta de que te puedes ahogar con esto?! ¡Ya no eres un niño!

No, no soy niño. Soy un vampiro. Mis amigos se van en silencio. Los vampiros no se ahogan, papá. Mi papá me suelta. Aprieta sus puños y resopla. Papá, los vampiros no se ahogan. Nunca.





Suficiente agua

Aláide Ventura Medina

La bandera estaba roja el sábado y aun así me metí a nadar. No la vi o no quise verla, acaso una metáfora de todo. Entré al mar de La Mancha como quien entra a su casa después de un largo viaje. Quería que el agua me mojara hasta las rodillas y acabé permitiendo que me cubriera todo el cuerpo. Las olas me revolcaron y golpearon sin compasión. Golpes de realidad, alegoría o ambas cosas.

No puedo decir que alguna vez haya nadado, realmente nadado, en el mar. Lo único que hago es flotar y dar saltitos, agitar las piernas en una bicicleta inexistente. A menudo me pregunto si sobreviviría a un accidente en el que quedara varada en medio del océano. ¿Descubriría en esa terrible circunstancia que nunca supe nadar y que, igual que en tantas otras cosas, lo único que hice todo este tiempo fue aparentar?

¿Jugar a nadar es nadar?

El mar estaba picado en La Mancha, pero yo igual me metí. No pude evitarlo. Nunca he podido. Por eso mi mamá dice que soy chilanga, y también por mi cantadito al hablar. Mis tías se ríen cuando me escuchan decir: *Chale o Ah, jijos*. Alguna incluso ha llegado a imitar este acento que adquirí sin quererlo y aun luchando esmeradamente contra ello.

Pienso en esa anécdota que cuenta la tía Charo, en la que supuestamente una vez ella y todos los chamacos se hundieron en las arenas movedizas de la Isla del Amor. Entre ellos iba mi mamá.

Esto no es metáfora de nada, la Isla del Amor es verdadera, aunque hoy esté convertida en un basurero.

¿Cuántas otras cosas se mantendrán intactas únicamente en las historias de mis tías?

Narrar es limpiar el recuerdo, pulirlo hasta regalarle el brillo que no obtendría de otra manera, y así atesorarlo, igual que los palos tallados que el mar arrastra hasta las costas.

Mi mamá felicita a Charín, como le dice ella, por su buena memoria.

Porque Charo es mi tía, pero no es la suya, sino su prima. Y a los primos no acostumbramos llamarlos por su título.

Mi tía Charo es buena para contar historias. Mitad porque es amena y tiene excelente memoria, mitad por algunos deslices de humor involuntario. Y ni tan involuntario, porque sabe hacer las pausas adecuadas y entonar las palabras de modo que los demás sepamos cuándo reírnos.

Cuenta la tía Charo que un día mi abuelo atropelló a un cochino y su dueña salió a perseguirlo con una vara. Esto sucedió en La Chorrera, o quizá fue en Chacaltianguis. Lo que es seguro es que fue en alguno de aquellos lugares recónditos, cercanos geográficamente y al mismo tiempo imaginarios, medio mitificados en la película de mi infancia heredada.

El gen jarocho trae codificado el don de narrar y también el de hacer reír. Con su sonrisa de labios pintados, mi tía retiene la carcajada lo más posible y luego la suelta apresuradamente cuando la historia ya ha contagiado a todos.

Ándale, Charín, repite mi mamá, profesional de la insistencia. *Cuéntate otra historia*. Le gusta oírlas porque ella misma se reconoce como un personaje de aquellos relatos, uno importante. Y porque, al final, todos esos recuerdos no son sino variaciones de una misma gran historia: su niñez compartida en pandilla, entre parientes aventureros y cuerpos de agua. Dice mi mamá que lo que más le gustaba a los grandes era llevar a los niños al agua.

Si no era al mar, iban a los ríos, lagunas, arroyos y manantiales. En Veracruz, hasta las frutas eran de agua: sandía, piña, coco... Hincarle el diente a una guanábana era como morder un pedacito de lago. Un estanque con semillas duras.

Por eso a mí ya no me gusta meterme al mar, dice mi mamá. Tuve suficiente. Eso de ver un charquito y andarse metiendo es de chilangos. Mi tía asiente: De chilangos, sí. Y ambas voltean a verme.

No soy chilanga, ellas saben que también nací en Veracruz. Entonces, ¿por qué me miran? ¿Será porque a mí todavía me gusta meterme al mar? Yo no siento que haya tenido suficiente.

Cómo podría.

El mar es inabarcable, absoluto. No hay llenadera en cuanto al mar.

¿A lo mejor sí soy chilanga?

Ese día de la bandera roja, me metí al mar pensando en todo esto.

Una voz fue a sacarme del agua, y no era ninguna de mis tías. Fue en ese momento cuando vi la bandera por primera vez. Después me senté en la orilla a sostener una conversación importante. Mi primo Julio heredó el don de la plática, pero sobre todo, el don de la escucha.

Comenzaba a llover y poco a poco fuimos entrando al agua de nuevo. No había más gente en la playa aquella tarde, los cristianos que estaban celebrando bautizos más temprano, en el médano de la laguna, ya se habían ido. Sólo quedábamos nosotros y una serie de preguntas difíciles de responder. Por ejemplo, algunas dudas sobre mis recientes decisiones y sobre el montículo de escombros que es en este momento mi vida.

El futuro parece un horizonte nublado. Existe, pero está oculto. Sólo lo veré al acercarme.

¿Tú qué quieres, Alaíde?

Las olas rompiendo en la arena y yo, flotando.

No lo sé.

Mi primo, peludo y enorme, como todos en mi familia, se sacudía la arena de los pocos chinos que le quedan en la cabeza.

No saber no tiene por qué ser un problema.

En el cielo, sobrevolaban gaviotas.

Volar es otra forma de nadar.

Nadar es un verbo activo, por eso yo nunca he nadado en el mar. Ya dije que lo mío es flotar y dejarme llevar por la corriente, lo que no aclaré es que esa sentencia también describe otros ámbitos de mi vida.

Nadar implica dirección, algo que yo no tengo. Es posible habitar este planeta sin saber hacia dónde ir. Sé de dónde provengo y eso es algo: del abuelo que un día atropelló a un cochino, de un extenso linaje de mujeres bulliciosas y burlonas, fáciles de amar, y de las arenas movedizas de la Isla de la Basura que antes fue la del Amor.

Mi abuela decía que si el mar de Veracruz estaba sucio, era por culpa de los chilangos, quienes se metían sin ningún respeto: sin bañar ni sacudirse siquiera la mugre del pelo. Ella juraba que, después de Semana Santa, en el mar se alcanzaba a distinguir una nata de suciedad y polvo que habían dejado ellos: los chilangos.

Ojalá hubiera tenido oportunidad de preguntarle a mi abuela qué opinaba sobre los hoteles de Mocambo, que hasta la fecha desaguan sus cañerías en el mar y que, por cierto, son detonadores de una de las historias más atrapantes y asquerosas de mis tías: aquella que relata el instante en el que, de niños, de repente se descubrieron nadando entre un cúmulo de desechos humanos.

¡Mojones! ¡Mojones!, exclama mi mamá al recordarlo.

Mi tía Lucía decía que Acapulco era espantoso. Que bello, así lo que se dice bello, solamente nuestro amado y cuatro veces heroico Puerto de Veracruz. Tal vez por eso nunca he ido a Acapulco y ése es otro mar en el que no he nadado.

Ésa sería una respuesta posible a la pregunta: *¿Tú qué quieres, Alaíde?*

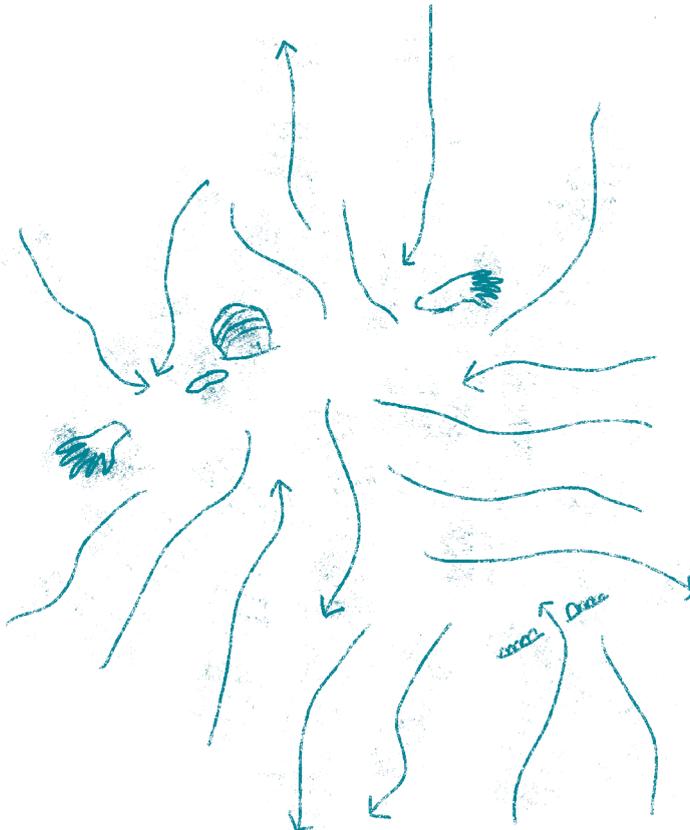
¿Qué quiero?

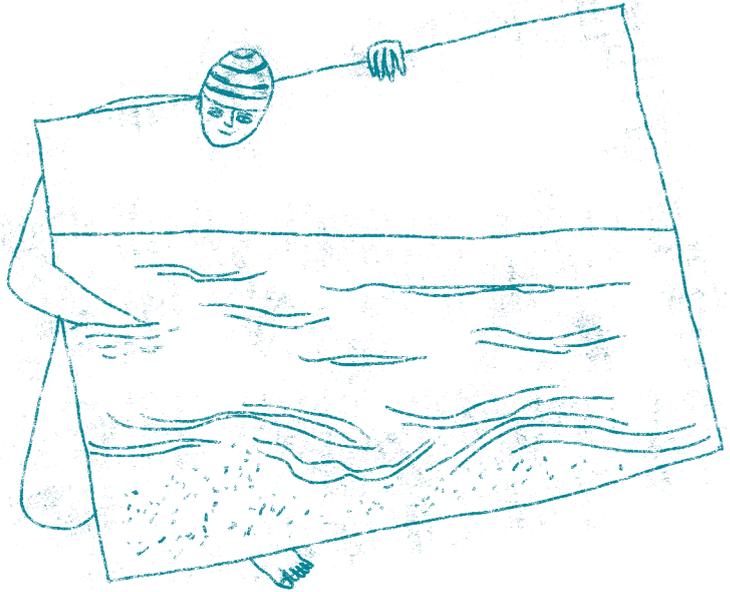
Conocer Acapulco, por lo pronto. A mis 33 años no he pisado ninguna playa que no esté situada en el estado de Veracruz. Decidir por mí misma si La Quebrada es espantosa.

Las ideas fijas de mis tías han sido siempre mis grandes verdades. Es sabido que les heredé casi todo: la afición por los recuerdos idealizados, por contarlos como si fueran grandes historias y, por supuesto, aquella larga lista de aversiones azarosas y francamente inexplicables. También el hábito de flotar.

Nací en el agua y vuelvo a ella; no he tenido suficiente.

A lo mejor sí soy chilanga después de todo.





Esa vez del arrecife

Jimena Eme Vázquez

A la derecha, lejos, el mar.

Por suerte.

A la izquierda, lejos también, otro mar.

(Para mayor referencia, me estoy imaginando de pie, mirando al norte.)

Abajo, igualmente lejos, el mismo de la izquierda.

Hace una curva.

Al norte, hielo.

Que igual es mar, pero en un formato diferente.

Siempre ha estado lo bastante lejos para serme ajeno.

No tanto como en esos países que están metidos en el continente y desde los que hay que cruzar varias fronteras para encontrar una playa. Esos países y esas formas de vida exóticas son algo que van más allá de mi entendimiento.

Llegar al mar en menos de mil kilómetros es un privilegio.

Es estar lejos del mar, pero no tanto.

Justo ahora, mientras escribo esto, estoy a nivel del mar.

No lo he saludado todavía, pero me prometieron que en un par de horas nos subirán a la camioneta y nos llevarán con él. Ahorita, lo que se dice ahorita, está ridículamente cerca.

(Para mayor referencia, estoy del lado del Pacífico.)

Al rato, cuando lo vea, seguramente me pasará lo que me pasa siempre: me quitaré las botas, meteré los pies y me maldeciré en silencio (o quizá lo grite, para variar) por no

traer siempre un traje de baño en la mochila. En la bolsa.

En la cartera.

Pero ni siquiera tengo un traje de baño decente. Ni en mi casa ni en la cartera ni en ningún lugar. Hace años que no me pongo el bikini que tengo y que ni siquiera es par.

(Bueno, la parte de abajo sí me la pongo seguido, cuando se me termina la ropa interior limpia, pero ésa es otra historia.)

Si toco el agua con el dedo del pie, me dan ganas de meterme toda; si me meto toda, hay que sacarme del agua con fórceps. Está empíricamente demostrado que puedo quedarme flotando durante horas (con chaleco, siempre con chaleco) y que, cuando me salgo (o me sacan), me odio y me quiero volver a meter.

No lo busco y, si no lo tengo, no me hace falta, pero en cuanto me ponen el mar alrededor no entiendo cómo he podido vivir sin él.

(Con el amor me pasa igualito, pero esa también es otra historia.)

Las albercas, lo mismo.

“El hotel tiene alberca”.

Ah.

O la clásica:

“Voy a hacer mi fiesta en una casa con alberca”.

A la fiesta definitivamente no voy, me da lo mismo. Pero si por fortuna, casi por descuido, aviento a la maleta mi bikini que no hace par, estaré fuera de la alberca poquísimos minutos al día.

Y eso que en las albercas nunca he llegado a casos tan extremos como el del arrecife.

De todos modos, si toco el agua de la alberca, me condeno.

El cloro no me cae tan bien como la sal.

En las albercas casi no nado porque no sé hacerlo bien.

No me gustaría aprender tampoco, no es algo que necesite porque estoy bastante cómoda fuera del agua y la voluntad no me alcanza para agendar visitas a un deportivo dos veces a la semana, mucho

menos para comprarme un traje de baño completo y una gorrita de esas que te arruinan la estructura del cabello.

Casi no nado, pero camino.

O me pongo en el hueco donde sale el chorrillo de agua.

Floto.

Un tiempo dije que no me gustaba nadar.

Hola, soy Jimena y no me gusta nadar, decía.

Por supuesto que era mentira, pero no sabía cómo explicar mi carencia de trajes de baño y mi nulo interés por procurarme grandes volúmenes de agua. Declaré mi antipatía por practicidad.



Ya me llevaron a la playa. ¿Se acuerdan que les dije que estaba cerca? Pues desde el párrafo anterior a éste, ha pasado algún tiempo para mí. Fui a la playa, comí una tostada de ceviche y unos camarones. Era un mar frío y no me quité las botas ni metí los deditos en el agua. Todo en orden.



Aprovechando la coyuntura, pasemos a la historia del arrecife, que es lo que nos compete, lo que nos trajo aquí.

Tuve un novio al que le gustaba instalar su casa de campaña en la arena. La primera vez que fuimos a la playa había un arrecife como principal atractivo turístico. Yo metí en la maleta, de muy mala gana, mi bikini disparejo (lo tengo desde entonces, creo incluso que me lo compré para esa ocasión) y un snorkel que me prestó mi amiga Sandra.

Para ir a asomarnos a lo profundo, un hombre nos rentó un par de chalecos y nos señaló hasta dónde debíamos nadar. Fuimos. Nos colocamos el visor, nos pusimos en la boca el tubito que conecta con el aire y metimos la cabeza en el agua.

Resulté tremendamente buena para respirar por la boca, lo cual fue muy conveniente, porque eso de ver el arrecife me parecía particularmente provechoso.

Decidí quedarme ahí largo rato.

El novio tocó mi hombro. Yo me asomé y le pregunté qué quería: ¿Qué quieres?

Pensé que ya te habías ahogado, me dijo.

Estúpido. Me perdí veinte segundos de ver el arrecife por culpa de esa conversación. Tomé aire y me volví a instalar.

Al rato sentí otra vez sus deditos tocando mi hombro.

Luego sus manos sacudiéndome. Supongo que me llamó por mi nombre, pero yo no lo escuché. Entonces vi aparecer ante mis ojos una notita envuelta en plástico que decía:

“Ya me cansé, te espero en la casa de campaña”.

Por supuesto que nunca llegué.

Luego supe que el novio le tuvo que pagar una fortuna al señor que rentaba los chalecos.

Por la tarde pasó una tortuga y se me quedó viendo. Creo que me confundió con un barco.

Al caer el sol sentí la mano del novio untándome algo en el cuerpo. Supuse que era bloqueador solar. Qué lindo. Luego noté que algo obstruía el paso del aire en el tubito de mi respiradero: era un pedacito de camarón (el novio me estaba alimentando). Lindo, lindo. Mastiqué y saqué la mano para indicarle que necesitaba más. Comí lento porque no podía respirar y masticar al mismo tiempo.

Los peces del arrecife se acercaron a mirarme. Rara vez tienen oportunidad de examinar a un humano tan de cerca. Consideran que somos extremadamente raros y feos. Uno muy chiquito me pidió permiso para entrar a husmear en mi boca y yo accedí, pero una vez que estuvo adentro no pude resistir la tentación y cerré los dientes. Siempre he tenido madera de traidora. Estaba muy suave, me comí hasta las espinitas.

A la mañana siguiente, apareció otra nota envuelta en plástico:
“¿No vas a salir?”.

Saqué un dedo para indicar que no estaba en mis planes de ese día.

El novio, abnegado, regresó cada tanto a darme de comer. Sobra decir que las necesidades del cuerpo las soltaba sin más en el mar.

Nunca me interesó contar los días que estuve así.

La tortuga que pensaba que yo era un barco pasó decenas de veces y dejó de mirarme. Los peces saciaron su curiosidad y volvieron a sus viejos asuntos. Yo seguía respirando por la boca, a buen ritmo, tan fresca como el primer minuto.

Nunca sabremos si en algún momento me hubiera aburrido de todo eso. Una mañana un grupo de personas se acercó, me amarró una cuerda al pie derecho y me llevó hasta la orilla. Mi piel tenía una consistencia rara y me dolía la mandíbula. Me costaba trabajo caminar. Me dijeron que el novio se había ido hace tiempo, con todo y su casa de campaña.

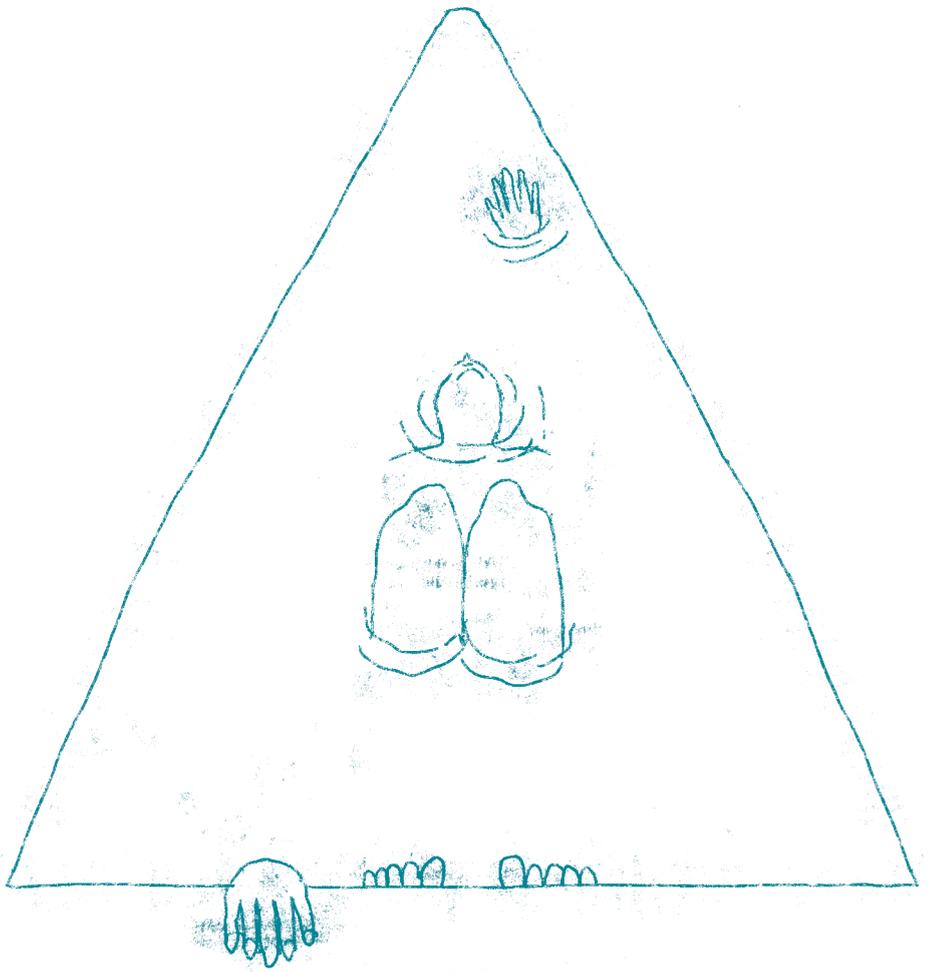
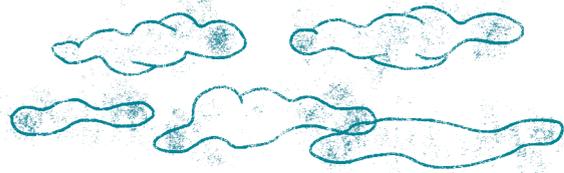
La boca me supo a sal durante semanas.

Regresé a la ciudad y el novio me miraba con recelo.

Terminamos nuestra relación poco después.

Desde entonces ya no tuve cara para decirle a la gente que no me gusta nadar. A los más puristas les podrá parecer que eso de pasar varias jornadas flotando en el agua salada mientras ves el arrecife no es nadar, pero para mí por supuesto que cuenta.





Esto no es un microcosmos, ni siquiera un pedazo de vida

Raúl Bravo Aduna

Soy de éstos que a la menor provocación buscan metáforas de la vida en todos lados; particularmente, en los deportes. El béisbol me permite entender la importancia de la paciencia y la concentración –encarnadas en el jardinero derecho parsimonioso que no suelta la mirada de la bola, sin importar los minutos, o las horas, de supuesta inactividad en su lado del campo– o la necesidad del fracaso constante como complemento del éxito – los bateadores profesionales más precisos fallan 70% de sus turnos al bat, por ejemplo. El hockey sobre hielo, como jugador mismo del deporte, me ha enseñado que es necesaria una presencia absoluta en lo que se hace. De casi cualquier deporte que se juega en conjunto podemos aprender la necesidad de tener una defensa sólida, para poder hacerle frente a todo lo que se nos venga encima cuando las cosas no están bajo nuestro control.

Fácilmente se pueden hilvanar metáforas similares sobre la natación: encontrar *nuestros* ritmos, entre brazadas y respiraciones, para recorrer nuestras vidas adecuadamente; aprender a mantener a raya la desesperación que puede causar un punto final que se ve a lo lejos, incluso bajo el agua; la necesidad, de nuevo, de la concentración absoluta en cualquier actividad nuestra; aceptar que la preparación y la práctica son necesarias para mejorar –por tanto, el talento nunca es suficiente; a cualquier actividad, por demandante que sea, se le puede regresar a cierta inocencia llena de gozo –chapotear tranquilamente en una alberca sin carriles; cuerpo y

mente jamás podrán dissociarse tan tajantemente como a muchísimos les gustaría creer. Etcétera.

Pero el béisbol, el hockey, la natación no son metáforas de la vida. La poeta octogenaria Gail Mazur lo entiende mejor que yo. En uno de los poemas más entrañables que se han escrito sobre el rey de los deportes (quizá sólo comparable con los de William Carlos Williams), Mazur decreta: “*this is not a microcosm, / not even a slice of life*”. Porque lo que tenemos en el juego, en el campo mismo, es puro artificio,

*the ball park is an artifact,
manicured, safe, “scene in an Easter egg”,
and the order of the ball game,
the firm structure with the mystery
of accidents always contained,
not the wild field we wander in,
where I’m trying to recite the rules,
to repeat the statistics of the game,
and the wind keeps carrying my words away.*

Pienso en este poema cuando pienso en nadar, pero al mismo tiempo cuando pienso en cualquier actividad que no tenga que ver con mi productividad cotidiana.

Nadar para mí siempre ha sido una suerte de actividad complementaria. E intuía que, por ello mismo, le tengo demasiado cariño.

De niño jugaba hockey a niveles de alto rendimiento. Los entrenamientos en hielo se complementaban con entrenamientos en piso y gimnasio. En momentos de gran demanda, incluso de jovencito, la escuela pasaba a segundo plano. Mis actividades sociales se reducían a patinar con mis amigos los viernes por la tarde. Y mis descansos en realidad eran buenos pretextos para volver a ver las películas de los Mighty Ducks o ver si algún canal de casualidad pasaba algún partido de la liga norteamericana. En suma, desayunaba, comía y cenaba hockey.

Pero entre esos torbellinos de un deporte que hasta la fecha adoro, la natación me regalaba descanso, físico, mental y, aunque suene exagerado, espiritual. Dos veces por semana comía con mamá en la camioneta saliendo de la escuela (sándwiches o hamburguesas casi siempre) para ir a una alberquita escondida en el Pedregal. Ahí, mi cuerpo se podía relajar, podía nadar tranquilamente sin las presiones de entrenar para competir. Lo único que hacía era permitir a mi cuerpo recuperarse, al mismo tiempo que yo aprendía a concentrarme, curiosamente, olvidándome de todo lo que ocurría fuera de los canales.

Pienso, nuevamente, en el poema de Mazur mientras pienso en una alberca. Resuenan los mismos versos al hacerlo: *“this is not a microcosm, / not even a slice of life”*.

Poco a poco fui dejando la natación, aunque, ahora que lo pienso, no estoy muy seguro de saber por qué. Quizá mis padres vieron desinterés. Quizá pensaron que el cometido había sido cumplido: Raulín ya sabía nadar, ¿para qué seguir aprendiendo? Y así fue que pasé varios años sin meterme a una alberca con goggles y gorrita, hasta que, ya de adulto, me vi en la necesidad de hacerlo nuevamente.

Después de años sin jugar hockey de manera competitiva, llevaba algunos meses entrenando en serio nuevamente. Para mejorar mi condición, empecé a correr también por las mañanas. Empecé corriendo cinco kilómetros diarios, que se transformaron en ocho y diez poco a poco. Encontrarle cariño a esa nueva actividad en mi vida me llevó, de pronto, a tomar una de las decisiones más estúpidas que he tomado hasta la fecha: intentar correr un maratón. Los diez kilómetros diarios se convirtieron en quince, mis alimentos transmutaron en un conteo obsesivo de calorías, porcentajes de grasas, carbohidratos y proteínas, mi clóset en un aparador de tienda deportiva y mis ratos libres en lecturas insufribles sobre la materia (incluyendo, por supuesto, un libro muy famosito de Haruki Murakami en el que Haruki

Murakami cuenta qué padre es ser Haruki Murakami cuando Haruki Murakami corre).

Huelga decir que después de dos semanas de entrenamiento, mi cuerpo estaba agotado, física, mental, espiritualmente.

Fue entonces que recordé mis años de nadador. Recordé la ligereza de ir a nadar por el gusto de nadar, la ligereza de los músculos que, contra el agua, descansan al mismo tiempo que se fortalecen, la ligereza de la mente que puede desafanarse por una hora de todo lo que tiene encima. Corrí a inscribirme a una alberca.

Pienso en esos días y el poema de Mazur regresa a mí, mientras en la memoria regreso a una alberca pública muy cerca de mi casa: *“this is not a microcosm,/ not even a slice of life”*.

La anécdota termina mal y rápido, como todo en la vida (más si queremos jugar al juego de encontrar metáforas de ella en todos lados): ya inscrito para correr el maratón de la Ciudad de México de 2013, después de meses de entrenamiento en los que usé la natación como días de descanso de correr y jugar, pero también para descansar de mí mismo, me lastimé, precisamente, nadando. Nadando de sapito –como más disfruto hacerlo–, hacia el final de una sesión, mi pantorrilla se desgarró. No corrí, obviamente, el maratón. Ni qué espulgarle a la que es pelona, supongo que el agua quiso decirme en ese momento.

Pero la alberca no es metáfora de nada. Y esto no es un microcosmos, ni siquiera un pedacito de vida.





Inventar el agua salada

Idalia Sautto

La playa es un invento. El mar era un foco de infecciones hasta el siglo XVIII. Nadie quería ir a descansar ahí. Un tiradero de basura, un lugar en donde la espuma te podía tragar, en donde los trozos de madera podrida descansaban desde hacía siglos y las ballenas encallaban para morir.

Cuando veo cómo el agua salada cubre con arena mis pies reconozco que en esa arena están contenidas casi todas las nomenclaturas del mundo, sus significados y sus historias que eliminan los romanticismos en los que he querido creer.

No recuerdo no saber nadar.

Todas las vacaciones de mi infancia transcurrieron en Acapulco. En aquel tiempo el sol me quemó los párpados, los brazos y las plantas de los pies. Cuando me quitaba el traje de baño no podía resbalarlo por el resto del cuerpo porque cada centímetro de la epidermis me ardía. Aun sabiendo que al final sufriría la insolación, pasaba el día entero en la alberca del Revolcadero. Mi mamá preparaba atún con mayonesa en una silla de plástico blanca. Y en aquella época todo parecía estar permitido. Podía comer papitas a la orilla de la alberca. Aunque a veces terminaran flotando a mi lado. El olor del cloro, mis dedos arrugados con sal de Sabritas, el sol creando reflejos de mercurio en el agua y mi papá nadando a un lado mío, acompañándome a las escaleras del trampolín, dándome valor para saltar.

Mi mamá nunca aprendió a nadar. Estaba siempre en lo bajo de la alberca. No tengo un solo recuerdo de ella entrando al mar. Ni sumergiendo el cuerpo o el cabello entero en agua. En cambio, mi papá sabía nadar en el mar abierto; predecir las olas, respetar la marea alta, sabía saltar al vacío sin vacilar.



En mi mente ya sabía nadar.

A los 6 años no ahogarme en una alberca en la que mis pies no alcanzaran el fondo era considerado nadar. La primera vez que tuve una clase de natación me encerré en el baño para no ir. No tenía argumentos para contradecir las decisiones que se tomaran sobre mis actividades. En casa todo estaba sujeto a votación, y yo siempre perdía. Ese día me habían dado el traje de baño para que me cambiara antes de llegar a la Acuática. No sé qué podía generarme tanta angustia, pero no quería ir, era como si supiera que algo terrible me pasaría.

Estuve encerrada en el baño de mi abuela viendo el traje de baño sin ponérmelo.

Me quedé un largo rato sentada en la taza. Hasta que mi mamá fue a tocar a la puerta. Salí con la bata y el traje puestos. A esa clase sólo asistí una vez; la alberca quedaba muy lejos de nuestra casa y mi mamá quería que nadara más de una vez a la semana. Las clases de natación no eran lo que yo tenía asociado con la diversión. Sentía angustia. La segunda clase de natación fue en una sucursal de la Nelson Vargas muy cerca de la casa. No fue tan difícil de sobrevivir. Hice un esfuerzo por superar el miedo y lo logré.



Erizos, corchos, ajolotes, ranas, charales, truchas, mantarrayas, barracudas, peces espada, peces vela y tiburones. A mí me

asignaron el nivel de los ajolotes cuando pasé la prueba de colocación. Me tomó sólo 8 meses llegar a tiburones. En menos de un año me enseñaron a respirar cada tres brazadas y a nadar con cronómetro en mano. La primera medalla que tuve en pre-equipos fue en pecho. Uno de los estilos más lentos para llegar a la otra orilla, pero en donde la patada de rana y la respiración son claves para poder avanzar. Tenía 10 años cuando pasé a entrenar al equipo. Recuerdo disfrutar el recorrido y no tener prisa por llegar a la orilla, y eso en términos de competencia era perder segundos en llegar a la meta. Me retiré a los 12 años. Mi vida como nadadora profesional fue muy precaria, me estresaba pensar en las competencias y no ganar. Era la más lenta del carril. Pasé de ser el mejor tiburón a un erizo al final de la fila. Aunque no quisiera, generé tolerancia al fracaso porque fueron los años que más veces perdí una carrera recorriendo la misma distancia que los ganadores, con minutos de diferencia; el camino que hacíamos era el mismo.

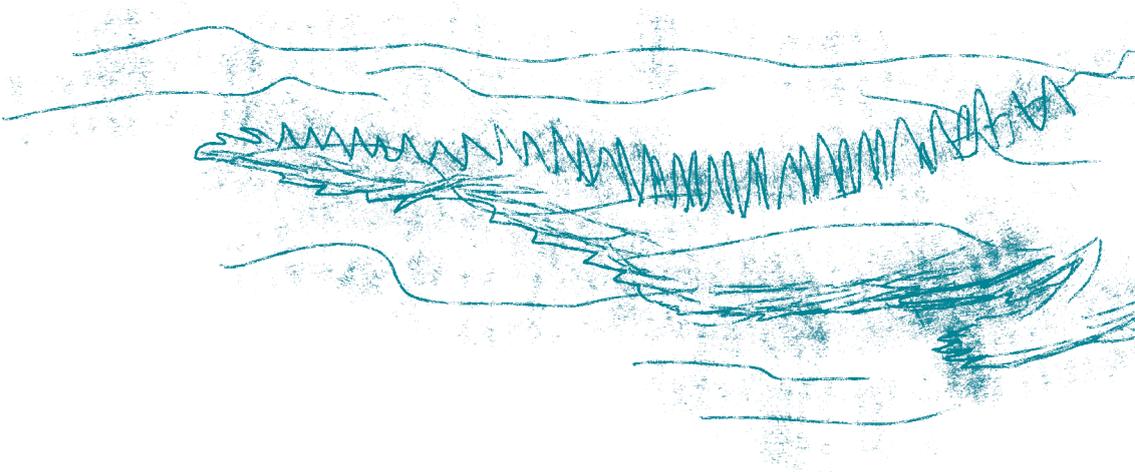
Descubrí las albercas de agua salada en un club de Las Águilas, un día que fuimos a competir en un torneo interno entre Acuáticas. Ahí se me develó otro universo que hasta entonces no sabía que existía: el club. En mi Montessori no había marcas de ropa y en los vestidores las niñas hablaban de las prendas que vestían. Por primera vez escuché que una sudadera Gap no existía en México, sólo en Estados Unidos. Esa alberca que imitaba el agua del mar me recordaba que no todas las niñas éramos iguales en la Ciudad de México. Agua salada o dulce, pez espada o vela, al entrar al carril éramos la misma clase de niña, el silencio del nado nos acompañaba en la rutina completa, y al salir, ninguna era mi amiga. Con esas niñas no sólo compartía la alberca, también compartíamos la desnudez en las regaderas comunitarias, y ni siquiera eso tejía una intimidad entre nosotras. Sí éramos de naturalezas diferentes. Cuando mi mamá pasaba tarde por mí, recuerdo ponerme triste, quizá se hacía grotesca esa soledad en la que vivía al salir de la alberca.

No recuerdo entrar de golpe al mar. Tampoco a las albercas. Necesito hacer un pequeño ritual con los pies para entablar esa relación de temperatura entre mi cuerpo y el agua. El choque entre el frío que sentiré al sumergirme por completo es quizá la misma que intento mediar cuando entro a una relación personal, no importa si es de amistad o amorosa, hay algo de la temperatura que necesito comprobar, medir, adaptar a mi ser.

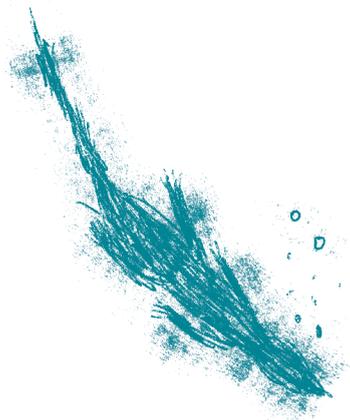
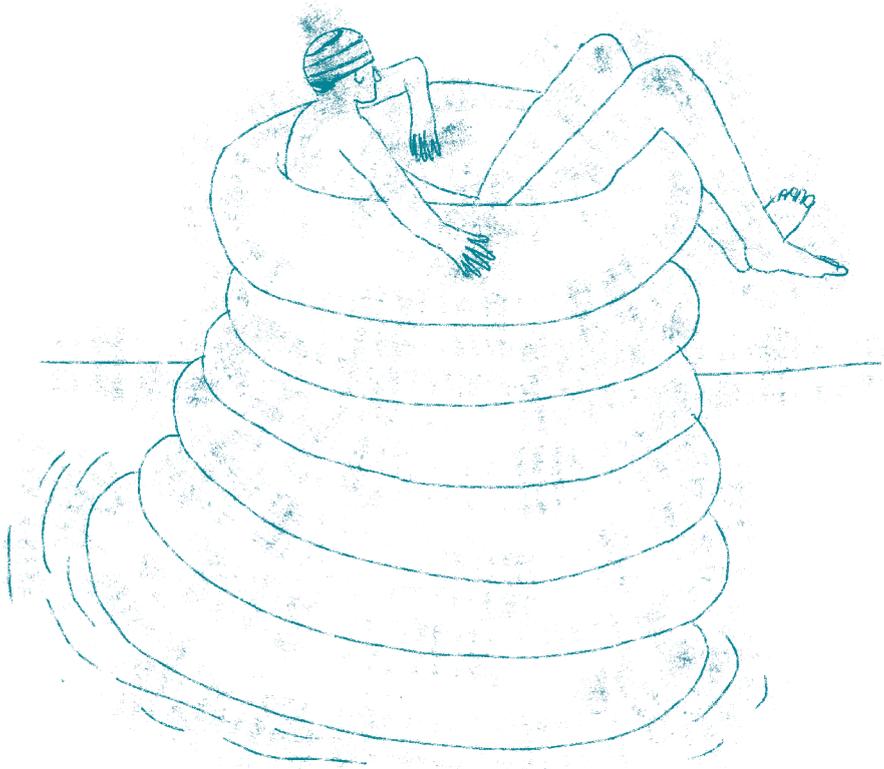
Nadar es aprender a sobrevivir en un estado de la materia que nos puede matar. En el agua se tienen todas las posibilidades. Ahí se inventa el verdadero momento presente que nunca es tan presente como cuando nos hacemos cargo de nuestra respiración. En algunas relaciones es igual. Si olvidas respirar el presente terminas ahogando el futuro. Las personas pueden amarse pero no por ello nadar o nadarse en la misma marea.

Entrar al mar, salir de él.

Luchar o dejarse llevar.







Los cobardes nunca mueren

Santiago Solís

No sé nadar. Más bien, no sé flotar. Es decir, si me arrojaran en una pileta con una profundidad mayor a los dos metros, seguro muero. Soy un peso muerto.

Cuando veo películas donde ocurren inundaciones, como en *Luz del día* (donde Sylvester Stallone es un ex conductor de ambulancias que lidera los esfuerzos para salvar a unas personas atrapadas en un túnel bajo el río Hudson), pienso: seguro muero. Hay una escena decisiva en la película: un grupo debe sumergirse, pasar por un túnel, volver a salir, flotar y volverse a sumergir para poder salvarse. Si estuviera en la película seguro mato a Stallone. Jamás me lo perdonaría.

Escribo esta historia mientras me como unas gorditas de carne deshebrada y otras de chicharrón prensado. El sol de la mañana quema ligeramente el concreto. Estoy sentado al lado de la ventana del local, viendo a la nada. Aparecen en la nada unas manchas doradas, como levitando rítmicamente. Enfoco y son las playeras amarillas de los corredores de una carrera matinal que pasa por la acera de enfrente. Los corredores hacen su mayor esfuerzo, mientras a mí se me escurre la salsa roja por la comisura de los labios y la grasa por las manos, al apretar la parte cerrada de la gordita. Estoy en el centro histórico de Chihuahua, una mañana de sábado. Estoy en un desierto. Probabilidades de inundación: cero. Estoy a salvo del agua. Llevo cinco gorditas, un par más y se me subirán los triglicéridos: seguro muero.

Regreso a escribir mi historia. Mi primer recuerdo de nadar es en una alberca pública en Durango. Durango también es un desierto. En aquel verano de 1990, tengo siete años, mi madre (que tampoco sabe nadar) nos lleva a mi hermano Poli y a mí al Parque Guadiana, a la alberca del IMSS. No sé por qué lo hace, tal vez para matar el tiempo vacacional, tal vez porque quiere que sepamos algo nuevo o porque ve cómo Poli y yo disfrutamos de sentarnos frente a la televisión los sábados desde que despunta la mañana.

Poli y yo vemos, entre otras cosas, una serie llamada *El hombre de la Atlántida*, protagonizada por Patrick Duffy (quien después sería recordado por su papel como Bobby Ewing en la popular serie *Dallas*), compartiendo crédito con Belinda J. Montgomery y Alan Fudge, en el reparto principal. Recuerdo muy vívidamente una escena donde Patrick se sienta en el fondo de una piscina a leer una revista de ciencias. Patrick tiene todo un departamento amueblado sumergido en el agua. El mundo normal para un atlante como Patrick es un desierto. Desde afuera lo mira Belinda, acaso con cierto celo de sentirlo lejano, difuso, o con cierta curiosidad, como quien quiere acariciar un pez. Más afuera del cuadro televisado, seguro está Alan, mirando con los ojos enrojecidos cómo Belinda ve a Patrick, sin él mismo ver a Patrick ver la revista. Mi recuerdo es a color, pero lo cierto es que nuestro televisor Hitachi es blanco y negro.

La serie fracasó, sólo tuvo trece episodios.

Una mañana de sábado de ese verano no vemos la serie. Mi madre nos sube al auto. Llegamos al parque, que siempre ha oído a agua estancada y pino. Nos toma de la mano, nos mete a un baño y, de una maleta, saca ropa. Mi hermano y yo en shorts, chanclas y toalla al hombro vemos cómo mi madre habla con el instructor de la alberca. Don Bigotes tiene unos sesenta años, está calvo, tiene un mostacho tupido, pelo en pecho encanecido, una cadena dorada le cuelga del cuello, barrigón, de brazos anchos y en la muñeca derecha un reloj y una esclava, ambos plateados.

Don Bigotes nos regala una mirada despectiva y de un clavado con algo de gracia entra al agua. Desde ahí, de un grito nos ordena entrar en la alberca. Mi madre nos quita las toallas y dice que regresa en una hora.

Veo mi reflejo en el agua, se mueve como un recuerdo borroso, soy yo pero también soy un fantasma. Nos vuelve a gritar el instructor. Damos un salto de fe. Está fría, helada, siento que me abraza y me atrapa una cobija de metal. Tengo los ojos cerrados. Todo es tan álgido y confuso. Abro los ojos en el agua y todo es tan azul y tan violento. Los pulmones se vacían de aire por la sorpresa, intento que mis pies toquen el suelo, no lo logro, soy muy pequeño, manoteo, necesito aire y caigo al burbujeante fondo.

Recuerdo la película *La laguna azul* (rodada en las aguas de la isla de Nacula, en Fiji), donde Brooke Shields se sumerge con desnudez y elegancia en un banco de coral y peces amistosos. Yo, al contrario, desciendo en un agua clorada de una alberca del antiguo reino de Vizcaya, con menos porte, en shorts y con los calzones puestos: seguro muero. La luz del sol atraviesa el líquido y se dispersa, choca con los pequeños mosaicos verdes y azules. Me despido de Patrick y de Brooke entre las burbujas que se escapan de mi boca.

Una mano me saca la cabeza del agua. Es don Bigotes, que me empuja a la orilla. Más que por piedad, lo hace para no quedar mal frente a su grupo. Un macho alfa. Toso fuerte porque tragué agua por la boca y la nariz; me quema el tabique. Trato de llenar de nuevo mis pulmones y no puedo, jalo aire como si hubiera hecho un *sprint* en una carrera de velocidad. Tengo miedo, es normal. Mi hermano no la pasa mejor. Con los ojos rojizos y ardiendo por el cloro, nos mantenemos a flote agarrados de la orilla. El oleaje hace que nos entre agua en la boca y la escupimos. Seguimos teniendo frío porque no nos movemos. Don Bigotes no nos mira. Ahí estamos Poli y yo, dos gatitos remojados. Nos recuperamos un poco.

Entonces nos vuelve a ver don Bigotes, da instrucciones a los otros chicos más avanzados y nos grita instrucciones nuevas. Nos dice que hagamos bucititos: que nos tapemos la nariz y nos sumerjamos unos segundos y volvamos a salir. Que soltemos el agua poco a poco por la boca en un hilito continuo. Lo intentamos. Vuelvo a descender no sin aferrarme a la pared lamosa. Cierro los ojos en esa transición entre aire y líquido. Los abro debajo y miro las piernas de las demás chicos, se mueven en cámara lenta, hacen burbujas y se desplazan, algunos flotan como nubes. Al frente, las piernas peludas de don Bigotes bailan dando pequeños brincos. Poli y yo lo probamos varias veces, vamos recuperando la calma.

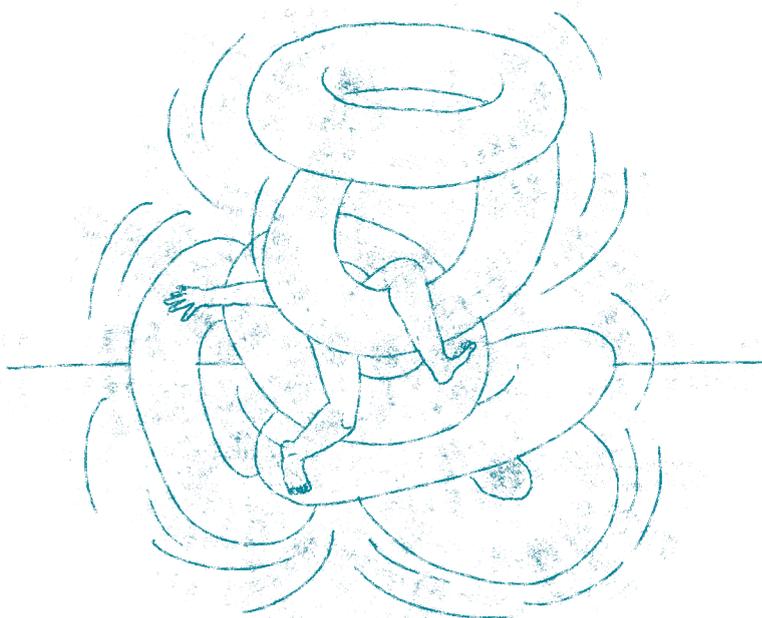
Siguiente ejercicio: hacer barriles. Tomamos aire y acercamos nuestras rodillas al pecho para agarrarnos las piernas con los brazos. Debo soltar la orilla: seguro muero. Lo intento y vuelvo a manotear por la sensación de caída. El instructor se lleva la mano a la cabeza, nos pierde de vista de nuevo. Que ya se acabe la hora, pienso. Después de un rato, nos vuelve a ver. Nos grita que nademos hacia él. Le decimos que no sabemos, que es la primera vez que entramos a una alberca. Nos humilla pidiéndole a otro chico más adelantado que lo haga. Fácil, dice. Me pregunto qué haría Patrick en mi lugar, seguro se sumerge y le da un golpe en los huevos al instructor por irresponsable; pero no soy un atlante y, si lo intento, seguro muero.

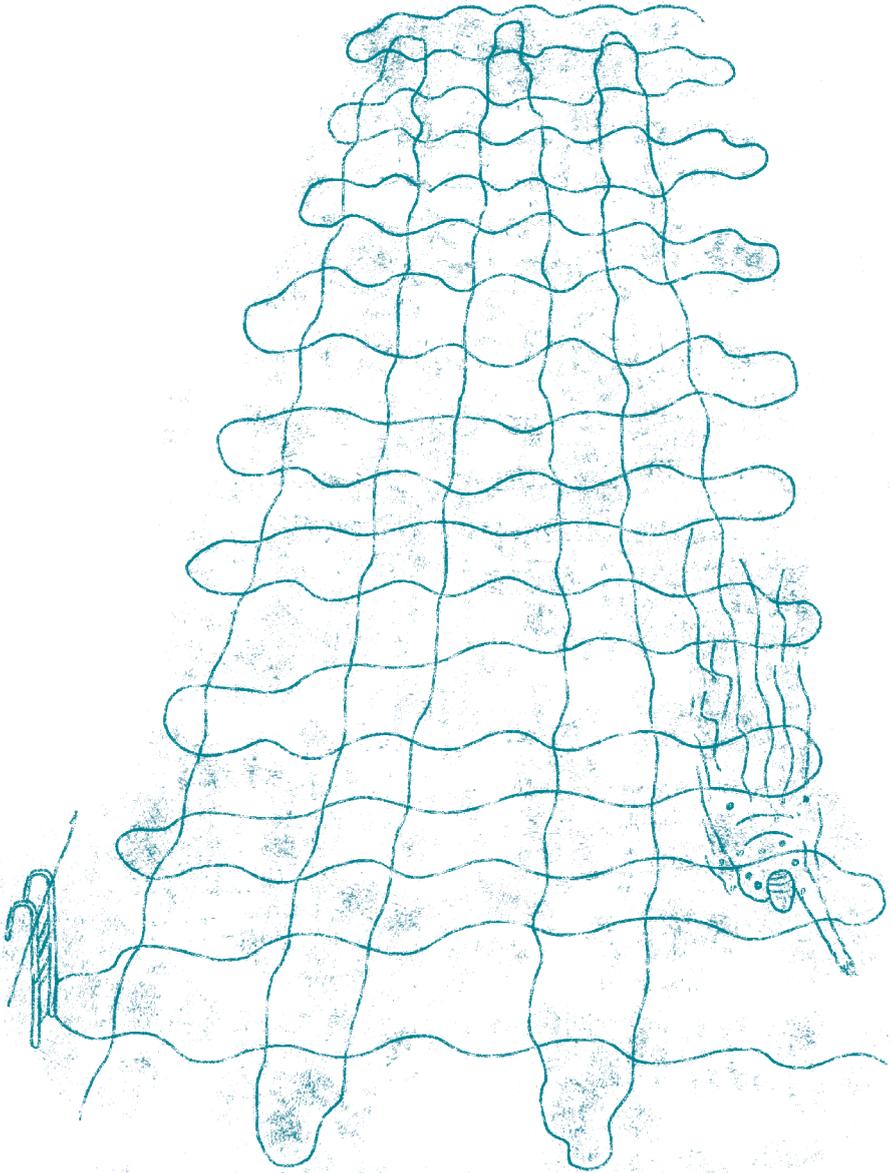
Don Bigotes nos olvida el resto de la clase. Poli y yo hacemos más bucititos. Con los dedos sigo la cuadrícula del yeso en el mosaico, como Brooke acariciando las imperfecciones del coral. Termina la hora.

De esa primera lección me quedo con el susto, el frío, el olor a cloro y los oídos tapados. Como iniciación, un fracaso. Me pesan mis calzones mojados. Mi madre nos toma de la mano. De camino al auto, Poli y yo le pedimos no regresar el próximo sábado. Si vuelvo: seguro muero. No se habla más del tema.

Años después aprendo algo de nado, incluso un poco de apnea. Pero no sé flotar.

Paro de escribir y retomo mi gordita de deshebrada. Bebo de mi soda. Un abuelo, su hijo y su nieto le gritan a un competidor. El niño da un gran trago a su refresco y se ahoga brevemente. Lo miro y no hago nada, no soy un honorable rescatista como Sylvester Stallone. El niño trata de jalar aire y tose un poco de líquido carbonatado, el abuelo se da cuenta y con calma le da una palmada en la espalda. El chico escupe y se limpia la boca y los mocos con el cuello de la playera. Vuelvo a mirar a los corredores, muchos van como en cámara lenta, tan despacio que parece que estuvieran en el agua. Otros más veloces ondulan en el aire como un celaje amarillo. Quisiera correr y no puedo: seguro muero. Pero ésa es otra historia.





Al agua, rabia

Alejandra Quiroz Hernández

A veces tienes ganas de morirte pero puede ser que estés confundida. El enojo es capaz de dominarte al grado de nublar la razón. Si eso sucede, lo mejor es encontrar una actividad que aproveche ese impulso de rabia, que disimuladamente conserve la voluntad de vivir.

Para evitarlo, decides inscribirte a una alberca. Nadar ocurre en un buen ambiente para ahogar las pasiones por un rato. Las voces de la cabeza te obligan a guardar la respiración cada tres brazadas, así que no están molestando tanto como acostumbran. Puedes tener una hora de tranquilidad y mantenerte a salvo. Eso, claro, si no te sabotean y finalmente logran hacer que el cerebro ordene el cese de la respiración. Es uno de tus más grandes miedos, a veces estás tan cansada que ni siquiera consigues respirar. En parte se debe a que naciste con apnea. Más tarde tuviste apnea del sueño.

Tu respiración es superficial y eso complica un poco la natación. Si agregas el enojo y la confusión, la receta quizá sea una bomba de tiempo. De lo contrario, nadar es la actividad ideal. A ver qué pasa. No lo sabes.

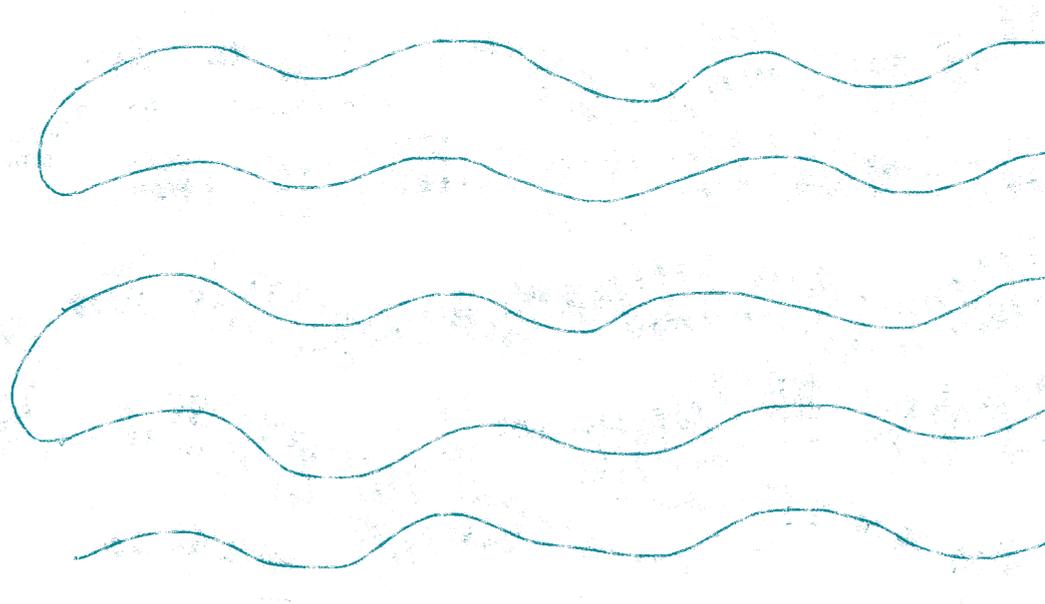
Lo que sí sabes es que el enojo es una potente motivación para poner en marcha proyectos personales. Es una fuerza implacable que te hace nadar tres veces por semana. Estar tan furiosa como para incluso correr diez kilómetros antes de nadar. Llegar sudada a los vestidores, darte un regaderazo y luego de

un breve calentamiento, introducirte a la alberca. Encontrar en esa inmersión una suerte de alivio. Sentir tus músculos relajarse luego de la tensión que implica la carrera.

Durante un semestre, nadas con el objetivo de desaparecer. No lo logras pero sí te va abandonando al fin el enojo. Te pones en forma y las endorfinas atacan el mal humor. Nadas emocionada porque te gusta el maestro, quien tiene cara de arrepentimiento pero cuerpo de tentación. Tus días preferidos son cuando él nada contigo en el carril. Al poco tiempo comienza a ser la gran motivación que te lleva a la alberca. Luego desaparece y tiempo después dejas de ir a clase.

Aunque sabes, por enseñanza de Heráclito, que es imposible nadar dos veces en la misma alberca, lo intentas. Obviamente no lo logras. Es imposible llegar a las mismas aguas, volver a ser la misma cada vez que regresas a nadar.

Pasa el tiempo y retomas la natación. Eliges esta vez ir temprano los fines de semana y ése es el primer problema. Para poder nadar debes dejar de salir de fiesta. Pero prefieres seguir yendo

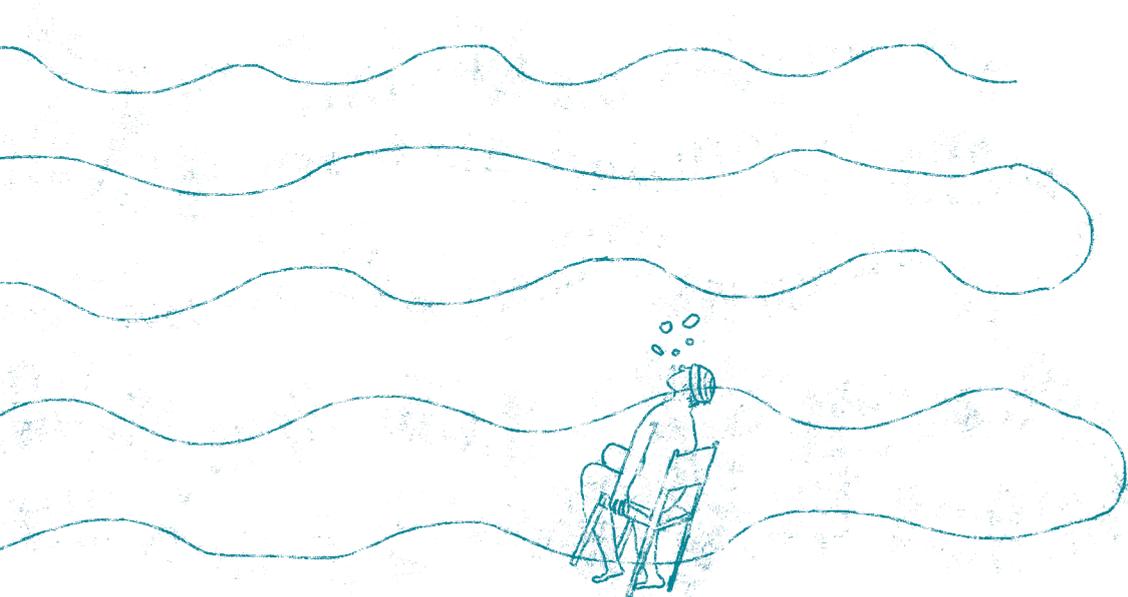


a bailar. Te cae mejor al ánimo. Entonces no consigues despertar nunca a tiempo y el viaje en metro se te antoja poco. Terminas llegando casi siempre tarde y ya no te dejan entrar a los vestidores.

Pasan dos meses cuando dejas de nadar por completo. Lo único que quieres ya es nadar a tu antojo. Pero eso no se puede hacer ahí: el servicio de la alberca pública tiene un carácter excesivamente instructivo, así que es necesario avanzar en los niveles. Eso implica más gastos: aletas, *paddles*, gorra. Durante algún tiempo tu mamá te reprocha haber desertado. Fue ella quien te consiguió la ficha para inscribirte.

Ya no querías ir. En la alberca te ponían ejercicios demasiado intensos y ya no tenías motivación ni rabia para descargar te de nada. Eso se lo debes al baile. A correr. O a ti.

Aunque ya no vas de fiesta, tampoco tienes ganas de nadar. Temes que esta vez sí prefieras dejarte sumergir en las profundidades. No quieres volver a encontrarte con lo que ahogaste. Pero recuerdas y sabes que puede tratarse sólo de una confusión.





La alberca de la serenidad

César Tejeda

En la Navidad de 2017 mi madre me dio dos obsequios contradictorios: una botella de Ron Zacapa y la tercera edición del libro *Alcohólicos Anónimos*. Me pregunto qué habría pensado alguien que desconociera nuestro contexto. Por ejemplo, un comensal que hubiera asistido a nuestra cena de Navidad sin conocernos cabalmente.

Si es cierto que el impulso creativo se origina, en parte, en una necesidad intelectual de justificar lo que observamos, que nos ayuda a convivir con nuestro entorno, entonces el hipotético comensal observaría a mi madre levantarse de un sillón y caminar al árbol de Navidad, tomar una bolsa azul y luego entregármela con orgullo. En la escena, yo abriría la bolsa, sacaría la botella primero y el libro *Alcohólicos Anónimos*, después. El comensal trataría de encontrar en mi gesto alguna especie de confusión; en el de mi madre, algo de ironía. En cambio, yo la abrazaría a ella comúnmente agradecido y el comensal no entendería nada, desde luego, pero –y esto es lo más importante– trataría de entender.



La ensayista Olivia Leing descubrió, por lo menos para mí, la coincidencia de que muchos alcohólicos comparten “un amor profundo y enriquecedor por el agua”. John Cheever y Tennessee Williams, por el nado; Hemingway y Fitzgerald, por el mar.

“En el caso de Raymond Carver, su relación con el agua –particularmente con los gélidos riachuelos llenos de truchas y con agua color verde botella que descienden por las montañas sobre Port Angeles– acabaría reemplazando de un modo muy profundo su tóxica necesidad de alcohol”, escribió Leing en su hermoso libro *El viaje a Echo Spring*.



En 2017 comencé a escribir un ensayo que debía tratarse –espero que algún día se trate– sobre el alcoholismo y Alcohólicos Anónimos, esa organización que según Kurt Vonnegut es la más grande invención de Estados Unidos después del jazz, algo con lo que estoy de acuerdo. El ensayo debía comparar la compulsión dipsómana y el impulso autobiográfico. En el transcurso de ese año, le había pedido a mi madre que orientara mis lecturas en la materia a través de ese *corpus* de libros que pertenecen a la “literatura oficial de AA”, es decir, la que ha sido autorizada por la Conferencia de Servicios Generales y que muestra los principios de recuperación, unidad y servicio que ayudan a los alcohólicos a mantenerse sobrios. De acuerdo con el catálogo de la Central Mexicana hay 129 libros y 269 folletos en español. El más importante, en cualquier lengua, se titula *Alcohólicos Anónimos*, aunque es conocido cariñosamente como *Libro Grande*. Fue publicado por primera vez en 1939 y al día de hoy se han distribuido más de veinte millones de copias. El *Libro Grande* consta del mensaje de AA, que es el mismo desde la primera edición y, dependiendo del país donde se publique, de un conjunto de testimonios –historias personales narradas en primera persona– que muestran distintas experiencias de recuperación. La tercera edición mexicana, publicada en 2008 –ésa que fue un regalo de mi madre–, consta de 576 páginas.



Se dice que “El nadador” de John Cheever es uno de los mejores relatos sobre el alcoholismo; en todo caso, resulta de una belleza tan concisa como dolorosa. Una mañana de domingo, Neddy Merrill, que se encuentra nadando en casa de unos amigos, se propone regresar a la suya a través de todas las albercas del vecindario. Traza un mapa mental de la ruta que debe seguir, entrando y saliendo del agua, hasta llegar a su casa: “Era un día hermoso y se le ocurrió que nadar largo rato podía ensanchar y exaltar su belleza”. Se lanza a la primera piscina de su recorrido mientras siente desprecio por los hombres que no suelen nadar. Nada en casas de sus vecinos, a veces hace una pausa para beber con ellos, pero, conforme avanza, comienza a percibir lástima y hostilidad de las personas con las que se encuentra, escucha comentarios sobre su situación que le parecen ajenos, su memoria se vuelve confusa, no puede comprender por qué algunas casas se encuentran abandonadas. Obstinado, sigue adelante, aunque su cuerpo se debilita y debe avanzar sujetándose a las orillas mientras se hace consciente de que el viaje mismo puede terminar con su vida: “¿En qué momento esa travesura, esa broma, esa suerte de pirueta había cobrado gravedad?”.

John Cheever, que muy a su pesar terminó en los grupos de Alcohólicos Anónimos, consideraba que la narrativa tenía una fuerza curativa incalculable y escribió que se contaba historias a sí mismo cada vez que se veía en peligro. Cheever, también, llegó a preguntarse si el impulso de contarse historias estaba relacionado con su deseo de beber: a medida que aumenta la imaginación del escritor, “también lo hace su capacidad para sentir ansiedad e inevitablemente se convierte en víctima de fobias demoledoras que sólo pueden aliviarse con dosis devastadoras de heroína o alcohol”.



Cuando era niño, mi madre tenía el firme propósito de que mi hermana y yo aprendiéramos a nadar antes de cualquier otra cosa. Con ese fin, nos inscribió a clases de nado incluso antes que a preescolar. Ya no recuerdo una sola de las clases; recuerdo, en cambio, la importancia que tenía para ella que aprendiéramos a hacerlo, el gran ventanal a través del cual podía verse la alberca, la inquietud que me provocaba que algunos niños más grandes que yo utilizaran flotadores, como si sus padres no se hubieran preocupado por ellos a buen tiempo. Después, mi madre nos inscribió en un deportivo donde pasamos, casi sin excepción, todos los fines de semana de nuestra niñez. En esa misma alberca semiolímpica ella había aprendido a nadar en los años cincuenta. En aquel entonces sus padres, mis abuelos –los dos alcohólicos– iban al bar del deportivo mientras que mi madre y sus hermanas nadaban. Mi abuelo, de hecho, iba a fallecer de un infarto horas después de haber salido de ese mismo bar, cuando mi madre ya era una adulta, a finales de los años ochenta. Me causa trabajo comprender por qué ella no desarrolló alguna especie de aversión hacia el deportivo. En cambio, nos inscribió en él y –acaso diferenciándose de lo que habían hecho sus padres– todos los fines de semana de nuestra niñez nos acompañó en la alberca, nadando un par de kilómetros de manera incansable, en días a veces lluviosos y otras soleados que le servían de marco para exaltar la belleza de su perseverancia; para exaltar, brazada a brazada, el oscilante enigma de su dignidad.



Muchos de los personajes de Raymond Carver son alcohólicos que miran lo que les ocurre, ajenos a su enfermedad. En el cuento “Tanta agua tan cerca de casa”, un grupo de amigos –gente

honrada— decide ir a pescar a un río lejos de casa. Estacionan el coche, cargan con sus sacos de dormir y sus provisiones y, justo cuando llegan al punto donde piensan acampar, observan el cuerpo de una joven desnuda enganchado en unas ramas que sobresalen del agua. Comprueban que la joven está muerta y deciden seguir adelante con sus planes: comen, beben whisky, pescan y duermen a lo largo de dos días y, después de levantar las tiendas de campaña, buscan un teléfono para, entonces sí, denunciar el crimen; están tranquilos, no tienen nada que ocultar. Los oficiales que acuden a la escena consideran que las circunstancias en conjunto resultan extrañas y los interrogan. De vuelta a casa, uno de ellos le cuenta todo a su esposa, que trata de ignorar lo extraño de la situación y también que el crimen no se haya esclarecido. Ella le pide que vayan a dar una vuelta en auto y él acepta, siempre y cuando compren cerveza en el camino. Al pasar junto a un río donde hay hombres pescando, ella piensa: “Tanta agua tan cerca de casa”, y le pregunta a su esposo por qué decidió ir a pescar tan lejos con sus amigos. Él sólo le responde “No me saques de quicio”.

Una de las paradojas que acompañó a Raymond Carver hasta su muerte fue que nunca pudo admitir su propia responsabilidad frente a su alcoholismo: luego de varios años sobrio, todavía culpaba a factores externos, incapaz de mirar su propio rostro en el inmenso estanque de todo lo que bebió, como si su negación fuera el caudal que alimentaba sus historias. Una penosa herramienta de verosimilitud.



Cuando escucho la historia del alcoholismo de mi madre pienso que ella dejó de beber con la misma obstinación con la que había comenzado a hacerlo. Atravesó la enfermedad de manera más o menos rápida, como quien se avienta a la alberca de clavado sin advertir que lo hace en la parte menos profunda. Tocó fondo de

una manera dolorosa y triste, pero pudo salir a flote cuando apenas tenía 31 años. Tan grande fue su ahínco que incluso dejó de beber un mes antes de entrar en Alcohólicos Anónimos, un mes que además de todo era diciembre. Cuenta que aquella Navidad, en vez de beber alcohol se comió un turrón de Jijona entero; podría pensarse que había sustituido un hábito compulsivo por otro. Yo, en cambio –y tomando en cuenta que aquello era un turrón–, pienso que tenía el firme objetivo de secarse por dentro hasta la última gota. Ella escribió uno de los testimonios de la edición mexicana del *Libro Grande*, algo que la llena de orgullo. Piensa que se lo pidieron porque en sus tiempos había pocas mujeres jóvenes en los grupos de AA. Cuando lo leí, y aunque conocía a grandes rasgos la historia, me sentí sorprendido por ciertos detalles, como que en su juventud ella hubiera tenido que frustrar sus aspiraciones académicas –primero la literatura, luego la psicología– por culpa de su padre y de sus primeras parejas. Y, también, que precisamente en una frustración infantil relacionada con el agua comenzara su viacrucis: “De niña fui una buena nadadora, pero el temor a no llegar a ser la mejor me hizo abandonar un equipo donde empezaba a realizarme bien. Ésa ha sido una característica de personalidad que me acompañó hasta hace muy poco”.

Luego de su rehabilitación, mi madre llevó a cabo una intensa vida académica –como socióloga y psicoanalista– con el objetivo de ayudar a otros enfermos alcohólicos. Por temporadas se alejó de los grupos y de la natación, sustituyéndolos por el psicoanálisis y el yoga, pero siempre terminó regresando a ellos.



Lucia Berlin nació en Alaska en 1936 y escribió hermosos relatos autobiográficos que en su momento pasaron inadvertidos por el público lector. Las antologías que hoy recuperan sus textos surcan la vida de Berlin –dominada por el alcohol– en desorden, y

quien acude a ellas tiene la sensación de que avanza en una máquina de tiempo a volantazos, en un viaje impregnado de humor negro y melancolía. Su cuento titulado “Toda luna, todo año” es protagonizado por Eloise Gore –trasunto de la autora–: una maestra de español que viaja a la costa de Guerrero para descansar. Tiene la intención de traducir el *Chilam Balam* y se encuentra atorada en unos versos que la seducen particularmente: “Toda luna, todo año,/ todo día, todo viento/ camina, y pasa también./ También, toda sangre llega/ al lugar de su quietud/”.

Eloise, después de no encontrar la paz que busca en el hotel donde se ha hospedado, decide mudarse a una pequeña cabaña de pescadores donde le rentan un cuarto. Allí conoce a César, un buceador que le enseña a encontrar almejas y a pescar con arpones. Antes de marcharse de Guerrero, Eloise acompaña a César y a otros pescadores mar adentro para realizar una inmersión profunda. A más de cien pies de profundidad, Eloise y su maestro tienen relaciones que en el futuro ella recordará no tanto como un acto sexual y sí “como un ligero temblor de tierra, una ráfaga de viento en un día de verano”. Regresan a la lancha y reposan exhaustos sobre los cuerpos palpitantes de los peces. Comen huevos de tortuga. Uno de los pescadores que los había acompañado no vuelve a la lancha; después de esperarlo por más de un hora, y sin decir una palabra de por medio, regresan a la costa: “Sin peso la persona se pierde a sí misma como punto de referencia, pierde su lugar en el tiempo”.



Cuando pienso en todo el tiempo que mi madre ha permanecido sobria –37 años–, suelo preguntarme cuántas veces ha enfrentado las dificultades de su vida con sencillez, y cuántas otras ha caminado cual equilibrista sobre la delgada cuerda de la sobriedad. Sé que para ella ha sido útil hablar en primera persona, y hacerlo además

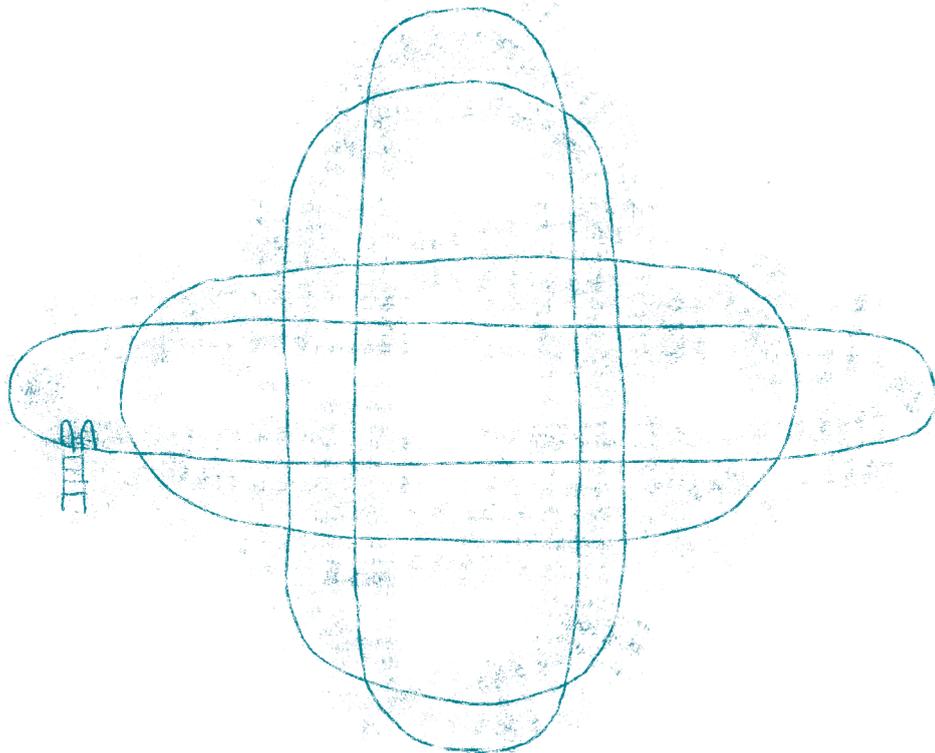
con la dignidad tan característica de los Alcohólicos Anónimos, que narran sus peores experiencias –que enumeran lo peor que han hecho– sin matices ni orgullo, exponiéndose al escrutinio de quien los escucha. Una especie de compulsión autobiográfica basada en la honestidad que, misteriosamente, resulta sanadora en dos sentidos: sana quien habla y sana quien lo oye.

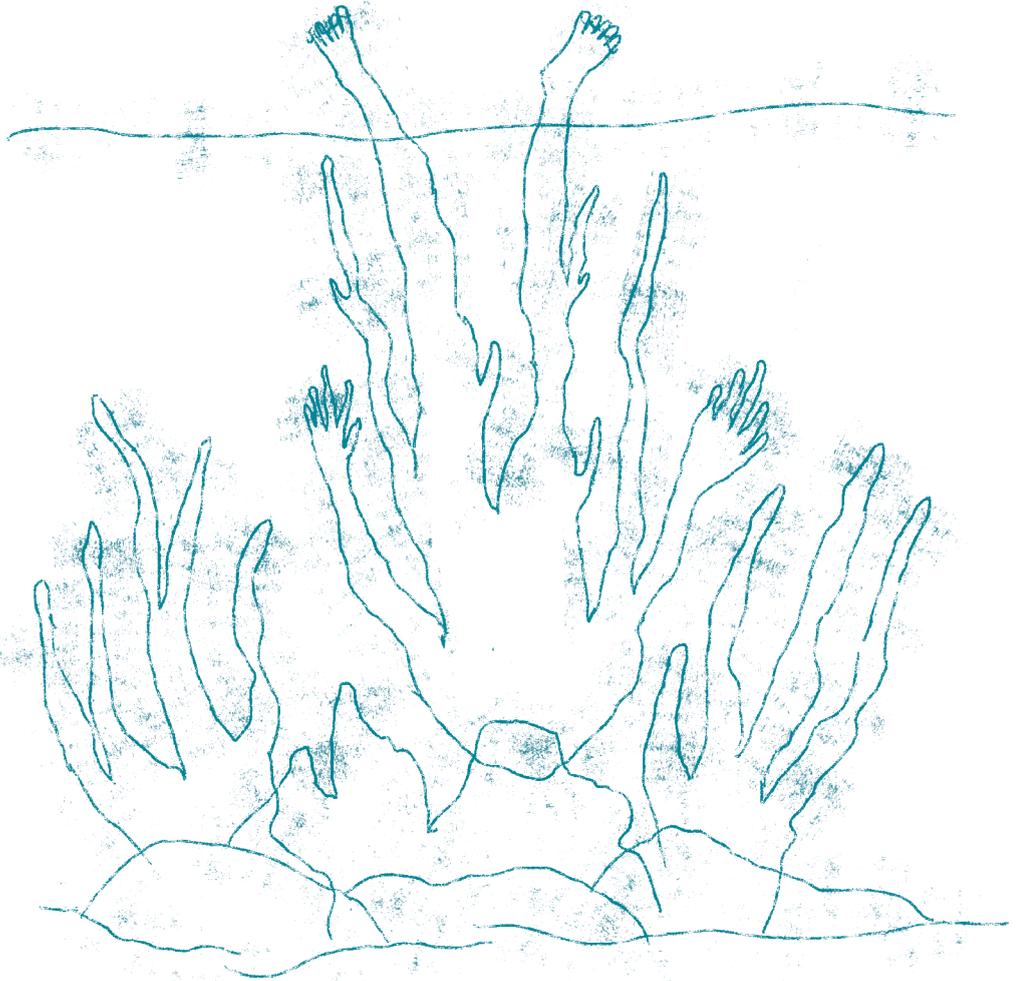
Suelo acompañar a mi madre a sus aniversarios en Alcohólicos Anónimos; para ella resultan más importantes que sus cumpleaños. En ese tipo de juntas –abiertas al público general– se dedican palabras elogiosas al festejado y al final le cantan las mañanitas. El 37 aniversario de mi madre, no obstante, debió suspenderse. Había llegado al grupo un joven nuevo y la junta adquirió entonces un tono informativo. No pude evitar ponerme en los zapatos del nuevo e imaginar que los compañeros se dirigían a mí en vez que a él. Escuchamos una decena de testimonios de personajes dispares que no tenían –en apariencia– nada en común, salvo el hecho de ser, claro, enfermos alcohólicos, una enfermedad que de acuerdo con los mismos alcohólicos resulta sumamente democrática. Escuchamos a una epidemióloga, a una vendedora de libros viejos, al portero del edificio donde vive mi madre. A un músico que le dijo al joven nuevo que se quedara, que no cometiera el error de otros que se acercan y alejan de los grupos prolongando una enfermedad que puede ser larga y destructiva, que terminan “matándose a pellizquitos”. Al final de los testimonios comimos un pastel.

Esa noche acompañé a mi madre hasta su casa. Ya no recuerdo con exactitud de qué hablábamos en el camino. Yo iba distraído mientras pensaba en el joven nuevo, en la atención – incluso agradecimiento– con la que había escuchado a los demás, en el extraño hechizo de la compulsión autobiográfica. En eso pasamos frente al deportivo donde estuve inscrito en mi niñez y vi, sorprendido, que una bandera rojinegra clausuraba la puerta principal. Mi madre me contó que los trabajadores se habían ido a

huelga por el rumor de que el predio iba a ser vendido a la industria inmobiliaria. Tuve un sentimiento nostálgico ante la posibilidad de que el club fuera derrumbado para construir en su lugar condominios horizontales. Pensé en que si la huelga se mantenía por largo tiempo, esa alberca en la que mi madre había aprendido a diferenciarse de sus propios padres iba a terminar enverdecida, con el agua estancada, inútil, quieta.

“Estoy triste” –dijo mi madre, como si hubiera escuchado mis pensamientos–. “Esa alberca es lo único que ha sido constante a lo largo de toda mi vida”.





Baba Yaga[≈]

Marina Azahua

Como la curvatura de la hoja de col, ella ha de pudrirse. Cada vez más frágil, me recibe como erosionada por el tránsito de los muchos días que nos han separado. Me abraza con menos carne y más estructura expuesta; sus huesos rotundos bajo la piel que cede. Desde hace diez años me despido de mi abuela creyendo que será la última vez que la veré. Pero mi premonición no se cumple y, como intercambio por la muerte súbita que le deseo, lo que recibo es su encogimiento. Ella se aminora. Se reblandece.

Como la hoja de col que me obligo a masticar, sometida a lo inevitable, cede.

La hoja es suave y su blandura es la primera en convertirse en agua, pero la nervadura de su esqueleto persiste por más tiempo dentro de la boca que la engulle. Mi abuela es ya eso, una hoja sin carne que lleva a cuestas su armazón más primario. La naturaleza de ésta, su última carga, la desconozco. Constituye quizá el último secreto de su vida. Jamás sabré de qué está compuesto.

Tiendo su cama. Las sábanas se van enfriando. Aliso la evidencia del tránsito de su cuerpo empequeñecido sobre la tela. Estas arrugas son el rastro cotidiano de su permanencia insistente. Como un sello de madera dejando su imprimitura en el papel, mi abuela deja su marca sobre su lecho.

[≈]Este texto fue publicado originalmente en la *Revista de la Universidad*, núm. 153, México: UNAM, noviembre de 2016.

Me gusta tocarle las manos a mi abuela, asegurarme de que siguen ahí. Amaso las arrugas de sus dedos hasta que se harta y se queja y me dice que la deje en paz. Mi madre, de pequeña, le decía a su abuela que tenía piel de pollo. Y como la de los pollos, la piel de mi abuela es fría. Más hoja de col humedecida, flácida, que carne. Siempre que la veo de nuevo, sus manos están más heladas que la última vez. La vejez es un enfriamiento pausado.

Arrugarse: resultado de que los huesos se separen paulatinamente de la piel que los aloja.

Bajo la capa delicada de la piel de mi abuela se encharca su sangre ennegrecida. Cualquier golpe se vuelve moretón. Ella se cuida las heridas, espera, paciente, a que desaparezca la mancha en la pierna, el brazo, la cara. En pocos días surgirá una nueva huella, producto de una colisión de la que no tendrá memoria. Me sorprende el cuidado con el que sigue atendiendo a su coraza blanda. Se maquilla. La miro desplegar la dureza del delineador sobre su párpado endeble y siento que el trazo del lápiz lo va a romper. Pero ella insiste. La piel se frunce y enrarece.

Aparecen nuevas marcas.

Cuando yo era niña, mi abuela apenas comenzaba a envejecer, y teníamos un juego donde mi misión consistía en contar las nuevas motas que su cuerpo inauguraba. Yo preguntaba ante cada peca, y así me convertí en la archivadora oficial de los *¿esto-qué-es?* de su cuerpo. No sé cuándo perdí la cuenta de las marcas sobre su piel. Cuando la conocí creo recordar que aún no era vieja.

Hay hojas que en lugar de degradarse se endurecen: las hojas de alga poseen la capacidad de convertirse en sogas, retazo de cuero y burbuja. Cuando yo era niña, mi abuela me llevaba mucho a la playa. Al tipo de mar donde uno no puede entrar al agua y sólo queda caminar. Si uno entrara a esas olas, correría el riesgo de morir ahogado tras enredarse en el enorme bosque submarino que yace bajo la superficie. Ahí, todos los días, entre el frío y la niebla, la marea escupe, enredadas entre sí, las lianas largas de enormes

plantas submarinas. Ya inmóviles sobre la arena, las moscas se les suben, como si las algas fueran cadáveres. Pero pronto se secan y se vuelven duras, casi sólidas, una suavidad transformada en piedra. Los cadáveres se endurecen.

Las moscas se van cuando ya no queda suavidad por roer.

Las algas submarinas son bosques suspendidos en el agua. Entre tallos y hojas, tienen pequeñas burbujas de carne, flotadores que les permiten nadar cerca de la superficie del mar, más cerca del sol. Las burbujas vegetales exiliadas se secan sobre la arena caliente y se convierten en canicas socavadas. Éstas son hojas que no se pudren. Existen blanduras que saben convertirse en solidez.

Dicen que hay árboles que al morir quemados se convierten en metal.

Al lado de mi abuela me descubro endurecida. No sé cuándo comencé a moverme como anciana para imitar su fragilidad. Me entumo y me alento para seguir su paso. Para que no la envuelva la angustia del mundo que a su alrededor va rápido, mientras ella avanza cada vez más pausada. Me descubro cronometrando mi pensamiento. Hablo lento, explico lento, me adapto a la velocidad de su vejez. No quiero que se dé cuenta de lo que yo veo: ella está fuera de sintonía con el resto, el resto no se va a adecuar a ella. Eso es la vejez: un desfase.

Se ablanda el cuerpo y predomina la suavidad, la pérdida de solidez. Sin embargo, al imitarla me inserto en un armazón endurecido, el suyo, el de esa estructura que es cada vez más capa frágil recubriendo hueso.

Su ausencia futura se la va tragando. Como aquel hombre que desaparece bajo la tierra sin que nadie se percate, yo la veo desaparecer ante la mirada anodina del resto. La vejez es un abrazo muy paciente. Más profundo cada vez –asfixia.

Era niña y escuchaba el mar dentro de mi oído. El mar, me habían dicho, sonaba a eso. Pero siempre supe que aquel sonido era más bien viento. Cuando uno acomoda una concha sobre el

oído, cree descubrir que adentro vive el océano, el fluir de algo, la sangre quizá; pero yo sabía que era aire lo que resonaba, un aire que me daba calma.

Un océano en la palma. Una tormenta minúscula que cabía en mi mano y podía controlar, medir, ajustar a las necesidades. Incluso ahora la puedo escuchar. Tomo la mano y cubro mi oído. Abombando la palma de la mano, mientras los dedos cubren la oreja, dejo un hueco abierto entre el pulgar y el resto de los dedos: construyo una concha a partir de piel y hueso. Eso que escucho es viento, no es mar; aunque el mar sea a veces más viento que agua. De niña me tranquilizaba este sonido. Me calmaba saber que adentro de mi cabeza corría un río que sonaba a ventisca: una voz plana pero constante, un anuncio tal vez. Una advertencia. Pon atención, me dice.

El río que vive en mi oído no estrangula. Uno no se puede ahogar en el viento, al contrario de lo que sucede con el mar.

Conocí el terror la primera vez que me intentaron enseñar a nadar. Era una alberca enorme para mi pequeño cuerpo.

Ésa fue la primera vez que me abandonó mi padre. El hombre que me sostenía en el agua no era él. Era otro. Era cruel. Si no nadas, te voy a soltar en lo hondo. Y yo me esforzaba por complacerlo, pero no tenía la información necesaria para lograrlo. No sabía cómo se hacía eso que él pedía. Nadar. No sabía cómo se nadaba. Sólo me quedó moverme, agitar los brazos de algún modo, imitando a los cuerpecillos que me rodeaban, intentando que alguno de esos gestos cumpliera con la demanda del hombre. El agua amenazaba a la boca, tan insistente como el retumbar del coro sirénico que habita toda alberca techada: eco de gritos empalmados, silbatos iracundos, agua violentada, olor a hule, a vapor de agua. ¿Por qué tenían que gritar tanto? Mientras ellos vociferaban, recuerdo mi silencio absoluto. Mi retraimiento.

Abandonada entre la masa mojada no sollocé, no me quejé, no pedí ayuda. Nadie se daba cuenta de que yo estaba tratando de

sobrevivir; intentando que este hombre cruel no me dejara ahogarme. Yo le creí. Verdaderamente creí que me iba a dejar morir si yo no lograba cumplir con lo que no sabía cómo hacer. Aprendí entonces sobre la crueldad, y por primera vez, también algo sobre el impulso instintivo de la supervivencia.

Una niña ahogándose en brazos de un hombre cruel a veces resulta una cosa poco importante.

Bajo el agua los humanos somos más lentos. Ahí dentro, bajo el peso de la masa acuosa, se despliega la premonición de nuestra vejez. Seremos aun más lentos, y un día nos ahogaremos, nos faltará la respiración. También un día nos arrugaremos sin necesidad del agua.

Mi abuela se bañó en tina todas las noches de su vida, hasta que dejó de poder entrar y salir de la tina ella sola. Y como sola vive, se ha tenido que resignar estos últimos años a la regadera. La odia. Quizá por ser agua veloz, en lugar de calma. Cuando era niña me bañaba con ella, y la tina era un capullo de seguridad, de tranquilidad. Su piel se volvía escurridiza dentro del agua sosegada. Ahí las arrugas eran abrazo.

Nunca llenaba la tina más que unos veinte centímetros de profundidad. No había riesgo de ahogarse. Por años, la línea del agua trazó con un corte transversal a su cuerpo, una parte sumergida, otra que se elevaba sobre el agua: un archipiélago de islas que yo exploraba. Mi primera experiencia del cuerpo ajeno como escenario de indagación sucedió en esa tina.

Un juego que duró por años: mi abuela elevaba las piernas y posaba los pies en la orilla de la tina para construirme una resbaladilla con sus muslos y pantorrillas. Yo jugaba a treparme hasta sus dedos para dejarme caer hasta su panza húmeda. Una y otra vez me encaramaba hasta sus pies, deslizándome por la superficie resbalosa de su piel, hasta caer. No sé cuánto duró el juego. Pero cesó el día en que la dinámica de una mujer desnuda junto a una niña, que ya no era niña tal cual, se volvió inaceptable

de acuerdo al dictamen de no sé qué voz. Hubo un entendimiento mutuo, entre mi abuela y yo, de que el juego debía terminar.

¿Cuál es la diferencia entre crecer y envejecer? Esa fue la primera traición de mi cuerpo. Crecer es una expansión. Envejecer es enfrentarse a una secuencia imparable de pérdidas.

De la vez que casi muero en el mar sólo recuerdo las burbujas y una mano interrumpiéndolas, saliendo de no sé dónde para que yo la tomara y me salvara. Uno se ahoga y lo último en lo que piensa es en el agua. Piensa en aire. Piensa en la no restricción de un medio ajeno. Piensa que quiere salir.

Una imagen: mi abuela flotando en el Mar Muerto.

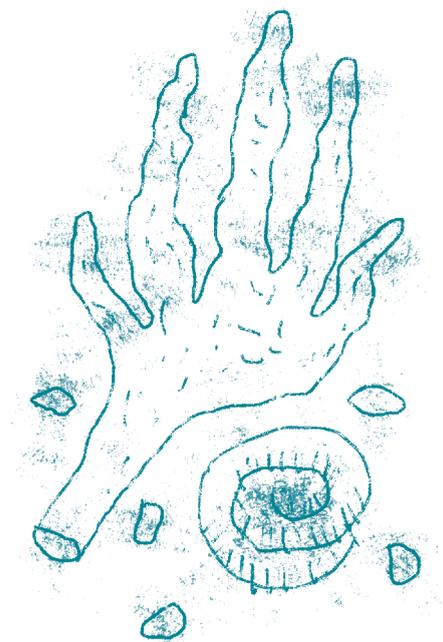
Cuando era niña, no recuerdo de cuántos años, le confesé a mi abuela que temía muchísimo el día en que ella muriera. No recuerdo las palabras que utilicé, pero ella apuntó lo que dije en la última página de su agenda. Quisiera encontrar esa agenda para saber cómo construí mi primer temor hacia la muerte. Pero la agenda y la frase se perdieron. Sólo queda la imagen de su rostro en ese momento. Habrá tenido unos sesenta años y su reacción fue de incredulidad. No me voy a morir hasta dentro de mucho tiempo, parecía decirme. ¿Para qué te preocupas ahorita? Años después ella misma comenzó a temer su fin. Aseguraba que no le alcanzaría el tiempo. ¿Para qué? ¿Tiempo para qué? Hubo un momento, no sé cuándo, exactamente, en que un cronómetro comenzó a sonar.

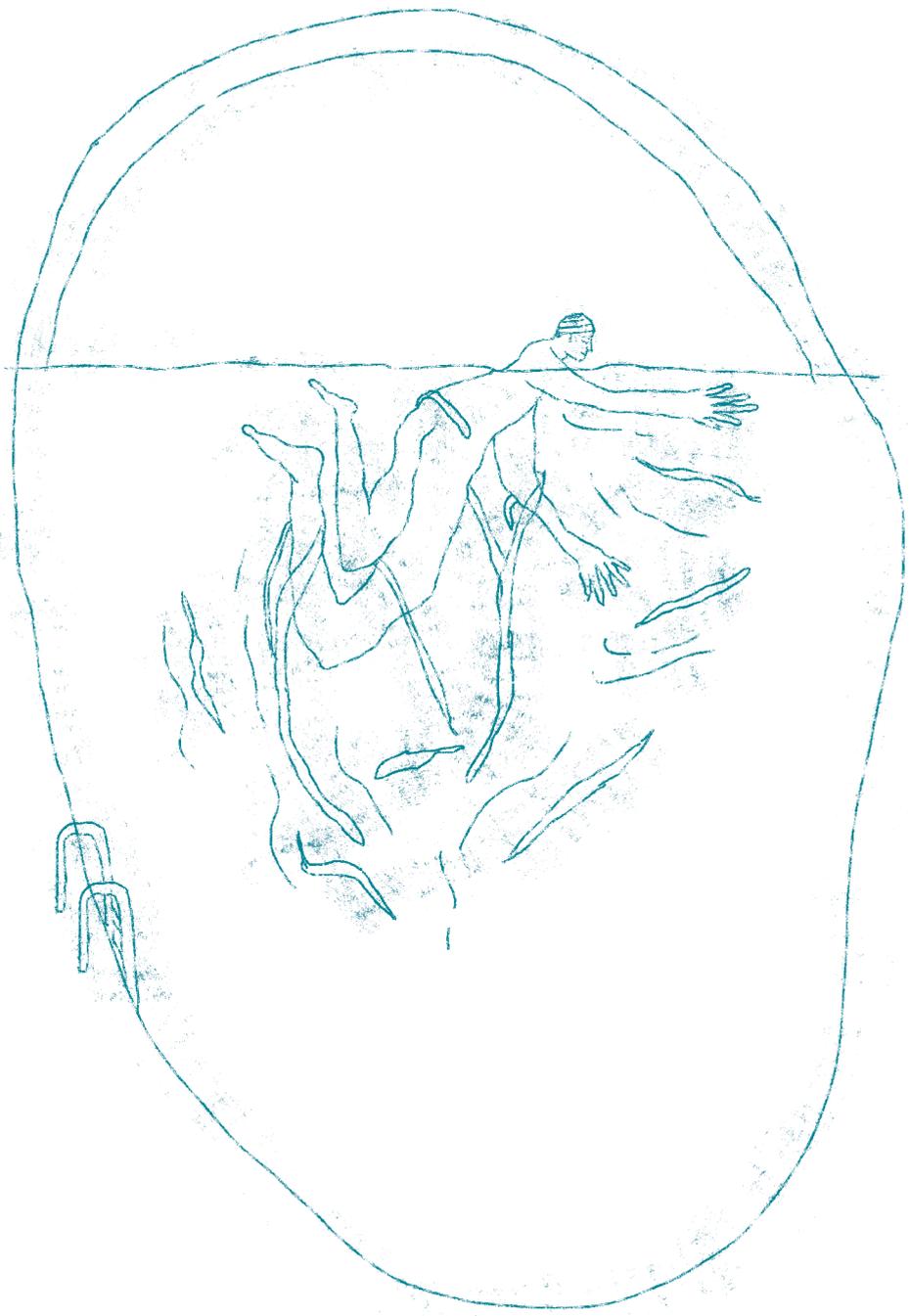
Mi abuela fue la primera en darme lecciones de *wabi sabi*, aquella filosofía japonesa que atiende al encanto de las cosas imperfectas, transitorias, impermanentes. El cerezo negro de su jardín me lo corroboraba cada año. En el invierno empapado, su piel sin hojas se sentía plateada. Los gránulos de su tronco brillaban bajo mis dedos como diminutas perlas oscuras. En primavera florecía y la madera empujaba estallidos rosas. Imposible palpar sus flores. Al instante se despetalaban ante la fuerza del tacto; en su caída se concretaba la belleza de lo fallido.

Bajo su descenso surgía un tapete de corta duración. Sobre la varita que había cedido a la flor quedaban los pistilos de donde surgiría la cereza oscura que en el verano me metería a la boca. Cada año de nuevo el resurgimiento, de nuevo la caída. Pienso en el cerezo y me doy cuenta de que una tragedia se interpone entre la vida de los árboles y la de los humanos. Los últimos envejecen a la par de los primeros, pero no retoñan. El cuerpo de mi abuela no volverá a florecer.

Todos los inviernos, las hojas del cerezo caían a un estanque. El agua se volvía roja y las hojas perdían su carne.

He nadado al fondo de más de un río. Entre la lama he tocado el esqueleto de las hojas vencidas, su sustancia debilitada por el tiempo. En ellas he observado la belleza de la descomposición del cuerpo y el insistir de su esquelética esencia. La estructura medular, intacta. El cuerpo de mi abuela persiste como el andamiaje de la hoja, con fragilidad absoluta. Al emerger del agua, los huesos de planta se vuelven lodo entre los dedos, su forma se rompe y se descubre que la hoja siempre será más agua que solidez, igual que nuestros cuerpos. Pero sólo porque se desmorona esta estructura última, podemos conocer la fuerza oculta de su insistencia.





nadar al fondo sin orillas

David Poireth

nadar —es.

viene diana. ya llega quejándose del frío. tiritita. me besa la nuca.

estresa que me interrumpa cuando —es.

va a bañarse. entonces el agua. al fin. nadar.

escribo —sobre.

ya no hay shampoo en el baño. voy.

ahora mi brazo mojado. pero entonces el agua. al fin.

[escribo. nadar.

es —y luego?

[escribir por encargo es como

nadar

por encargo del médico y

con dolor de espalda].

[no cura].

[héctor viel ante dios decía dios

sin nombrarlo. ante dios héctor viel quiso

[dar testimonio

de dios

pero describió a un hombre].

[nadando].

[héctor viel ante dios decía

quiso decir

dios

pero describió a un hombre].

ya sale del baño. va a dormir. es por el frío. dice.

vale. digo. y

[entonces

el agua.

mejor nadar como

quieto en el agua.

[héctor viel]. [ante dios. de pecho. antes del

tumor.

antes

del hospital

y su mamá]. [ante dios].

nadar. es

ahogarse.

[mejor nadar como viel temperley].

[ahogándose].

[diría].

[de dios].

nadar. —es.

ronca mientras sueña.

[mejor nadar como el nadador de viel temperley].
[mejor nadar como el nadador de john cheever].
[mejor nadar como juliette binoche en el cine y las películas].
[en azul]. [o]. [en código desconocido
cuando el bebé en el precipicio
mientras los amantes juegan].
[o].

[cuando se muere el marido
y su ruido la persigue
aún nadando].

[no fue san agustín].
[no era él quien se bañaba
desnudo en el río helado cuando].
[era?].

busco. su imagen.
anciano. delgado. en costillas. barba hirsuta.
es cristo.

[mejor nadar como héctor viel].
[que comulga y
nada].
[un hombre].

[salta al río helado cuando
una mujer desnuda
un recuerdo
saltaba a su mente]. [fue?]

[mejor]

es ahogarse. es –es.

[breve éxtasis.

héctor viel viene de comulgar y es].

[un hombre].

nadar –es. que.

nunca aprendí. oye. nunca aprendí a

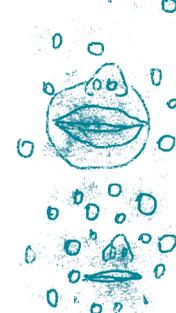
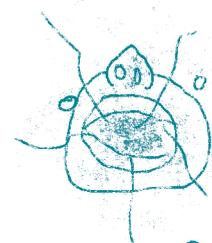
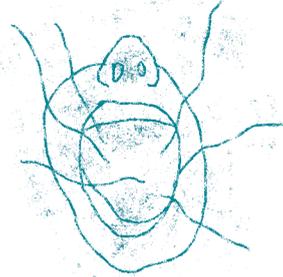
nadar. cómo es? y me besa.

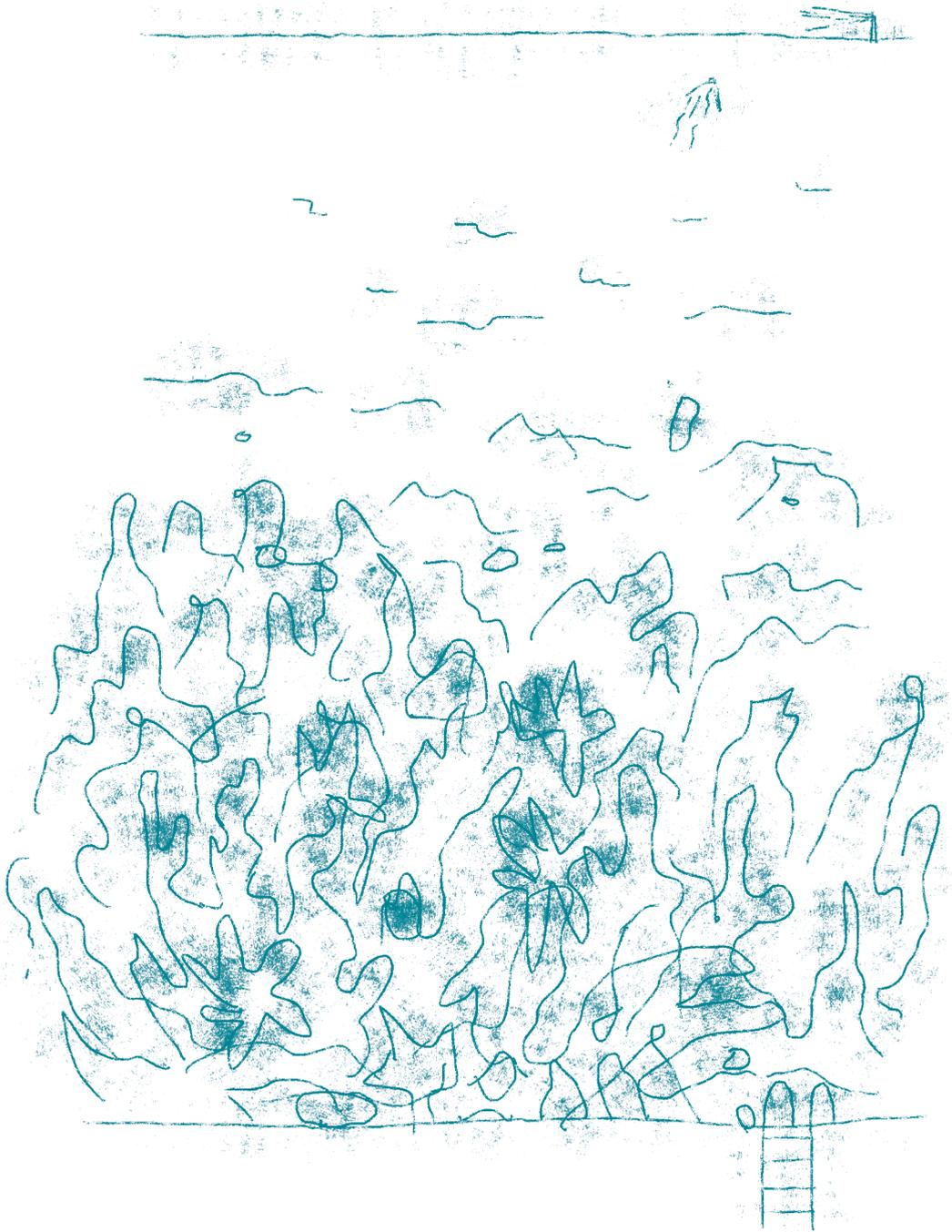
Nadar:

es ahogarse. pero. aunque. o. sin

[embargo. es que.

no se puede. nadar al fondo. sin antes
respirar.





El faro y el mar[≈]

Jazmina Barrera

No se puede pensar el faro sin el mar. Porque son uno, pero a la vez lo contrario.

El mar se expande hacia el horizonte, el faro apunta en dirección al cielo.

El mar es movimiento perpetuo; el faro es un vigía congelado.

El mar es voluble, “un campo de batalla de emociones”, lo llama Virginia Woolf. El faro es un señor estoico, inamovible.

El mar atrae desde la lejanía, detrás de las dunas, con su sonido. El faro llama con su luz entre la bruma y las mareas.

El mar es la primacía del líquido. El faro es la encarnación del sólido.

El mar, la mar, es femenina por antonomasia biológica y mitológica. El faro es masculino hasta por parecido fonético.

El mar es imperio de la naturaleza. El faro es artificio que en su digna pequeñez se le opone.



Cuando tenía diez años, visité el Biodome en Montreal, que es una especie de zoológico/zoofari dividido en ecosistemas. Mi favorito fue el bosque húmedo porque tenía un estanque con rocas llenas de

[≈]Este texto se compone de fragmentos del libro *Cuaderno de faros* publicado en el Fondo Editorial Tierra Adentro por la Secretaría de Cultura en 2017.

anémonas de agua dulce de todos colores. Si acercabas el dedo, te succionaban con sus tentáculos rosas y naranjas. Era como interactuar con una cama de flores: las anémonas son los animales más vegetales del mundo.

En *To the Lighthouse*, Nancy se acerca a un estanque y toca las suaves anémonas, pegadas a la roca como trozos de gelatina. Imagina entonces que el estanque es un mundo submarino gigante, lleno de ballenas y tiburones, y ella se convierte en el Dios que trae desgracia y desolación cuando con su mano cubre el sol que llega al agua. Después, Nancy alza la mirada hacia los árboles y el mar, y lo que observa allá le parece tan vasto, y el mundo en el estanque tan diminuto, que de pronto es como si su cuerpo, su vida entera y la vida de todos los demás se redujeran a nada.



En el faro se escucha sólo ruido blanco. Quizás una tele o un radio. Pero antes incluso del radio habría cuando mucho el sonido de las aves, del viento, el ritmo de las máquinas y la monotonía del mar. Tras pasar allí suficiente tiempo, quién no comenzaría a escuchar una canción entre el ruido de los aparatos, una voz en el viento o en las olas.



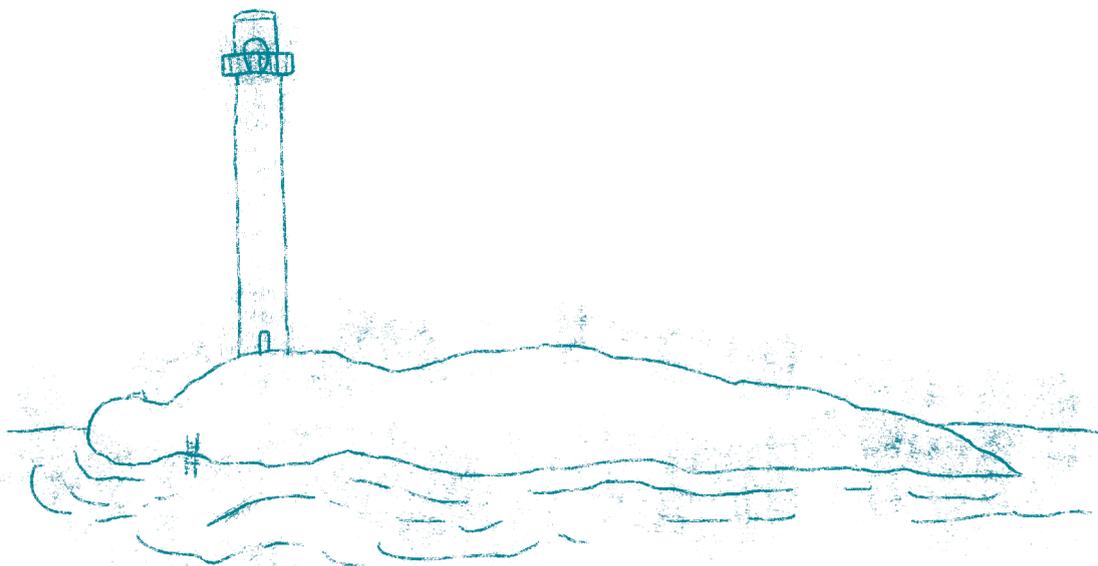
Todas las noches tengo que usar tapones en los oídos o la ciudad no me deja dormir. No acallan el ruido por completo, pero sí lo atenúan. Todo se escucha más lejos, y mi respiración y mi circulación más cerca. El efecto se parece al sonido del mar o lo que debe escucharse en el vientre materno.

Me pregunto qué tan lejos tendría que ir para escuchar el silencio. O al menos una especie de silencio, porque en el mar siempre están las olas, en el campo se escuchan el viento y los

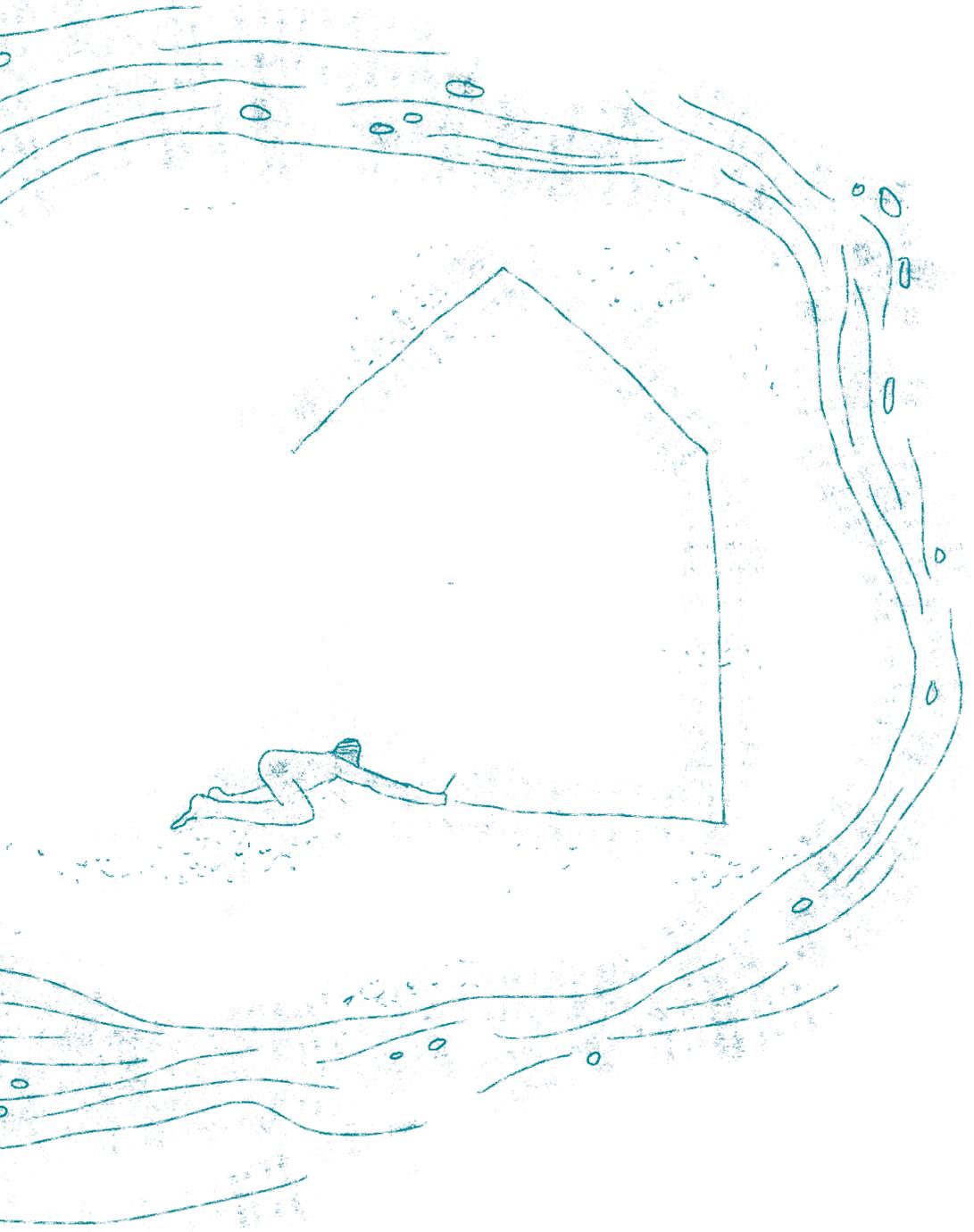
animales. Y donde sea que yo esté, estarán mi respiración y mi corazón. Cuando pienso que no hay un solo lugar ni momento en el que se pueda escuchar (o más bien no escuchar) un silencio absoluto, me angustio. Quizá en las cámaras anecoicas que absorben las ondas acústicas, en el espacio exterior o en la muerte.



¿Cuál será el último barco en llegar a puerto gracias a la luz de un faro?, ¿quién será el último farero del mundo? ¿O será que la relación de los seres humanos con el mar es tan primordial que siempre alguien encenderá con un botón u otra tecnología del futuro una luz por si los náufragos o por si los pescadores? O quizá se alumbrarán como templos o memoriales, en recuerdo de los miles que yacen al fondo del mar.







La que nada

Cristina Rivera Garza **9**

Nada que te haga sacudir los hombros

Karen Villeda **29**

Ingravidez II

Aurelia Cortés Peyron **35**

Cuerpo de agua

Juan Francisco Maldonado **39**

Nado

Andrea Fuentes Silva **45**

Marea

Tomás Castillo **49**

Un resumen del mar

Erik Alonso **51**

La línea de mi espalda

Abril Castillo Cabrera **61**

Maneras de desaparecer

Isabel Zapata **69**

Pax

Lilian Gaa **79**

Nade no haga nado

Emiliano Becerril **83**

Paraíso

María José Ramírez **89**

El espejismo de Kristel

Alejandra Moffat **95**

Like Swimming

Carlos Velázquez **101**

Usted está aquí

Elvira Liceaga **105**

La salvación del pavimento

Luis Téllez-Tejeda **111**

Limbo

Gala Navarro **117**

Memoria líquida

Astrid López Méndez **123**

Los vampiros no se ahogan

José Luis Rico **129**

Suficiente agua

Alaíde Ventura Medina **137**

Esa vez del arrecife

Jimena Eme Vázquez **143**

**Esto no es un microcosmos,
ni siquiera un pedazo de vida**

Raúl Bravo Aduna **149**

Inventar el agua salada

Idalia Sautto **155**

Los cobardes nunca mueren

Santiago Solís **161**

Al agua, rabia

Alejandra Quiroz Hernández **167**

La alberca de la serenidad

César Tejeda **171**

Baba Yaga

Marina Azahua **181**

nadar al fondo sin orillas

David Poireth **189**

El faro y el mar

Jazmina Barrera **195**

